
Bianca
aventura, intriga y pasión.
Novelas con corazón
Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75
Venezuela
Bs. 15
Traicionada
por el amor
Anne N. Reisser
42
0
37657 13069

Recuerdos de una noche Traicionada por el amor

Anne N. Reisser

Recuerdos de una noche (1987)
En Harmex: Traicionada por el amor (1986)
En Violena: Traicionada por el amor (1984)
Título Original: By love betrayed (1982)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 284
Género: Contemporánea
Protagonistas: Jonathan Charles "Storm" Grainger y Deborah McLeod

Argumento:

Ella era una hermosa heredera, alejada de su hogar, que sólo soñaba en ser amada por sí misma. Él no hizo preguntas, se limitó a ser arrogante y seguro de sí mismo. Él se apoderó de su confianza, de su amor, de su pasión. Luego la arrojó dejándola sola con su orgullo frío y porfiado.

Ellos habían compartido una noche de encanto, una noche por la que Deborah había pagado infinitas noches de soledad, sola con sus recuerdos y con su pequeño hijo, hasta que una extraña jugada del destino trajo a Storm desde California hasta donde ella estaba.

A pesar de ella misma, ello lo ansiaba con desesperación.

Ahora él estaba frente a ella. Cuatro años atrás la había usado y traicionado. ¿Su propio corazón la traicionaría a ella?

Capítulo 1

Era el tercer cumpleaños de Gareth. La torta había sido decorada en forma adorable por la señora Hammond, la antigua ama de llaves del abuelo. Helados multicolores embadurnarían los rostros de los niños y un mago–payaso entretendría a los pequeños invitados. La fiesta marcaría otro mojón en el inexorable paso del tiempo… el tiempo que según se decía, curaba todas las heridas.

Deborah se acercó a la ventana de su dormitorio y observó el primoroso jardín del frente. Su único abuelo y su ruidoso hijito se dedicaban a destruir la perfección del césped que rodeaba la mansión montando un hermoso potrillo de raza. El animal era el regalo de cumpleaños que el abuelo había hecho a Gareth.

Deborah sonrió con cierta tristeza. Considerando su edad, el abuelo era un hombre vigoroso, pero sólo porque sabía cómo almacenar su provisión de fuerzas. Dios mediante, estaría en condiciones de actuar como padre del niño durante los años que vendrían. Gareth no podía pedir un modelo mejor, ya que carecía de un padre propio. Los amargos pensamientos de Deborah rozaron la profunda herida de su alma que el tiempo aún no había logrado cicatrizar. Un rayo de sol iluminó su cabellera color castaño rojizo que encontraba eco en el cabello del niño. Este constituía su único parecido con ella. El rostro era el de Storm… los ojos, el mentón y la nariz arrogante. Incluso su porte y su actitud desafiante reflejaban los rasgos físicos de un hombre que no conocía la existencia de su hijo, y al que de haberlo sabido, probablemente no le hubiese importado.

Gareth necesitaría la arrogancia y el orgullo, meditó Deborah tristemente. Ni el apellido McLeod ni su dinero lograrían amortiguar los golpes que recibiría Gareth cuando tuviese que moverse en el mundo. Ella no podía hacer nada para ayudarlo, pero se prometió criarlo para que estuviese orgulloso del apellido que llevaba. Cuando llegase el momento indicado, él conocería la verdad sobre su nacimiento. Ella lo ayudaría a digerir los hechos desagradables y a continuar llevando la cabeza en alto. El amor sería suficiente para Gareth, aunque no lo había sido para Storm.

Storm. El nombre resonó dolorosamente en su corazón. Recordaba su rostro con tanta claridad como si lo hubiese visto el

día anterior. Algunas veces lograba borrar la imagen, pero ciertos incidentes o gestos de Gareth le devolvían ese rostro y ese cuerpo de hombros anchos.

El jardín y las dos figuras se desvanecieron mientras Deborah se sumergía en sus recuerdos.

No recordaba el momento exacto en que había comprendido que no había amor, ni siquiera un afecto verdadero entre sus padres. Debía haberlo percibido siendo muy pequeña, pero el primer incidente que le mostrara claramente la enemistad entre ellos había ocurrido cuando Deborah tenía siete años.

Había despertado en medio de la noche oyendo las palabras hirientes que se gritaban el uno al otro. Su padre acusaba a su madre de que sólo le importaba el dinero de los McLeod. Su madre lo había admitido, burlándose de él.

"¿Crees que tan siquiera hubiese permitido que me besaras la mano si no hubieras sido David McLeod, el hijo de Hugh McLeod? ¡Si no fuera porque Deborah tiene el cabello rojo y el mentón de tu familia, ni siquiera podrías asegurar que es tu hija!".

El sonido de la bofetada que su padre propinara a su madre había resonado en las pesadillas de Deborah durante muchos años, incluso después de la muerte de su padre y del nuevo casamiento de su madre, una semana después del funeral. A los doce años. Deborah había ido a vivir con sus abuelos, y el amor existente entre ellos había logrado contrarrestar el ejemplo de sus padres. Pero un día de ese año, su abuela Maggie se había acostado a dormir una siesta y no había vuelto a despertar.

Hugh y Deborah lloraron juntos y se consolaron el uno al otro. La paciencia de Hugh ayudó a sortear la brecha entre las dos generaciones. La necesidad de amor y estabilidad de Deborah sirvió para limar la disparidad de temperamento y edad. Hugh McLeod amaba a su nieta, pero con un amor sabio. Le otorgó espacio para probar sus alas, pero ella siempre volaba de vuelta a refugiarse a su lado. Él nunca le mintió.

Otras personas la engañaban. En más de una ocasión, Deborah vivió la desagradable experiencia de saber que estaba siendo beneficiada porque era la heredera de los McLeod. Estos hechos no la llenaron de amargura, pero hicieron que se volviese prudente.

Tenía muchos "amigos", pero sólo a unos pocos les estaba permitido acercarse a la Deborah vulnerable y verdadera.

Maduró gradualmente, pasando por una etapa en que sus huesos parecían ser demasiado largos para ella. Con el correr del tiempo, su cuerpo se fue proporcionando y adquirió curvas en los sitios indicados. Esto había sido una cortesía de su madre, quien a pesar de todas sus otras fallas, poseía un hermoso físico, hasta que la vida indolente que llevaba en la villa de su nuevo esposo hiciera que comenzase a engordar.

El desastroso matrimonio de su padre y su propia cautela hicieron que Deborah conservase el corazón intacto. Había muchos aspirantes a obtener la mano de la heredera de los McLeod, pero ella los mantenía a una distancia prudente.

Cuando llegó el momento de elegir una carrera universitaria, se guió tanto por el sentido del deber como por su inclinación natural. Algún día debería estar preparada para el rol que la aguardaba. Tal vez nunca llegase a desplegar el talento de su abuelo, pero disfrutaba con sus estudios. Hugh estaba complacido y orgulloso a la vez.

Unas semanas después de que Deborah volviera de la universidad, Hugh le había anunciado que tendría que viajar para hacerse cargo de unos problemas de negocios. Él era quien había logrado conducir a las industrias McLeod para que se convirtieran en una poderosa multinacional, y cuando sus ejecutivos no lograban resolver algún inconveniente, llamaban a Hugh para que se hiciese cargo.

—¿Quieres venir conmigo, Deborah? —había preguntado el abuelo.

Era una propuesta tentadora. Hugh McLeod en acción siempre era un espectáculo digno de verse. Deborah consideró la posibilidad de acompañarlo pero se negó sacudiendo la cabeza con cierto pesar.

—Esta vez no —Deborah sonrió mientras anticipaba la reacción del abuelo ante sus siguientes palabras—. Recibí una carta de Sophie esta mañana. Ha vuelto a mudarse, esta vez a una casa sobre la playa del Pacífico. Según sus palabras, allí el clima es ideal. Quiere que vaya a visitarla.

Su abuelo lanzó un gruñido.

—Espero que la casa aún se encuentre en pie para cuando llegues. Sophie tiene un verdadero talento para encontrar las

construcciones más decrépitas. ¡Aún recuerdo esa cabaña que alquiló en las montañas! ¡Se convirtió en astillas dos días después de que la dejó!

Deborah se echó a reír.

—Bueno, al menos fue dos días después de que la dejó, y no dos días después de que se mudó.

Sophie era su madrina, hija de una hermana de su abuela. Al morir el marido de Sophie, ella había entregado su modesta herencia a Hugh para que la invirtiera en las entonces jóvenes Industrias McLeod. Luego, había comenzado con su carrera de pintora paisajista y había logrado un cierto éxito en ello.

Las Industrias McLeod habían florecido y con ellas, el volumen de la renta de Sophie. Sin embargo, ella vivía modestamente y sólo sus familiares más cercanos conocían el verdadero estado de sus finanzas. Deborah la encontraba encantadora y la amaba tiernamente.

—Sin duda debes ir —la alentó su abuelo—. No has visto a Sophie desde que vino para Navidad.

Deborah rió.

—Y antes de eso estuve con ella una semana en aquella casa de la costa de Florida. Llovió todos los días, y el tejado hubiera hecho ruborizar a un colador.

Tres días después depositaba a su abuelo en un avión. Con ellos iba un ayudante cuya única función era la de llevar la maleta de Hugh y organizar el equipaje.

El avión de Deborah partió una hora después que el de su abuelo. Ella se dedicó a vagar entre las tiendas del aeropuerto durante un rato y luego se acomodó en un sillón cercano a su puerta de abordaje. Le encantaban los aeropuertos donde se sentía completamente impersonal, sin nada que la destacara de los otros cientos de pasajeros.

Por supuesto que estaba equivocada. Incluso con su vestimenta informal atraía las miradas, en su mayoría masculinas. Sus pómulos y su mentón esculturales iban acompañados de una nariz recta y pequeña. La obstinación de su estructura ósea estaba suavizada por una boca carnosa y un par de ojos azules, llenos de candor.

Medía un metro sesenta de altura, pero su forma orgullosa de caminar con la cabeza en alto la hacía parecer más alta. El conjunto de sus facciones era más llamativo que bello, pero el dulce encanto

de su sonrisa provenía de su abuela quien había sido una mujer cálida y adorable.

Cuando aterrizó el avión, Sophie la estaba aguardando para abrazarla.

Había habido una fastidiosa demora en el vuelo y al desembarcar del *jet*, Deborah sentía que su acostumbrado buen humor se hallaba algo deteriorado.

Recuperó su alegría inmediatamente al detectar la figura de matrona de Sophie, enfundada en un pantalón y una camisa de trabajo, de cuyo bolsillo asomaban varios lápices de dibujo. El cabello blanco de Sophie tenía unos suaves reflejos violáceos y sus ojos eran de un color azul claro y brillante.

—Debbie querida. Qué feliz me siento de verte, ¿cómo está Hugh? He encontrado el sitio más estupendo esta vez… una vista fabulosa y todas las comodidades del hogar. Te encantará.

—¿Te refieres a que el baño está adentro de la casa, Sophie? —bromeó Deborah—. Recuerdo esa pequeña cabaña de Cape Cod. El clima era perfecto y la vista fabulosa, ¡en especial cuando uno debía salir en mitad de la noche y encontrar el camino hacia la casilla del fondo! ¿Has logrado dominar el arte de cocinar en una estufa de leña?

Sophie hizo un gesto despectivo.

—Hablas igual que Hugh. Las comodidades modernas no lo son todo en la vida, Deborah. Además, esta casa tiene una estufa perfectamente adecuada. Hay un hombre que cambia las garrafas de gas en forma periódica. El refrigerador funciona muy bien y tengo una provisión de esos refrescos dietéticos que tú bebes todo el tiempo. Mi querida, no deberías ingerir todos esos productos químicos.

—Lo sé, Sophie, pero tú tampoco deberías fumar. ¿Quieres discutirlo? —replicó Deborah.

—Tan igual a Hugh —suspiró Sophie—. Tiene la misma capacidad para volver los argumentos en contra de uno. Es de lo más desconcertante. ¿Cómo está él, ya me lo has dicho?

Deborah se echó a reír y tomó sus maletas antes de responder.

—Aún no te lo había dicho, pero está bien. Esta mañana abordó un avión hacia Munich y se fue exhalando fuego por la boca. Pasará unos días maravillosos, pero apuesto a que a sus socios no les ocurrirá lo mismo.

Deborah tomó las maletas más pesadas y ambas caminaron hasta un pequeño parque de estacionamiento. Allí se hallaba la vieja camioneta verde de Sophie que ésta utilizaba para recorrer el país en busca de "una habitación con buena vista".

—Bueno, veo que *Barney* aún está contigo —comentó Deborah —. ¿Cuántos kilómetros lleva recorridos ya? ¿Y no has engrasado esta bisagra desde que yo lo hice, verdad? —agregó al oír el chirrido de la puerta.

—Bueno, yo nunca subo por ese lado —se disculpó Sophie—. Tiene más kilómetros de lo que puedas imaginar, pero me atrevería a decir que durará tanto como yo. *Barney* y yo nos entendemos el uno al otro. Yo no doy importancia a sus traqueteos y chirridos y él disculpa mi forma algo excéntrica de conducir —Sophie dio un golpecito suave sobre el tablero.

La camioneta se puso en marcha y pasó a escasos dos centímetros del guardafango delantero del auto vecino. Deborah se mordió el labio. Sophie poseía una profunda percepción como artista, pero como conductora solía dejar mucho que desear.

Cuando llegaron a la nueva casa de Sophie, Deborah descubrió que esta vez era aún peor que las anteriores. La construcción se levantaba al borde de un risco, en un sitio apartado y azotado por los vientos.

Después de abandonar el aeropuerto habían atravesado varias ciudades pequeñas, pero ya habían recorrido ocho kilómetros en los cuales la ruta constituía la única señal de que la vida era posible allí. Sophie había introducido a *Barney* por un camino cubierto de malezas y habían andado a los saltos durante lo que pareció una eternidad. Después de recorrer alrededor de un kilómetro, el sendero había comenzado a subir, y para cuando llegaron a la casa se hallaban a una altura respetable sobre el nivel del mar.

—No —dijo Deborah con firmeza cuando Sophie detuvo abruptamente a *Barney* junto a la casa—. Esto no es una casa en la playa. No hay ninguna playa. Dios mío, Sophie —exclamó—, estás suspendida sobre el borde de un risco. Prefiero dormir en la camioneta antes que poner un pie en esa casa.

—Pero hay una playa, Deborah querida. Sólo debes seguir ese camino que atraviesa la pradera —hizo un gesto vago con la mano —. Pasando el bosque y bajando una pequeña colina encontrarás una hermosa playa solitaria. Nunca he hallado a un alma en mis

caminatas por allí. Podrás nadar en privado todas las veces que desees.

Los ruidos del motor de *Barney* al enfriarse llenaron el silencio mientras Deborah trataba de ordenar sus siguientes palabras, pero Sophie se le adelantó.

—La casa es perfectamente segura. En el contrato de renta había el informe de un ingeniero y yo leí cada palabra antes de firmarlo. Admito que parece algo insegura… —Deborah emitió una risita—, pero es sólo una ilusión óptica, tú sabes —concluyó Sophie con tono triunfante.

Deborah volvió a mirar la casa. No podía ser que alguien alquilase una vivienda a una mujer dulce y algo simple, si dicha vivienda corría peligro de caer al océano en cualquier momento. En su aspecto exterior, la casa estaba en mejores condiciones que los domicilios previos de Sophie… al menos había sido pintada no hacía demasiado tiempo. Sin embargo, no se veían ninguna de las tranquilizadoras señales de civilización tales como cables de luz o de teléfono. Bueno, no sería la primera vez. Se las arreglarían con un farol. Además, Sophie había dicho que había garrafas de gas para la estufa, y presumiblemente para el refrigerador. Lo que más la molestaba era la falta de comunicación en caso de emergencia. Lo primero que tendría que preguntarle a Sophie era el domicilio de los vecinos más cercanos y cuál departamento de policía correspondía a la zona. Entonces podría escribir a su abuelo con las instrucciones necesarias para ubicarlas en caso de apuro. Había planeado estar sólo un par de semanas, la duración aproximada del viaje de su abuelo, pero sabía por experiencia que sus visitas a Sophie solían extenderse a un mes o más.

Sophie no se dedicaba a entretener a su ahijada, pero era una mujer muy jovial y Deborah daba por finalizadas sus visitas sólo porque sabía que el abuelo debía sentirse muy solo sin ella. Muchas veces había tratado de convencerlo para que la acompañase, pero él insistía en que estaba demasiado viejo como para soportar los rigores de la vida doméstica de Sophie. La cabaña de Cape Cod había sido la última residencia de Sophie favorecida con la presencia de Hugh. Cuando Deborah le describiera la casa de la costa de Florida, su única reacción había sido un estremecimiento muy significativo.

Deborah insistió en inspeccionar la casa antes de entrar una sola de sus maletas. Quería explorarla sin ninguna traba por las dudas

llegaba a ser necesaria una rápida retirada. Entró con la delicadeza de un gato desconfiado que investiga una rama dudosa.

El interior de la vivienda era encantador. Su estilo era rústico y claramente masculino, pero el confort iba de la mano con una atractiva decoración en tonos de castaño y azul. Había un mullido sofá recubierto en tela de *tweed* y dos sillones individuales. Deborah observó la gran alfombra y las lámparas de kerosene que colgaban de soportes en la pared.

El grabador de Sophie y varias *cassettes* descansaban en una mesa junto al sofá, y había un par de estantes cubiertos de revistas y libros. El sello de Sophie se notaba por encima de la personalidad de la casa. Había una gran marmita de cobre con un arreglo de hojas secas y sobre la chimenea se veían varios ramilletes de florecillas silvestres. El efecto general había logrado suavizar la austeridad masculina de la habitación… el toque femenino que completa un hogar.

Deborah echó un vistazo rápido a la cocina al pasar junto a ella. Era primorosa y estaba equipada en forma razonable. Había un fregadero con grifos, nada de bombas de agua, afortunadamente, una estufa de dos mecheros con un pequeño horno y un refrigerador igualmente pequeño. También había una mesa de roble con otro arreglo floral en el centro y cuatro sillas de la misma madera. Detrás de una vitrina se veían estantes con platos y vasos prolijamente acomodados.

El diseño de la casa era simple. A ambos lados del pasillo se hallaban la cocina, los dormitorios y el baño, y al final se encontraba la sala que abarcaba todo el ancho de la casa. La sala se abría en un balcón desde donde podía verse el océano y el horizonte. Deborah no salió aunque varios sillones indicaban que debía haber alguien lo suficientemente valiente… o tonto… como para hacerlo.

El suelo debajo de sus pies se sentía firme. No había crujidos ni temblores siniestros así que tal vez, si no pensaba en el asunto, lograría acostumbrarse. Después de todo, había muchos kilómetros de aire entre un avión y el suelo, y ella no tenía miedo de volar. Deborah estaba segura de que había un hueco en su razonamiento, pero no se detendría a examinarlo muy de cerca ya que deseaba permanecer un tiempo con Sophie.

—Muy bien, Sophie. Tú ganas. Entremos las maletas. Sólo espero

que el abuelo nunca vea este lugar. Nos ahorcaría a ambas juntos con el ingeniero que escribió ese informe —murmuró Deborah con expresión algo seria.

—Sólo espera a que veas la puerta de sol, Deborah —dijo Sophie con entusiasmo ignorando sus palabras—. Estoy probando mi mano con las nubes y los colores del atardecer. No me divertía tanto desde que era una niña y pintaba con los dedos. Es un verdadero desafío tratar de lograr ese efecto casi fluorescente y que no parezca totalmente increíble. El ojo ve y acepta el color en la naturaleza, pero cuando se lo traslada a una tela tiende a parecerse a la pintura brillante de los carteles. Estoy probando una técnica diferente y hasta ahora estoy muy satisfecha con los resultados.

Las dos mujeres caminaban hacia la camioneta mientras Sophie se explayaba en los detalles técnicos. Lo único que Deborah sabía de pintura era lo que le gustaba o no del producto terminado, así que se limitaba a escuchar y asentir con la cabeza. Respecto al tema de la pintura, Sophie se bastaba a sí misma como audiencia así que la función de Deborah se limitaba a presenciar el monólogo.

Deborah encontró que su habitación era cómoda en un estilo espartano. Probó su cama y se alegró al descubrir que era firme. En su propia casa dormía en una cama dura como la roca, y siendo una niña muchas veces había preferido hacerlo sobre el suelo en una bolsa de dormir.

Sophie rió desde la puerta.

—Creo que la encontrarás lo suficientemente dura. Cuando supe que vendrías hice traer una tabla de madera para colocar debajo del colchón.

—Gracias Sophie —Deborah sonrió—. El baño dentro de la casa y una cama firme. Has encontrado un verdadero palacio esta vez —echó a reír al escuchar los ruidos de su estómago—. ¿Tienes algunas galletas y queso, Sophie? —el apetito voraz de Deborah era famoso en la familia.

—Sabía que vendrías —le recordó Sophie—. Hay queso de cabra y galletas de trigo y centeno. Iré a cortar el queso mientras tú te cambias de ropa.

Cuando Deborah entró en la cocina, sus pies descalzos casi no hacían ruido sobre los azulejos. Sophie estaba de espaldas a la puerta con las manos apoyadas sobre la mesa. Deborah se acercó a ella rápidamente, alarmada por su postura rígida.

—Sophie… ¿estás bien, querida? —preguntó.

Sophie pareció inspirar profundamente antes de enderezarse y aflojar los brazos.

—Sí, estoy bien, Deborah —respondió. Sin embargo, Deborah notó que su respiración estaba algo agitada. Sophie continuó acomodando los trozos de queso y las galletas sobre un plato, pero no se volvió para enfrentarla hasta que terminó de distribuirlos. Cuando finalmente permitió que Deborah viese su rostro, éste tenía un color normal pero se hallaba algo tenso.

Deborah tomó el plato que Sophie llevaba como si hubiese querido poner una barrera entre ella y la joven. Después de apoyarlo sobre la mesa se acercó a su madrina.

—¿Qué ocurre, Sophie? ¿No te sientes bien? Te ves como si te doliera algo. Por favor dímelo, querida —la voz de Deborah era suave y por un momento pensó que Sophie iba a confiar en ella.

Sin embargo, Sophie estaba hecha de una fibra más resistente.

—No es nada, cariño. Son unos pepinos que he comido en el almuerzo. Mi estómago y yo sabemos que no me hacen bien, pero me gustan tanto en la ensalada —su sonrisa era triste pero definitivamente normal. Deborah lo aceptó ya que no podía hacer mucho más por el momento, pero decidió observar a Sophie de cerca.

Capítulo 2

Storm apareció ante ella en medio de la noche. Lo primero que Deborah vio fue su rostro iluminado por el fuego; las sombras habían acentuado los huesos prominentes. Se llamaba Jonathan Charles Grainger, pero todos lo llamaban Storm.

Deborah no pudo descubrir de inmediato el color de sus ojos ya que se hallaban sumidos en la oscuridad de la noche, pero las llamas alcanzaban a iluminar la arrogancia de su mandíbula y la tensión controlada de sus labios.

Desde la arena seca donde se hallaba sentada, Deborah tuvo la sensación de que medía más de dos metros, pero al ponerse de pie para observarlo con cautela estimó que su altura no sobrepasaría en mucho el metro ochenta. Aun así quedaba en una posición bastante desventajosa ya que se hallaba descalza, en bikini y sólo cubierta por una de las camisas manchadas de pintura de Sophie.

Era evidente que él estaba enojado. La emoción se irradiaba con una fuerza casi tangible.

—¿Te estás exponiendo para incrementar las estadísticas de violación? —preguntó con furia.

Deborah lo miró aturdida por el ataque verbal, para no mencionar la aparición inesperada de un hombre alto y encolerizado cuando ella había creído estar a solas en una playa desierta.

Hacía cuatro días que estaba con Sophie y ya había adoptado el ritmo tranquilo de su madrina. Solían ir juntas al pueblo para comprar alimentos y luego, mientras Sophie pintaba, Deborah había tomado el hábito de pasar las tardes explorando la playa.

Era un sitio muy bonito lleno de atractivas formaciones rocosas. Además, tal como le dijera Sophie, era una playa muy solitaria. Deborah no había visto señales de vida en los cuatro días… ninguna pisada misteriosa ni los restos de un *picnic*. Ni siquiera había visto casas durante sus paseos, y eso que había caminado varios kilómetros por el borde del agua en ambas direcciones.

Por esa razón, no había tenido ningún reparo en cumplir con su deseo de pasar la velada a solas en la playa, mirando las estrellas. ¡Era evidente que había cometido un error de cierta magnitud!

Después de bajar a la playa y nadar un poco, había reunido una

pila de leña. Cuando el sol desapareció en el horizonte, Deborah encendió el fuego. Cuando éste hubo comenzado a arder, colocó los leños más grandes y se acostó sobre la manta. Durante algún tiempo, contempló los movimientos hipnóticos de las llamas que corrían sobre la madera cubierta de sal, la cual al vaporizarse formaba chispas verdes y azules. La aparición del hombre de expresión hostil la arrancó de su estado de trance. En una fracción de segundo, Deborah tomó conciencia de que se hallaba a solas y vulnerable en una playa desierta.

Él estaba vestido con una camisa oscura y ajustada que se adhería a los músculos fuertes de su pecho como si se tratase de una segunda piel. Tenía los pantalones arremangados y por la arena adherida a sus pies húmedos, se notaba que había venido caminando por la orilla del agua. El hombre se movió y Deborah dio un paso atrás en forma instintiva.

Él no volvió a moverse, pero ella continuó en guardia. Se humedeció los labios y logró preguntar:

—¿Quién es usted? ¿Qué… qué desea? —de pronto, la brisa del mar se volvió helada. Las estrellas que momentos atrás le hacían guiñadas amistosas se convirtieron en extrañas. Deborah dio otro paso atrás; todos sus músculos se hallaban tensos por el pánico.

—Más importante que eso —dijo el hombre—, ¿quién eres tú y qué estás haciendo aquí sola, como blanco para cualquier maníaco que pase? Dios no debe haberte otorgado mucho sentido común, mujer.

Paradójicamente, sus palabras produjeron un efecto tranquilizador en Deborah. Ningún hombre tan preocupado por su vulnerabilidad podía tener alguna mala intención respecto a ella. El razonamiento podía llegar a ser engañoso, pero Deborah relajó sus músculos y bajó un poco la guardia. Él extendió las manos con las palmas hacia arriba y en forma sorprendente, el humor suavizó sus siguientes palabras.

—Lo siento. No pretendí asustarte. Soy Storm Grainger. Hace dos días que te veo caminando por la playa y esta noche bajé para investigar el fuego. Está prohibido encender fogatas en esta zona.

—Oh. ¿Es un guardabosque? Yo… pensé que no habría problemas. Tomé todas las precauciones y no sabía nada respecto a la prohibición —se disculpó Deborah apenada.

—No, no soy guardabosque. Este sitio no pertenece al parque.

Tengo una casa cerca de aquí y el fuego puede verse desde muy lejos. Los bomberos suelen tardar mucho tiempo en llegar hasta aquí, así que lo mejor es prevenir los incendios. Como de todos modos había salido a caminar por la playa, pensé que lo mejor sería venir a investigar. Suponía que iba a encontrarme con una fiesta en la playa, no con una muchacha solitaria —en su tono calmo se notaba la censura.

De algún modo, Deborah consideró prudente no volver sobre el tema de su soledad así que buscó derivar la conversación.

—Creo que conviene que apague el fuego.

Se dispuso a arrojar arena sobre los maderos ardientes, pero Storm la detuvo.

—No, déjalo. Es lo suficientemente seguro con nosotros dos aquí. No agreguemos más madera y cuando queden las brasas yo me ocuparé de él.

Deborah pudo ver el reflejo blanco de su sonrisa.

—Si apagamos el fuego ahora, tú desaparecerías en medio de la oscuridad. Quisiera que conversemos un rato. Soy Storm Grainger… —se detuvo en forma significativa y Deborah comprendió que ésta era la segunda vez que le decía su nombre. Él aguardó en un silencio expectante.

—Soy Deborah McLeod —respondió.

—Encantado de conocerte, Deborah —dijo Storm con voz algo divertida ante su tono formal—. ¿Por qué no vuelves a sentarte? —dio un paso como para acercarse a ella y Deborah volvió a retroceder alarmada.

—¡Hey! —dijo él con suavidad—. Tranquila, niña. Tu precaución es muy loable aunque algo tardía, pero te aseguro que es innecesaria. Yo me sentaré primero… de este lado del fuego —unió la acción a la palabra y se sentó en la arena.

Deborah se acomodó cuidadosamente en el borde de la manta y apoyó una mano en la arena como para poder levantarse rápidamente si él hacía algún movimiento hacia ella.

—Dijo que tenía una casa cerca de aquí, señor Grainger —incluso en medio de la penumbra pudo notar su gesto irónico ante la formalidad con que lo trataba—. Storm —se corrigió rápidamente —. Pensé que teníamos la única casa en muchos kilómetros. No he visto ninguna desde la playa mientras caminaba.

—La casa no se ve desde la playa. Hay varias cerca de la costa.

¿Cuál es la tuya? —su tono era tranquilizador, y Deborah sospechaba que lo empleaba en forma deliberada.

A pesar de sí misma, respondió a la confianza que le inspiraba su voz y le contestó más extensamente de lo que había planeado.

—Estoy visitando a mi madrina. Ha alquilado una casa allá arriba —Deborah señaló la dirección en que se hallaba la casa—. Ella es pintora e intenta lograr una puesta de sol. Vine a acompañarla por un par de semanas.

—Mmmm, la casa de los Ballinger. Oí que había sido alquilada. Está bastante apartada y no tiene teléfono ni electricidad. ¿Están sólo ustedes dos? —Deborah percibió el mismo tono de desaprobación que en sus primeras palabras.

—Sí —admitió con rigidez. No tenía sentido que simulara otra cosa porque él podría descubrirlo fácilmente. Deborah tenía la sensación de que si ese hombre deseaba saber algo, no servía de nada tratar de ocultarle la información.

—Eso no es sensato —dijo en tono de crítica, casi para sí mismo.

—Eso no es asunto tuyo —replicó Deborah con repentina irritación. De inmediato se llevó la mano a la boca como si hubiese podido volver a guardar sus palabras precipitadas.

Para su sorpresa, Storm echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—No —admitió—, no es asunto mío.

La palabra "aún" flotó en el aire con tanta claridad que Deborah casi hubiera podido jurar que la había oído.

Como si no hubiesen estado hablando de nada en particular, Storm continuó.

—Con la luz del sol, tu cabello brilla con más fuerza que esas brasas. Atrapó mi atención mientras caminabas por la playa, saltando y explorando como una criatura exuberante y deliciosa.

Deborah sintió que el rubor subía a sus mejillas al comprobar que alguien la había estado observando. Recordaba haber saltado y brincado como un cervatillo loco en un exceso de alegría. ¿Él lo había visto todo?

—¿Tú también estabas en la playa? —preguntó Deborah con voz algo ahogada—. No vi señales de otra persona. Por eso pensé que era seguro bajar hasta aquí esta noche.

Para sus horrorizados oídos, había un leve tono de disculpa en esta última oración. ¡Ella no le debía ninguna disculpa ni

explicación, por amor de Dios! Él había estado a punto de matarla de un susto emergiendo de la noche como un monstruo marino, y sin embargo la hacía sentir tonta y culpable.

—No, te observé desde la terraza de mi casa con binoculares. Pensaba bajar a la playa mañana. Temía que si aguardaba más tiempo tú podrías dejar de venir o tomar alguna otra dirección.

—Oh —Deborah se estremeció levemente pero no pudo decidir si se debía a la brisa cada vez más fría o a alguna otra causa. Al no ser alimentado, el fuego se había consumido y las brasas que quedaban casi no proporcionaban luz ni calor.

Él debió haber percibido su temblor porque habló con voz suave pero en un tono que no admitía discusión.

—Es hora de que vuelvas a la casa de tu madrina. Yo cubriré las brasas, Deborah, mientras tú pliegas la manta. Haré una marca en el lugar y mañana volveré con una pala para enterrarlas bien y asegurarme de que estén apagadas.

Storm se puso de pie lentamente como si hubiese querido evitar que se sobresaltase. Entonces comenzó a arrojar puñados de arena húmeda sobre las brasas. Deborah también se puso de pie y sacudió la manta con cuidado antes de doblarla prolijamente y recoger la linterna y el termo. Storm había terminado con las brasas y estaba clavando un trozo de madera para reconocer el sitio al día siguiente.

—Adiós Storm —dijo Deborah preparada para escabullirse en la oscuridad. Pero él se enderezó en forma abrupta al comprender que estaba a punto de partir.

—Veré que llegues sana y salva a lo de tu madrina, Deborah —dijo con voz profunda e inflexible.

—No… no es necesario —respondió Deborah rápidamente. Sentía que si continuaba en compañía de ese hombre, corría el riesgo de adquirir un tartamudeo permanente—. Tengo una linterna y no hay modo de que pueda perderme.

Bien podía no haber hablado. La expresión de Storm irradiaba una inmensa paciencia. Deborah se rindió.

—Está bien —dijo con exasperación y giró sobre sus talones. Estaba segura de que lo había oído reír en voz baja, pero Storm la alcanzó en un instante y caminó a su lado por la arena seca. Él tenía cuidado de no tocarla, pero Deborah estaba intensamente consciente de su presencia.

Caminaron en silencio, y al penetrar en la arboleda, Deborah encendió la pequeña linterna para guiar sus pasos. Aun con la ayuda de la luz, Deborah tropezaba cada tanto con alguna piedra. A Storm no le ocurría lo mismo. Caminaba con seguridad sin siquiera mirar hacia abajo.

—La próxima vez ponte zapatos, pies delicados —susurró Storm.

Ella le sacó la lengua, segura de que no podría verla en la oscuridad, pero al oírlo reír en voz baja sospechó que se había equivocado.

Cuando salieron de la arboleda, Storm le rozó el brazo con suavidad y se detuvo.

—Te vigilaré desde aquí. No quiero que alarmes a tu madrina si llega a estar aguardando tu arribo desde la ventana. Podrás hablarle de mí cuando llegues y yo iré a conocerla mañana. Te llevaré a dar un paseo por la tarde y a la noche iremos a cenar los tres.

—Pero… yo no he dicho… —comenzó Deborah con indignación.

—Entra, Deborah. Es tarde y tu madrina debe estar preocupada por ti. Hablaremos sobre ello mañana, cuando venga a buscarte.

Allí estaba esa inmensa paciencia otra vez, empujándola hacia las ventanas iluminadas de la casa con una fuerza casi tangible.

Deborah se alejó unos pasos y entonces se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Quieres… quieres llevar mi linterna para atravesar la arboleda? Yo no la necesito en la pradera —le ofreció.

—No gracias, Deborah. Estaré bien. Ve adentro, criatura.

—Muy bien. Buenas noches, Storm.

Deborah hubiera deseado decirle "adiós", pero no se atrevió. Probablemente, su risa suave la hubiese perseguido durante todo el camino a través de la pradera. Se preguntó cómo se vería Storm a la luz del día.

A pesar de la decisión que había tomado mientras caminaba, no pudo resistir la tentación de mirar hacia atrás antes de entrar a la casa. A la distancia no podía ver más que sombras negras, pero sabía que él aún estaba allí, observándola. Alzó la mano en un tímido saludo y entró rápidamente en la casa.

Sophie alzó la vista del periódico y sonrió a Deborah cuando ésta penetró en el círculo de luz que irradiaba el farol de la entrada. Deborah había tratado de mantener una expresión calma e indiferente, pero aunque Sophie no era retratista, poseía una gran

percepción para captar el ánimo de la gente. Apartó el periódico y observó a su ahijada con ojos pensativos.

—Creo que tu velada junto al mar no ha tenido mucho éxito, Deborah. Pareces… —Sophie vaciló, buscando la palabra indicada —, perturbada.

Deborah rió.

—Supongo que es porque he tenido una experiencia completamente perturbadora —la expresión de Sophie se volvió interrogante y Deborah continuó—: Descubrí que la playa no estaba tan desierta como habíamos supuesto —Deborah le narró la aparición de Storm y la forma en que la había regañado por estar a solas en la playa—. Vendrá mañana a conocerte, Sophie. Entonces me llevará a dar un paseo y más tarde, a ambas a cenar. No me invitó. Me lo comunicó.

Durante su discurso, Deborah se había dejado caer en un sillón ocultando el rostro de la mirada penetrante de Sophie.

—¿Preferirías no tener nada más que ver con él? —preguntó su madrina.

Deborah alzó la cabeza y la observó con una sonrisa triste.

—Ni siquiera sé si eso sería posible, Sophie. Es un hombre muy… decidido. Tal vez se haya debido a las circunstancias, pero había una especie de… aura de poder en él. Creo que debe ser muy difícil oponerse a ese hombre si toma una decisión —Deborah se alzó de hombros y agregó—: Tal vez cuando lo vea a la luz del día resulte ser menos impresionante, pero lo dudo.

Entonces, una extraña sonrisa surcó su rostro y Sophie sospechó que Deborah acababa de tener un pensamiento nada desagradable. Aguardó a que su ahijada volviese a hablar, pero Deborah permaneció sentada como si se hubiese convertido en piedra. Sólo algunos fugaces destellos de expresión mostraban que aún vivía y respiraba. Finalmente habló con lentitud, considerando cada palabra en forma cuidadosa.

—Sophie, él no sabe quién soy. Le dije mi nombre y no lo reconoció. Ahora tengo la oportunidad de descubrir cómo reacciona una persona ante mí, y no ante Deborah McLeod, la nieta de Hugh McLeod. Soy una muchacha que él ha visto caminando por la playa, sin ningún pasado, y quiero que siga de ese modo. Lo único que diré a Storm es que mis padres están muertos y que vivo con mi abuelo. Magda está muerta para mí, y por su propia voluntad.

Sophie no pudo detectar ninguna amargura en su voz, sólo una narración de hechos duros.

—¿Lo consideras… deshonesto de mi parte, Sophie? ¿Desear ser sólo Deborah durante un tiempo? Es muy molesto saber que soy el blanco de muchos cazadores de fortunas. No quisiera ser cínica, pero me resulta muy duro tener que desconfiar de cada hombre nuevo que conozco.

Se puso de pie en forma abrupta y caminó hasta la ventana para observar el cielo y el océano.

—Tú y el abuelo fueron amados por lo que son —dijo con tono suave y pensativo—. ¡Yo quiero lo mismo! Quiero poder confiar en el hombre con el que me case. Quiero escuchar la verdad en su voz, no la codicia, cuando diga "te amo". El matrimonio ya es lo suficientemente incierto como para que además tengas que estar buscando dobles intenciones porque no confías en la persona amada.

Una sinceridad apasionada subrayaba cada palabra, y Sophie comprendió por primera vez que a pesar del amor de Hugh, Deborah había crecido con muy pocas ilusiones. Deborah nunca le había hablado respecto a la terrible discusión que escuchara entre sus padres, pero Sophie había conocido a Magda. Resultaba muy sencillo deducir quién había sido la responsable de que las ilusiones de la joven murieran en forma tan temprana.

Sophie escogió sus palabras con mucho cuidado.

—Deborah, ser incapaz de confiar es algo tan peligroso como lo es confiar ciegamente. Si escuchas tratando de encontrar dobles intenciones, es probable que las encuentres aunque no existan. ¿Comprendes lo que trato de decir, querida? Está bien que tomes la vida con un grano de sal, pero demasiado de ella arruinaría la mejor sopa inevitablemente.

Debió haber pulsado la cuerda indicada porque Deborah se relajó visiblemente y se volvió con una sonrisa.

—¿Significa eso que apruebas mi intención de no hablar con Storm respecto al abuelo? No escucharé notas desafinadas si él no sabe que la música que interpreta se titula Industrias McLeod.

De pronto, Deborah se echó a reír.

—También podría suceder que mañana no viniera, y aunque lo hiciera podría resultar ser bizco y tener los dientes postizos.

Continuó riendo ante lo absurdo de la idea. No, esa voz

profunda y decidida no combinaba con una imagen tan ridícula. Además, estaba segura de que él vendría al día siguiente.

Mientras yacía en la cama esa noche, trató de armar un rostro con los fragmentos que el fuego le había permitido ver. Finalmente se rindió. Un mentón, una nariz, un par de labios delgados. De sus ojos sólo había logrado obtener una visión fugaz… Mañana. Entonces, a la luz del sol, podría congregar las facciones separadas en un todo.

Deborah no soñó con su rostro indefinido, pero despertó con una sonrisa en los labios y una sensación de inquietud y expectativa. Durante algunos momentos, sólo se trataba de "algo agradable" que estaba por ocurrir, pero entonces recordó a Storm. A pesar de que conservaba ciertos reparos, Deborah nunca se había sentido tan viva.

Sophie oyó que Deborah cantaba alegremente mientras se bañaba y sonrió al recordar sus propios días de juventud. Entonces puso a freír varias tajadas más de tocino y colocó otro huevo en la mezcla que estaba batiendo. Deborah aún no estaba lo suficientemente enamorada como para perder el apetito.

Para cuando los platos estuvieron limpios y secos, ya había pasado la mitad de la mañana. El aseo general de la casa les ocupó las horas que faltaban para el mediodía. Después del almuerzo, Sophie fue en busca de su caballete y Deborah quedó libre para hacer lo que deseara.

Normalmente, Deborah se sentía feliz de estar a solas, pero hoy estaba demasiado cargada de energías. Una caminata por la playa hubiera sido ideal. Quería hacer algo. La idea de esperar con los brazos cruzados hasta que Storm viniese, o no, le resultaba intolerable. A Deborah no le había sido otorgado el don de la paciencia.

Se puso de pie de un salto y apartó la revista que había estado hojeando. Entonces se acercó a Sophie quien se hallaba con su lienzo en el balcón.

—Voy a caminar por la playa, Sophie.

Deborah observó con una sonrisa cómo Sophie le hacía un gesto ausente con la mano sin apartar la vista del lienzo que tenía delante. Cuando Storm llegara, si lo hacía, podía ser que Sophie

recordase sus palabras o no, pero una simple deducción lo ayudaría a encontrarla.

No quería examinar demasiado la razón por la cual no iba a estar esperándolo. Desde el momento en que se levantara, había permanecido en una especie de vaivén emocional. La irritaba el hecho de que Storm ni siquiera se hubiese molestado en preguntarle si deseaba ir a cenar. Ella quería hacerlo, pero él tenía la obligación de consultarle. Sin embargo era algo excitante… un hombre misterioso apareciendo de las profundidades de la noche… no podía dejar de pensar.

Estaba cansada de dar vueltas al asunto. Ya no estaba tan segura de que él vendría. Necesitaba salir para acallar un poco su mente.

Casi había llegado a la arboleda cuando el ruido de un motor hizo que se volviera. Un vehículo polvoriento recorría el sendero que conducía a la casa. Deborah volvió sobre sus pasos, ya que hubiera sido una gran coincidencia si el visitante no era Storm. Él no la vio acercarse. Bajó de la camioneta y se acercó a la puerta. Deborah aún no podía ver el rostro de Storm ya que éste se hallaba de espaldas a ella. Su cabello negro brillaba con el sol y se ondulaba levemente sobre el cuello de su suéter azul.

De pronto se abrió la puerta y Sophie asomó la cabeza. Tenía algún parecido con una tortuga miope asomando de su caparazón.

—No había necesidad de llamar, Deborah… —de pronto, Sophie notó que lo que tenía delante era un pecho ancho y masculino, en lugar del cuerpo delgado de su ahijada. Dio un paso atrás y alzó la cabeza. Sus siguientes palabras resultaron bastante herméticas para alguien que no estaba familiarizado con la forma en que trabajaba su mente—. Oh, Dios mío. Quisiera pintar retratos. Tú eres Storm. Ella no está aquí. Creo que dijo que iba a la playa. ¿Tú conoces el camino, verdad? Por supuesto que sí. La acompañaste hasta aquí anoche.

La puerta se cerró con tanta rapidez como se había abierto. Storm permaneció absolutamente inmóvil hasta que la risa de Deborah hizo que se volviera. Al ver su expresión aturdida, Deborah se sintió completamente vengada por el modo en que la había tratado la noche anterior.

—Ella estaba pintando —le explicó—. Por lo general no se molesta en abrir la puerta cuando trabaja, pero yo le hablé de ti y le dije que era posible que vinieses esta tarde.

—No era "posible", Deborah —Storm la tomó por el codo y la condujo hacia el vehículo—. Dije que te llevaría a dar un paseo por la tarde y que luego iríamos a cenar con tu madrina —continuó con una sonrisa—. Iremos a dar ese paseo ahora mismo.

—Pero mi bolso… —se resistió Deborah.

—No lo necesitarás —Storm abrió la puerta de la camioneta y la ayudó a entrar—. No te hacía falta para caminar por la playa, ¿verdad?

A la luz del sol, su rostro parecía tallado en madera. Deborah compartía la impresión de Sophie. Hubiera podido hacerse un retrato maravilloso con su rostro, pero lo mejor hubiese sido tener las manos diestras de un escultor para modelarlo en arcilla. Esa frente amplia y esa nariz recta e imperiosa, los pómulos altos y una boca sensual y severa a la vez. Su mentón decidido mostraba que era un hombre acostumbrado a hacer su voluntad. "Atractivo" era una palabra demasiado suave para definirlo. Tenía el rostro de un hombre que sabía lo que deseaba y no tenía reparos en tomarlo. Y eso era lo que había hecho.

Capítulo 3

Storm se acomodó frente al volante y encendió el poderoso motor.

—Colócate el cinturón de seguridad —dijo brevemente.

Deborah obedeció de inmediato y se ajustó las correas. A juzgar por la forma en que estaban abrochadas, la persona que había viajado en ese asiento antes que ella debía haber sido bastante grande.

Cuando llegaron a la carretera, Storm giró lentamente hacia el norte.

—¿Cuando yo llegué, tú ibas a la playa o volvías de ella, Deborah? —Storm no apartó la vista de la ruta, pero Deborah sabía que toda su atención estaba fijada en ella, aguardando una respuesta.

—Iba a la playa —admitió. Sentía que él acababa de descubrirla en un comportamiento infantil. Tuvo una necesidad irresistible de justificarse—. No sabía cuándo vendrías ni si lo harías y no tenía deseos de sentarme a esperar. ¡Ni siquiera me preguntaste! —exclamó.

Esa era la verdadera causa de su irritación. ¡Deborah estaba acostumbrada a que le preguntasen, no a que le diesen órdenes!

Él la sorprendió.

—Me disculpo. Aún estaba enojado por haberte encontrado a solas en la playa. El año pasado hubo varias violaciones en este sector de la costa, y la policía aún no ha podido descubrir al autor. La última ocurrió hace menos de tres meses, a unos diez kilómetros de aquí.

—¡Oh!

Storm la miró al escuchar su pequeña exclamación, pero no agregó nada más. Evidentemente, sentía que la cuestión había quedado en claro. Y así era. Deborah no volvería a incursionar por la playa de noche y a solas. ¡No se arriesgaría a que otro hombre la encontrase indefensa!

Durante la esporádica conversación, habían ido subiendo por la carretera de la costa. Al otro lado de Storm, Deborah podía ver la inmensidad del océano. Se alegraba de ir viajando por la mano

derecha de la ruta ya que la altura le producía vértigo y esa zona era muy escarpada. No podía ver directamente hacia abajo, pero las rocas que se extendían a lo largo del camino eran las mismas que se apiñaban en la base del risco. Podía imaginarse fácilmente las olas golpeando contra los peñascos.

Al tomar por una curva, Storm disminuyó la velocidad y se apartó de la carretera para dirigirse hacia un mirador. Estacionó la camioneta junto a la pequeña pared de piedra que era todo lo que los separaba del vacío. Storm colocó el freno de mano y Deborah rezó para que funcionase bien.

Storm no vaciló. Bajó del vehículo y lo rodeó rápidamente para ayudarla a salir. Su mano era cálida y fuerte, pero ella no permitió que la condujese hasta el borde.

—Prefiero no acercarme demasiado. Las alturas no son mis paisajes favoritos —Deborah sonrió mientras explicaba sus reticencias.

—Hmmm. La casa de Ballinger debe darte pesadillas, entonces —dijo Storm con expresión pensativa.

—Hago de cuenta que estoy en un avión y evito salir al balcón cuando es posible. Debo admitir que de todos los domicilios de Sophie, éste no ha sido mi favorito. Hubiera preferido un techo con goteras y menos comodidades.

El silencio de Storm parecía requerir una explicación más detallada y Deborah se encontró describiendo algunas de las viviendas de Sophie. Mencionó la cabaña que se había desmoronado y la casa de la playa cuyo techo estaba lleno de goteras.

Storm rió y entonces comentó perceptivamente:

—Debes querer mucho a Sophie.

—Así es —respondió Deborah—. Ella y mi abuelo son toda mi familia. Perdí a mis padres cuando tenía doce años y a mi abuela un año después, pero Sophie y el abuelo me han dado todo el amor y el cuidado que necesité. Nunca me han fallado.

Él debió haber notado la sombra de un antiguo dolor en sus últimas palabras, pero no hizo ningún comentario.

—¿Cuánto tiempo planeas permanecer con Sophie —preguntó.

—No estoy segura —admitió Deborah con ingenuidad—. Mis visitas suelen extenderse más tiempo del que planeo en un principio. Un par de semanas… o un mes. Mi abuelo está de viaje y es probable que me quede con Sophie hasta que él regrese a casa.

No me gusta dejarlo solo porque se pone triste cuando estoy lejos demasiado tiempo. Tal vez pueda convencer a Sophie para que me acompañe si para entonces se ha cansado de las posibilidades del atardecer.

Deborah frunció el ceño con expresión preocupada y continuó, casi para sí.

—No me gusta la idea de estar tan lejos de una ciudad o de algún vecino sin tener un teléfono. Los otros lugares pueden haber sido ruinas comparados con éste, pero todos estaban comunicados con la civilización de alguna manera. A pesar de ser muy activa, Sophie ya no es joven, y no creo que esté tan bien como debería.

El recuerdo de la expresión tensa de Sophie mientras luchaba contra algún dolor, seguía clavado en la mente de Deborah. No había habido ningún otro episodio pero ella había notado que Sophie estaba perdiendo peso. Deborah no tendría más remedio que observar y aguardar, pero estaba decidida a no dejar a Sophie sola en esa casa, ¡con puesta de sol o sin ella!

—No me gusta que tú vivas en esa casa —dijo Storm brevemente —. Está demasiado aislada. Y tampoco quiero que vuelvas a bajar a esa playa tú sola Deborah, ni de día ni de noche.

Deborah se paralizó automáticamente. Nadie, ni siquiera su amado abuelo, tenía el derecho de usar ese tono autoritario con ella. ¡Y por cierto que no lo tenía un hombre que acababa de conocer! Deborah alzó el mentón mientras se liberaba del brazo que le rodeaba la cintura.

—Tú no quieres… tú no quieres… —tartamudeó retrocediendo rápidamente, olvidándose por completo del vacío que tenía a sus espaldas.

En el momento en que sus pantorrillas chocaron contra la pared de piedra haciéndole perder el equilibrio. Storm la aferró por los hombros con una velocidad increíble y la estrechó contra la seguridad de su pecho.

Una visión fugaz de las rocas puntiagudas azotadas por las olas hizo que Deborah se cobijara contra él para dispersar la pesadilla de lo que podía haber ocurrido. Su piel vulnerable era recorrida por pequeños temblores, y Storm la calmó acariciando su espalda suavemente de arriba abajo.

Deborah tenía la nariz apretada contra la tela de su camisa y mantenía los ojos fuertemente cerrados, pero sus oídos captaron el

temblor en la voz de Storm cuando éste habló.

—Mujer, tú pareces decidida a convertirme en un anciano antes de tiempo. La próxima vez que te rescate me convertiré en tu dueño y te encerraré conmigo en un calabozo.

La estrechó con fuerza y luego la apartó un poco para tomarla por el mentón y escudriñar su rostro. Deborah estaba algo pálida, pero logró esbozar una sonrisa. Jamás, en toda su vida, había visto a alguien moverse tan rápido.

—¿Estás mejor ahora? —dijo Storm con suavidad. Storm la observaba con seriedad, como si hubiese querido grabar en su mente el hecho de que ella continuaba viviendo.

—Sí —logró decir Deborah. Tenía la boca seca por el miedo y la palabra fue apenas un susurro. Deborah se humedeció los labios y volvió a intentarlo—. Gracias Storm —su voz sonó ronca pero audible y su sonrisa se hizo algo más firme.

—Debería azotarte —dijo Storm—, pero como no nos conocemos lo suficiente como para eso, voy a…

No terminó la oración, pero sus labios que descendían hacia ella lo hicieron por él. Sin embargo, su beso no fue un castigo, y aunque Deborah hubiera tenido tiempo para prepararse no hubiese sido necesario.

Storm captó los labios de Deborah con una firmeza que confirmaba su impresión de que él era un hombre que siempre sabía lo que hacía. Muy pronto, ella olvidó su intención de que éste sólo fuera un beso de agradecimiento. Lo olvidó todo excepto la realidad ardiente y devoradora de un beso diferente a cualquier otro. Después aprendería que todos los besos de Storm eran diferentes a los que ella había experimentado, pero éste era el primero.

Cuando emergió después de una ilimitada cantidad de tiempo, Deborah descubrió que su cuerpo temblaba nuevamente, esta vez por los latidos descontrolados de su corazón.

—Creo… creo que volví a caer al vacío —murmuró aturdida y entonces se ruborizó intensamente al escuchar sus propias palabras.

Storm rió con calidez y la tomó por el rostro.

—Yo caí contigo, dulzura, pero tendremos un aterrizaje feliz —sus ojos grises le enviaban mensajes silenciosos.

Storm miró a su alrededor y entonces la tomó por la cintura firmemente para guiarla de vuelta hacia la camioneta.

—Vamos, Deborah. Miraremos el océano desde un sitio más

bajo.

Deborah lo siguió encantada aunque ya había olvidado por completo el momento de pánico vivido. El beso de Storm había expulsado todo recuerdo desagradable. Un par de labios cálidos y una lengua persuasiva habían hecho que el mirador se convirtiese en un sitio muy especial… el sitio donde Storm la había besado.

Storm se alejó de la pequeña pared de piedra y condujo la camioneta por el camino serpenteante hacia tierras más bajas. Esta vez viajaban por el lado externo de la ruta, pero Deborah ni siquiera lo notó. Antes de partir, Storm había dicho tranquilamente:

—Colócate el cinturón del medio, Deborah, aquí junto a mí.

Ella lo obedeció, pero tuvo que hurgar dentro del asiento para encontrar la correa. Era evidente que nadie la utilizaba. Cuando estuvo amarrada y sentada con el muslo apretado contra él, Storm le tomó la mano para rodear con ella su propio brazo.

—Necesito ambas manos para esta ruta. Pon tu cabeza sobre mi hombro y no mires hacia afuera.

Ella volvió a obedecer y se acomodó contra él cuidando de no perturbar su control del vehículo. Deborah no se lo dijo, pero a su lado se sentía tan segura que hubiera podido asomarse al borde de un abismo sin sentir ningún temor. Aún no sabía que la caída que sufriría por su culpa sería más devastadora que aquélla de la cual él acababa de salvarla. La muerte pone fin al dolor. A causa de Storm, ella experimentaría una larga agonía del alma.

Pero eso aún pertenecía al futuro. Todavía le quedaban por vivir los días felices, la noche de éxtasis. Por ahora, disfrutaba el placer del momento tal como éste se presentaba. Storm era excitante, Storm era especial, y a Storm le gustaba Deborah… no Deborah McLeod, la nieta de Hugh McLeod.

Cuando estuvieron en una zona más llana, Deborah pudo haberse apartado de Storm para volver a observar el paisaje pero sólo deseaba observar su mandíbula y la línea poderosa de su cuello. Cada tanto, Storm bajaba la vista hacia ella, y Deborah retribuía su mirada ardiente con ojos interrogantes. La comunicación silenciosa parecía satisfacerlos a ambos porque Deborah se acurrucó aun más contra él y la mano de Storm cubrió la de ella.

Cuando Storm estacionó frente a la heladería, Deborah aún se apretaba contra él. Storm le sonrió con una expresión traviesa e

infantil.

—¿Resulta muy caro alimentarte? Pensé en calmar tu apetito con helado antes de que vayamos a cenar esta noche.

—No hay nada que calme mi apetito —le informó Deborah—. Soy una comensal completamente voraz. El abuelo dice que no puede descubrir a dónde va tanta comida.

Storm observó su figura delgada, en especial la curva firme y generosa de sus senos bajo la blusa de algodón. No dijo nada, pero Deborah supo que estaba pensando que él sabía a dónde había ido una parte de ella. Storm se echó a reír al verla ruborizarse.

—Hay algunos peligros en ser capaz de leer la mente, Deborah —la amonestó con una sonrisa.

—Depende de quien sea la mente que estás leyendo —replicó Deborah con seriedad. Entonces, arruinó el efecto de sus palabras al preguntar—: ¿Tienen helado de pistacho aquí? Es mi sabor favorito.

Storm la condujo hasta la heladería y señaló la lista de sabores que colgaba de la pared.

—Helado de pistacho, tal como *madame* ha pedido. ¿*Madame* desearía algún otro sabor?

—Una parte de pistacho —ordenó Deborah con seriedad. Entonces sonrió con una expresión traviesa y agregó—: Y una de frambuesa. Es mi segundo sabor favorito.

Storm la observó con desconfianza y dijo:

—Y…

—Y una de cerezas al *cogñac*.

—Tu tercer sabor favorito —dijo él.

—Por supuesto. ¿Cuál quieres tú?

—Vainilla —dijo Storm austeramente.

—¡Ugh! Creo que no te quedan muchas esperanzas —le informó Deborah.

Cuando ella hubo terminado con su cono, Storm humedeció una servilleta de papel y limpió los rastros multicolores que habían quedado alrededor de su boca. Deborah suspiró con satisfacción.

—Ahhh, delicioso. Gracias, Storm —sus ojos brillaban con picardía—. ¿Adónde dijiste que ibas a llevarnos a cenar?

Se escabulló rápidamente cuando él intentó darle una palmada en el trasero.

Muy pronto estuvieron bamboleándose por el camino que

conducía a la casa de Sophie. Cuando Storm detuvo la camioneta, Deborah preguntó:

—¿Quieres entrar un rato? Es probable que Sophie ya haya terminado de pintar y descubrirás que es bastante normal cuando no está absorta en sus atardeceres.

Storm rió al recordar su intento de conversación con Sophie varias horas atrás. Sin embargo, se negó diciendo:

—No, ahora no. Pasaré a buscarlas a las seis y media. Cenaremos en el club local, pero no es un sitio particularmente formal. Ocurre que tienen los mejores bistecs en cien kilómetros a la redonda, y yo supongo que eres una muchacha que sabe apreciar un buen bistec… un gran bistec —se corrigió con rostro serio.

—Cuanto más grande mejor —agregó Deborah—, y patatas a la crema y bocadillos de tocino y panecillos calientes…

Deborah se detuvo junto a la puerta y saludó a Storm con la mano mientras éste se alejaba. Entonces entró a la casa con una sonrisa tranquila en el rostro. Siguió el sonido de la música que provenía de la sala y allí encontró a su madrina, recostada en el sofá, leyendo una novela romántica que Deborah había leído un par de semanas atrás.

Cuando Sophie apartó su atención de la hoja impresa y alzó la vista hacia su sonriente ahijada, Deborah asumió un aire de censura y dijo:

—Sophie, ¡se te pudrirá la mente si continúas leyendo basura como ésa! Estoy segura de que traje un libro de Tolstoi conmigo. Estaré encantada de prestártelo para que mejores tu gusto por la literatura.

Sophie conocía muy bien a su ahijada, así que respondió:

—¿Y qué te pareció este libro, Deborah?

Deborah emitió un silbido e hizo un gesto significativo.

—¡Aquellos días sí que eran buenos! No sé cómo encontraban tiempo para conquistar el oeste. De acuerdo con ese libro, pasaban la mayor parte del tiempo en la cama.

Sophie sonrió y se enderezó en el sofá.

—¿Has dado un lindo paseo con Storm?

Deborah sonrió recordando el beso y el helado.

—Me alimentó con mi helado favorito.

—Hmm —dijo Sophie, ha encontrado el camino hacia tu corazón con mucha rapidez, por cierto.

—Y esta noche va a llevarnos al club local a comer un gran bistec —anunció Deborah riendo.

—Ese hombre tiene malas intenciones —observó Sophie—. Otras mujeres pueden ser sobornadas con joyas y pieles, pero un buen asado es tu talón de Aquiles —dijo con una sonrisa—. ¿Él te gusta, verdad, Deborah?

—Sí, Sophie —admitió Deborah y la sonrisa traviesa volvió a aparecer en su rostro—. Y tú debes admitir que es el hombre más interesante que se ha cruzado por nuestro camino en mucho tiempo. Esta vez me has traído muy lejos de la civilización Sophie, y los hombres atractivos no abundan por aquí.

Sophie le dirigió una mirada significativa.

—¡Los hombres atractivos de ese calibre no abundan en ninguna parte, Deborah!

—Cierto, demasiado cierto mi venerable madrina —exclamó Deborah.

Podía sentir la excitación que burbujeaba alegremente por sus venas, y debía admitir que su buen humor se debía al hecho de que vería a Storm en pocas horas más. Nunca antes había conocido a un hombre que la conmoviera tanto y aguardaba la reaparición de Storm con gran expectativa.

Sophie observó el rostro brillante de Deborah y tuvo un leve presentimiento. Su ahijada nunca había sido de las que se entusiasman con gente nueva. Su personalidad más bien tendía a la reserva, en especial con el sector masculino y se resistía a permitir que alguien atravesase las barreras que ocultaban a la verdadera Deborah.

Al igual que Hugh McLeod, Sophie conocía algunas de las razones por las cuales la muchacha no se permitía confiar en la gente. Magda había dañado profundamente a su hija y a su esposo, y los efectos continuaban afectando a Deborah aun sin la perniciosa presencia de su madre. Deborah era una joven demasiado dulce como para ser cínica, pero actuaba con mucha cautela. La confianza e inocencia de su infancia habían sido destruidas demasiado prematuramente, antes de que hubiera podido crear las defensas de la madurez.

Deborah era consciente de las preocupaciones ocultas de Sophie. Su madrina era una mujer protectora y temía que ella tuviese que sufrir una desilusión. Deborah apreciaba su inquietud ya que era

una expresión del amor que Sophie le profesaba. En su corta vida, había encontrado pocas personas que la amaran sinceramente y Deborah las atesoraba en lo más profundo de su corazón.

Ella sabía que al permitir que Sophie viese la intensa atracción que sentía hacia Storm, la preocupaba innecesariamente. Sin embargo no podía evitarlo. Le resultaba imposible ocultar el magnetismo que había entre ambos.

También había una confianza instintiva. En los ojos grises y masculinos de Storm no había nada de calculador tal como ella viera en las miradas de otros hombres que se le habían acercado. Desde el punto de vista de Deborah, sería una contienda justa. Deborah la mujer contra Storm el hombre, con muchas posibilidades de que ambos se convirtieran en ganadores.

—Te reto a ver quién se baña primero —ofreció Deborah generosamente.

Considerando que estaba de pie y era más joven, no hubiera tenido ningún problema para vencer a Sophie en una carrera. Esta era una vieja broma entre ellas. Había surgido en algunas otras viviendas de Sophie, donde la provisión de agua caliente había tenido una severa limitación.

—Ve tú —dijo Sophie sabiendo que el tanque de agua que había en la casa las mantenía a salvo de tales problemas—. Estoy en una parte muy interesante así que terminaré con este capítulo.

Deborah sonrió y observó el libro de Sophie.

—Hmmm, debes andar por el capítulo diez… cuando están escondidos en la cueva después de escapar de los indios. ¡Yo tampoco lo dejaría en ese punto! Ese escritor tiene una gran imaginación, Sophie, y posee muchos conocimientos sobre anatomía.

Sophie sonrió.

—¿Hugh conoce tus gustos depravados por la más baja literatura?

—Yo no le diré nada sobre ti si tú no le dices nada sobre mí —respondió Deborah.

Sophie rió encantada y volvió a sumergirse en el libro mientras su ahijada se dirigía hacia el baño.

A la hora en que Storm estaba por llegar, Sophie había

abandonado la interesante actividad de la cueva y, al igual que Deborah, estaba bañada y convenientemente vestida para la velada.

Storm fue puntual. A las seis y veintinueve oyeron el motor de la camioneta por la pradera, y exactamente a las seis y treinta, unos golpes sobre la puerta. Deborah lo hizo entrar y lo condujo hasta la sala donde aguardaba Sophie. Después de las presentaciones, ambas mujeres tomaron sus bolsos y abrigos mientras conversaban con Storm.

Finalmente salieron los tres, y después de asegurarse de que la puerta estuviese bien cerrada, Storm las ayudó a entrar en el vehículo. Deborah se acomodó en el centro del asiento y se ajustó las correas. Era muy consciente del aura cálida generada por la proximidad de Storm.

Deborah logró mantener una amena conversación mientras viajaban hacia el club, pero el calor del cuerpo de Storm y algún roce ocasional de sus hombros le provocaban extrañas sensaciones. Comprendió que deseaba acomodarse tal como lo había hecho esa tarde, rodeando ese brazo musculoso con sus pequeñas manos. Pero no podía hacerlo con Sophie sentada a su lado. Sus ojos brillantes e inteligentes no dejarían pasar ningún detalle ya que Sophie era particularmente perceptiva en lo que se refería a ella. Su intuición femenina junto con su percepción artística podía decirle más de lo que Deborah deseaba que supiese… aún.

Deborah amaba a su madrina, pero lo que estaba ocurriendo entre ella y Storm era algo muy privado. Tal vez llegaría el momento en que podría permitir intromisiones, pero por el momento trataría de ocultar sus sentimientos ante todos excepto Storm. Hablaría con el lenguaje de los ojos, no con el de la boca.

Storm estacionó la camioneta y la rodeó para ayudar a Sophie a bajar. Cuando Deborah se disponía a salir, él la tomó por la cintura y la suspendió en el aire durante un largo segundo antes de bajarla al suelo. Deborah sintió que se le cortaba la respiración, y no fue por la presión de sus manos al levantarla.

Storm ofreció a Sophie su brazo izquierdo, pero mantuvo el otro alrededor de la cintura de Deborah en forma posesiva mientras se dirigían hacia el edificio de ladrillo y vidrio. Varias personas lo saludaban al pasar, pero él les respondía brevemente y no se detuvo para presentarlas.

Storm también se alejó de la gente del bar, aunque algunos

hombres lo llamaron y lo saludaron con la mano. El comedor se hallaba semi vacío y Deborah supuso que se debía a que aún era bastante temprano para que la gente pensase en cenar. ¡Había muchas personas en el bar, por cierto! Un camarero se apresuró en llegar hasta ellos y los acompañó hasta una mesa junto al gran ventanal desde donde se veía el campo de golf. El camarero ayudó a Sophie a sentarse y Storm hizo lo mismo con Deborah. Él tomó asiento entre las dos mujeres y después de consultar sus preferencias, transmitió la orden para los aperitivos.

Mientras aguardaban a que volviese el camarero, comenzaron a estudiar el menú. Storm dirigió a Deborah una mirada risueña y luego se volvió hacia Sophie para decir con solemnidad:

—Supongo que cualquier bistec estará bien para Deborah siempre que sea grande, pero yo recomendaría el *filet*, Sophie. El cocinero tiene una salsa de vino secreta que coloca sobre la carne antes de asarla sobre las brasas.

Deborah se esforzó para que su expresión se viera ofendida, pero sólo logró parecer hambrienta.

—Desearía que no hablaras todo el tiempo de comida, Storm —se quejó—. Es como describir una cascada de agua cristalina a un hombre que se está muriendo de sed en el desierto. ¡Ten piedad de mi estómago vacío!

Desde hacía mucho tiempo, Deborah estaba acostumbrada a bromear sobre el asunto con sus amigos y su familia.

—Además hay patatas al horno con crema, bocadillos de tocino y panecillos calientes —continuó Storm en tono risueño dirigiendo a Deborah una mirada de soslayo—. También hay un pastel de manzanas muy especial. Varias mujeres cometerían un asesinato con tal de obtener la receta.

—Eres un hombre muy desagradable, Storm Grainger —dijo Deborah con tono quejumbroso—. Debí haber escapado gritando en medio de la noche cuando me encontraste en la playa. Sabía que eras un hombre peligroso, pero no había comprendido hasta qué punto llegaba tu depravación… eres capaz de molestar a una mujer que está a punto de desmamarse de hambre.

Sophie se ahogó con el agua que acababa de beber y Deborah preguntó con suavidad:

—¿Has tragado mal, querida Sophie? ¿Por qué no la palmeas con fuerza en la espalda, Storm? Todos los libros de primeros

auxilios dicen que ese es el procedimiento correcto… justo en medio de los hombros.

—Creo que una buena paliza sería mucho más eficaz, Deborah —dijo Storm. Su mirada brillante y risueña indicaba que la paliza a la que se refería no estaba dirigida a Sophie.

—Sólo trataba de ayudar —murmuró Deborah.

En ese momento apareció el camarero y Storm preguntó a Sophie cuál había sido su elección. Sophie, quien ya se había recuperado de su espasmo de tos, optó por el *filet* siguiendo la recomendación de Storm. Deborah suspiró.

—No puedo decidirme. Está ese Chateaubriand, aunque ya sé que lo sirven para dos personas… ¿Querrías compartirlo conmigo, Storm? —preguntó con una sonrisa.

—De ninguna manera —se negó Storm con firmeza—. Yo también tengo hambre y no quiero que me hagas sentir como si te estuviera quitando la comida de la boca. Si compartiera un bistec contigo, terminaría sin nada para comer a excepción del hueso.

—Pero el Chateaubriand no tiene hueso —objetó Deborah.

—¡Exacto! —fue la réplica mordaz de Storm.

El camarero parecía impaciente y Sophie decidió intervenir.

—Si ustedes dos no llegan pronto a una decisión, yo seré la única que coma algo esta noche.

—Yo comeré el *filet mignon* —ordenó Deborah rápidamente.

—¿Sólo uno? —bromeó Storm antes de ordenar su propio plato y agregar—: Tráiganos también el aperitivo de hongos y camarones. ¿Quieres sopa y ensalada, Deborah?

Deborah rechazó la sopa asegurando que podría sobrevivir con la ensalada hasta que llegase la carne. Entonces preguntó respecto al aperitivo que Storm había ordenado, ya que no lo había leído en el menú.

—Te traen una pequeña parrilla al carbón y una fuente con hongos y camarones bañados con una salsa deliciosa. Ensartas los alimentos en unos palillos de madera y los cocinas sobre las brasas. Te mantiene ocupada mientras aguardas a que llegue tu cena.

—Qué idea maravillosa —dijo Deborah con entusiasmo.

—Sabía que pensarías eso —respondió Storm.

Sophie se echó a reír. Los bistecs fueron tal cual Storm lo había prometido. La salsa otorgaba un sabor picante a la carne tierna y jugosa, y Deborah suspiró con satisfacción al final de la deliciosa

cena. Observó el último bocado de postre que descansaba sobre su plato.

—No creo que pueda —admitió.

—Por supuesto que puedes —la instó Storm—. Tienes una reputación que defender. ¿Quieres arriesgarte a morir ofendiendo al cocinero?

Deborah tomó el trozo de pastel con su tenedor y lo observó con expresión lúgubre.

—¡Es probable que me arrepienta de esto durante los próximos veinte años!

Mientras tragaba el último bocado y reía ante la exagerada expresión de alivio de Storm, Deborah notó que alguien se hallaba a sus espaldas. Sintió un extraño estremecimiento, tan inexplicable como premonitorio. A pesar de la luz brillante del comedor, una sombra pareció caer sobre la mesa.

Storm alzó la vista y sus ojos adoptaron una expresión extraña. Deborah observó a Sophie y por su rostro que ella conocía tan bien, supo que su madrina no estaba particularmente impresionada por el objeto de su escrutinio.

Deborah se volvió para ver a la persona que se hallaba detrás de ella.

Storm se puso de pie y dijo con calma:

—Sophie, Deborah, quiero que conozcan a mi padre.

Capítulo 4

Charles Steven Grainger tenía casi la misma altura que su hijo y sus hombros eran igualmente anchos, pero allí terminaba todo el parecido. Su rostro, su cuerpo, todo él provenía de un molde más suave e indulgente. Su boca tenía una cierta sensualidad de la cual Deborah desconfiaba instintivamente y sus ojos castaños no eran cálidos sino que tenían una expresión astuta y desagradable. El hombre le recordaba a muchos de los rivales de su abuelo en los negocios, aquellos a los cuales los abogados de Hugh investigaban cuidadosamente antes de firmar algún contrato. La sonrisa de Charles Grainger tenía la misma suavidad hipócrita.

Pero era el padre de Storm. Deborah le dedicó su mejor sonrisa y extendió la mano hacia él. Su mano tampoco le gustó. Estaba húmeda y era desagradablemente blanda.

Ante la invitación de Storm y la insistencia cortés de las mujeres, Charles se sentó a la mesa con ellos. Les aseguró que ya había cenado pero que estaría encantado de beber una taza de café en su compañía. Storm llamó al camalero y muy pronto las tazas calientes humeaban frente a ellos.

—Bien, bien, mi querida —dijo Charles con voz zalamera—. ¿Dónde te tenía oculta el astuto de mi hijo todo este tiempo?

Deborah se paralizó y respondió con frialdad.

—Storm no me ha tenido oculta, señor Grainger. Nos conocimos hace poco —Deborah no deseaba aclararle cuan poco hacía.

Deborah estaba segura de que no se equivocaba respecto a la hostilidad que sentía de parte del padre de Storm, pero no podía comprender qué era lo que la causaba.

Estaba razonablemente presentable y no había comido su cena con los dedos, así que, ¿por qué ese odio a primera vista? No pudo evitar un estremecimiento. Había habido una atracción inmediata entre ella y Storm. Ahora parecía ocurrir todo lo contrario con su padre.

Deborah se volvió hacia Sophie y notó que esta observaba a Charles Grainger con el ceño fruncido. ¡Sophie también percibía la corriente negativa! Eso demostraba que no todo estaba en su imaginación.

Deborah miró a Storm. Este le sonrió con calidez, y la tomó de la

mano. La sostuvo con firmeza y habló a su padre cuyos ojos estaban fijos en las manos entrelazadas.

—Deborah está visitando a Sophie por un tiempo. Sophie ha rentado la casa de los Ballinger porque le gustan las puestas de sol.

Charles pareció no comprender y Storm continuó:

—Sophie es pintora y está interesada en capturar nuestros atardeceres. El balcón de la casa de los Ballinger está suspendido en el aire, lo cual es ideal según su punto de vista.

Storm apretó la mano de Deborah suavemente. El mensaje significaba que él recordaba cómo la afectaba el balcón de la casa. Deborah se sintió confortada y protegida y retribuyó la ligera presión. Mensaje recibido y comprendido.

Storm le soltó la mano lentamente de modo que Deborah pudiera utilizarla para tomar su taza de café. Ella lo aceptó de mala gana ya que había disfrutado del contacto cálido y no le importaba en absoluto lo que pensasen Charles o Sophie.

Storm se movió en la silla y su muslo la rozó por debajo de la mesa. Al mirarlo, Deborah notó que esbozaba una leve sonrisa mientras su pierna continuaba presionando la de ella. Deborah bajó la vista durante un largo momento antes de volverse para responder a una pregunta de Charles.

—¿Estás en vacaciones, Deborah?

—Sí, así es —respondió Deborah con cortesía. Trató de cambiar de tema pero Charles continuó con su interrogatorio.

—¿Y ya has obtenido tu bachillerato? —le preguntó.

—Sí. Soy bachiller comercial —la voz de Deborah era fría.

Era evidente que Charles estaba sorprendido y su comentario no fue muy afortunado.

—Un bachillerato muy aburrido para una joven tan atractiva. Tus padres no deben estar de acuerdo en que pierdas el tiempo con un tema tan monótono —Charles sonrió para mostrarse amistoso.

Deborah había llegado al límite de su tolerancia. ¡Ya no le importaba si era el padre de Storm o no!

—No tengo padres. Mi abuelo lo comprende y lo aprueba —respondió con calma.

Sin embargo, sus ojos comenzaban a emitir chispazos de advertencia. Nadie tenía derecho a cuestionarla a menos que ella le diese permiso, ¡y en especial no en ese tono de voz! Incluso su abuelo, a quien ella amaba y respetaba más que a ningún otro

hombre, aguardaba hasta que ella estaba lista para confiar en él.

Sophie percibió la tormenta que se preparaba y trató de dar un giro a la conversación.

—Este es un edificio muy atractivo —dijo en forma algo precipitada.

Charles se distrajo momentáneamente.

—Gracias. Mi firma lo construyó hace quince años, y yo tuve mucha participación en el diseño —se jactó.

El intento de Sophie había dado resultado.

—¿De veras? —su tono de voz lo invitaba a que diese una explicación más amplia.

Charles estaba encantado de ofrecérsela.

—Sí. Poseo la Compañía de Construcción y Desarrollo Seaton. Nos especializamos en construcción industrial y comercial, aunque cada tanto aceptamos algún proyecto menor —observó la habitación de modo que quedase claro que el club había sido un proyecto menor.

—Seaton… —Sophie repitió el nombre con tono pensativo, tratando de recordar dónde lo había escuchado antes.

—Mi esposa era Marissa Seaton —dijo Charles solucionándole el problema—, de los Seaton de California.

Era evidente que él suponía que bastaba con esa explicación, y así fue para Sophie. Sin embargo, la expresión de Deborah continuaba en blanco, lo cual le valió la mirada desaprobatoria de Charles.

—Los Seaton llegaron a California mucho antes del cuarenta y nueve —le explicó Charles. Su tono de voz implicaba que los que habían llegado después pertenecían a otra clase social—. Desde entonces han sido una familia muy distinguida.

—Ya veo —respondió Deborah brevemente, y así era. Mediante el matrimonio, Charles Grainger había logrado entrar en una familia prominente y como todo recién convertido, predicaba su fe con ardiente fervor. Además, era un hombre lo suficientemente estúpido como para suponer que si Deborah no publicaba sus propios antecedentes de inmediato, era porque no los tenía.

Storm desechó el tema genealógico con impaciencia. Su expresión indicaba que la cuestión le resultaba profundamente aburrida. Deborah y Sophie intercambiaron una mirada. Storm era un hombre que se interesaba por lo que una persona hacía con su

presente y su futuro, no con las glorias de sus ancestros.

El comedor se llenaba rápidamente y Deborah pudo ver que varias personas aguardaban a que se desocupase una mesa. Storm notó lo mismo y llamó al camarero quien se acercó a ellos de inmediato trayendo la cuenta en una bandeja. Después de pagar, Storm se puso de pie y ayudó a Deborah a levantarse mientras Charles hacía lo mismo con Sophie.

—Hay un trío muy bueno tocando esta noche en el salón —dijo Storm mientras guiaba a Deborah entre las mesas—. ¿Les gustaría bailar un poco?

Deborah le dirigió una sonrisa traviesa.

—A mí me gusta bailar casi tanto como comer, y Sophie es una bailarina incansable.

Storm rió y se volvió hacia Charles y Sophie quienes se habían reunido con ellos en el vestíbulo.

—Vamos al salón a bailar, Charles. ¿Quieres acompañarnos?

—Estaré encantado —respondió Charles—. No puedo permitirte que monopolices toda esta belleza femenina —ofreció su brazo a Sophie quien lo aceptó con la debida ceremonia.

Deborah los observó dirigirse hacia el salón delante de Storm y de ella. Esa noche, tendría cosas muy interesantes que conversar con su madrina. El brazo de Storm le rodeó la cintura con firmeza y la obligó a retrasarse un poco para poner distancia con la otra pareja.

—¿Sophie se dedicará a pintar mañana? —susurró en su oído.

—Supongo que sí —respondió Deborah—. Lo hace todos los días.

—Entonces iremos a la playa para que tu presencia no la perturbe —dijo Storm con una sonrisa.

—No hay nada que perturbe a Sophie cuando está inmersa en el frenesí de la pintura —respondió ella.

—¡Pero me perturbas a mí! —exclamó Storm.

—Ah, pero verás, Sophie tiene un excelente poder de concentración —bromeó Deborah.

—Oh, yo también lo tengo —le informó él, y sus ojos le indicaron exactamente en qué pensaba concentrarse—. Pasaré por ti a las diez de la mañana y te llevaré a mi sitio favorito en esta parte de la costa. Comeremos allí y por la noche las llevaré a ti y a Sophie al cine.

—Otra vez no me estás preguntando —le recordó Deborah con suavidad.

—Tienes razón —rió Storm—. Tú haces aparecer al dictador que hay en mí.

—No creo que esté muy lejos de la superficie en ningún momento —replicó Deborah—. Le preguntaré a Sophie respecto a sus planes.

Habían llegado a la mesa donde se hallaban Charles y Sophie, pero en lugar de ayudar a Deborah a sentarse y hacerlo él mismo, Storm continuó de pie y mantuvo el brazo alrededor de su cintura.

—Vinimos a bailar —les recordó—. Deborah necesita digerir esa gigantesca cena que ha comido —Sin agregar una palabra más, la condujo hacia la pista de baile—. Y he estado aguardando con impaciencia durante toda la noche para volver a tenerte entre mis brazos —susurró mientras la estrechaba con fuerza.

Deborah le rodeó el cuello y no sintió deseos de discutir sobre si su comportamiento era despótico o no. Debía ser honesta… ¡ella también había ansiado estar entre sus brazos!

Por ser un hombre tan grande bailaba con bastante elegancia. A Deborah no le costaba ningún esfuerzo seguirlo, pero no tenía la mente puesta en sus pasos. Sólo podía sentir la calidez de esos músculos sólidos que se apretaban contra su cuerpo. No estaban ofreciendo un espectáculo objetable en la pista de baile, pero Deborah debía admitir que Storm la sostenía muy cerca de él, y a ella le gustaba.

También esperaba que Storm se fijase por dónde iban porque ella tenía los ojos cerrados. De ese modo podía concentrarse mejor en la agradable proximidad de ese hombre que irrumpiera tan dramáticamente en su vida. Jamás había sentido una atracción semejante por alguien. Deborah estaba despertando a la feminidad, y no necesitaba tener los ojos abiertos para hacerlo.

Bailaron varias piezas sin detenerse porque el trío terminaba con una melodía y comenzaba con otra sin hacer una pausa. Cuando finalmente dejaron sus instrumentos para un corto descanso, Deborah abrió los ojos y descubrió que Charles y Sophie estaban a su lado en la pista de baile. La expresión de Sophie era risueña y afectuosa, pero Charles tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su disgusto. Se comportó con toda corrección mientras los cuatro caminaban hacia la mesa, pero Deborah sabía que no se había

equivocado. Charles no aprobaba el evidente interés de su hijo por esa joven desconocida. Luego se vería lo que haría al respecto. En la mesa los aguardaban las bebidas. Charles había escogido un trago para Storm y Sophie un refresco dietético para Deborah. Durante el intervalo de descanso para los músicos, Deborah y Sophie mantuvieron la conversación a un nivel superficial. Storm parecía satisfecho con escuchar el sonido ligero de la voz de Deborah, y Charles aguardaba a que llegase su momento.

Cuando el trío volvió al estrado, y antes de que se escuchara la primera nota, Charles sugirió un cambio de parejas para el baile siguiente. En circunstancias normales hubiera sido una sugerencia muy inocente, y Deborah no podía objetar nada, a excepción de que ella deseaba bailar con Storm ¡y no con su padre!

Por supuesto que no permitió que ninguno de estos pensamientos se trasluciera en su rostro y sonrió mientras Charles la conducía hacia la pista con Sophie y Storm siguiendo sus pasos. Charles era un buen bailarín, y de haber podido concentrarse sólo en los movimientos de la danza, Deborah lo hubiera disfrutado. Pero Charles quería hablar. Comenzó contándole más de lo que ella deseaba saber respecto a la historia de los Seaton, antes y después de su llegada a California, hasta llegar a la generación presente representada por Storm para quien "él tenía grandes planes".

Deborah podía imaginárselos. Y por supuesto que esos planes no incluían a Deborah, si Charles podía hacer algo al respecto. Deborah McLeod hubiera sido una cuestión completamente diferente, pero ella nunca compraría la aprobación de Charles con esa moneda. Lo que habría de ocurrir, o no, entre ella y Storm era algo que sólo les concernía a ellos. Deborah estaba segura de que Storm pensaba de la misma manera que ella.

Cuando Charles sintió que ya habían desarrollado bastante el tema Seaton, y por reflejo Grainger, comenzó a hurgar en los antecedentes de Deborah con extremada cautela. Chocó contra una roca inmediatamente. Deborah podía ser joven, pero había tenido un gran maestro en el arte de rechazar interrogatorios. Nadie jamás había logrado que Hugh McLeod brindase una información si él no lo deseaba. Deborah había observado a su abuelo con mucha atención, porque "si Hugh McLeod no lo dice, ¿tal vez lo diga su nieta?" Su nieta tampoco lo decía.

El baile terminó sin que Charles supiera más sobre Deborah que antes de comenzar, y las parejas volvieron a intercambiarse. Storm

no dio a Charles ninguna oportunidad de objetar y Deborah no tenía intenciones de hacerlo, por cierto. Estaba de vuelta donde ella deseaba.

En el siguiente intermedio volvieron a la mesa y Storm anunció que era hora de que se fuesen. La expresión inescrutable y risueña de Sophie indicaba que Charles había estado tratando de obtener información por parte de ella.

A juzgar por experiencias pasadas con Sophie, Deborah sospechaba que para entonces, Charles debía saber mucho respecto a diversas técnicas artísticas y nada sobre lo que le interesaba averiguar. Su expresión enfadada y su presteza para aceptar la propuesta de partir lo confirmaban. Sophie dirigió a Deborah una guiñada y ésta tuvo que reprimir una sonrisa. Pobre Charles… su posición era tan desventajosa en esta contienda.

Charles las observó entrar en el vehículo de Storm sin mostrar ninguna señal de pesar. Se despidió con todas las frases amables acostumbradas para la ocasión, pero no propuso volver a repetir la velada. Era evidente que su hipocresía sólo podía llegar hasta allí.

Deborah odiaba tener que dar por concluida su cita con Storm, pero sentía una gran impaciencia por estar a solas con Sophie. Sería muy interesante descubrir qué clase de información había tratado de sonsacarle Charles.

Storm puso en marcha la camioneta y una vez en la ruta, tomó la mano de Deborah y la sostuvo sobre su muslo mientras conducía con la otra mano. A pesar de que estaba oscuro. Deborah estaba segura de que Sophie había notado sus manos entrelazadas. También sabía que su madrina no haría ningún comentario, ni ahora ni después, a menos que ella dijese algo.

—Deborah, ibas a hablar con Sophie —sugirió la voz profunda de Storm.

Deborah necesitó un momento para recordar de qué iba a hablar con Sophie. Storm no podía saber que iban a destrozar verbalmente a su padre apenas cerraran la puerta de la casa. Finalmente recordó su intención de averiguar si Sophie había hecho planes para el día siguiente. Deborah sintió el aguijón de un diablillo travieso.

—Sophie, Storm ha ofrecido amablemente llevarnos al cine mañana por la noche —dijo poniendo un gran énfasis en la palabra "ofrecido"—. También me ha invitado a hacer un *picnic* en la playa, si tú no habías planeado nada para nosotras.

Storm le apretó la mano con la promesa de vengarse luego.

—Qué bien, Deborah —dijo Sophie con tono risueño. Recordaba que Deborah se había quejado de los modales autoritarios de Storm. El hombre tendría que aprender a preguntar, en lugar de ordenar. ¡No en vano Deborah era la nieta de Hugh McLeod!

—¿Tenías pensado pintar mañana? —insistió Deborah—. Si habías planeado alguna otra cosa para nosotras, estoy segura de que Storm comprenderá —terminó dulcemente y entonces fue ella quien apretó la mano de Storm.

Sophie era demasiado prudente como para colocarse entre Storm y Deborah en ese momento… ¡cualquiera que lo hiciese podía resultar herido! Por lo tanto, Sophie se apresuró a asegurarles su intención de pasar la tarde pintando. Deborah adoptó una expresión resignada mientras Storm esbozaba una sonrisa. El interior del vehículo latía con una gran variedad de emociones.

Los lazos de familia podían haber hecho que Sophie tratase de intervenir en apoyo de Deborah, pero la prudencia la detuvo. Deborah nunca había necesitado a nadie para luchar sus propias batallas. Storm podía resultar un oponente duro, ¡pero Deborah no estaba en desventaja!

—Estaremos encantadas de aceptar tu amable invitación, Storm, tanto para el *picnic* como para el cine —Deborah lo empujó con suavidad. ¡Las palabras no eran las únicas armas que guardaba en su arsenal!

Durante el resto del viaje, Storm sólo hizo algún comentario cuando pasaban por algún sitio de interés. Después de cruzar la pradera y detenerse frente a la casa, Storm observó la construcción a oscuras con cierto disgusto.

—Deberías haber dejado alguna luz encendida, Sophie —comentó.

—Sólo tenemos las lámparas de petróleo, Storm —respondió Sophie—. No me gusta dejar el fuego encendido cuando no hay nadie en la casa.

Storm sólo emitió un ligero gruñido y salió del vehículo para ayudarlas a bajar. Al igual que antes, Deborah fue alzada por el aire mientras que Sophie sólo recibió una mano donde apoyarse. Storm rodeó los hombros de Deborah con su brazo y caminó con ellas hasta la puerta.

—¿Quieres entrar, Storm? —preguntó Sophie.

—Sí —respondió él con firmeza—. Quiero revisar la casa para asegurarme de que todo está bien. Tendrían que tener un cerrojo en esta puerta. Un niño podría abrirla con una horquilla. Mañana por la mañana traeré el pestillo y lo instalaré antes de salir con Deborah.

Sophie lanzó una pequeña exclamación y Deborah contuvo la risa.

—Bueno, es muy considerado de tu parte, Storm —comenzó Sophie—, pero no creo que…

—Lo arreglaré con Ballinger —la interrumpió Storm con firmeza —. Su agente debió haberlo instalado cuando te rentó la casa. No quiero que tú y Deborah vivan aquí solas sin la seguridad de un buen cerrojo.

El suave resplandor de la lámpara permitió que Sophie viera la expresión inflexible en el rostro de Storm. Al día siguiente tendría un buen cerrojo en su puerta, ya fuera que lo quisiese o no. Con mucha suavidad, Storm tomó la lámpara que Sophie sostenía entre sus manos y se dirigió hacia la sala seguido por las dos mujeres. Las iluminó hasta que ellas encendieron los otros faroles y luego se dedicó a inspeccionar meticulosamente las demás habitaciones de la casa. Cuando estuvo seguro de que el sitio estaba libre de intrusos, Storm rechazó el café que le ofrecieron y se dispuso a partir. Deborah comenzó a expresar su agradecimiento por la cena, pero él la detuvo diciendo:

—Puedes acompañarme hasta la camioneta y agradecerme allí. Te veré mañana, Sophie. Buenas noches. Ven, Deborah —la tomó por la nuca para reforzar la orden.

Deborah no sabía si enfurecerse o echar a reír, pero lo acompañó.

Olvidó ambas posibilidades cuando Storm la tomó entre sus brazos apenas salieron a la oscuridad de la noche. El cuerpo de Deborah se estrechó contra el de él mientras su boca se abría para permitir la suave exploración de sus labios y su lengua.

Cuando el beso terminó, ambos respiraban en forma agitada y no por una simple falta de oxígeno. Deborah podía percibir el efecto que el beso había tenido en el cuerpo de Storm, y aunque su propia respuesta física era menos evidente, se manifestaba en el ritmo acelerado de su pulso.

Deborah colocó las manos sobre su pecho para empujarlo

suavemente y dio un paso atrás mientras alzaba la vista hacia la sombra que era su rostro.

Deborah no sabía qué decir. Nunca había sido poseída y se sentía temblorosa e indefensa.

—Storm… —comenzó con voz ronca.

—Shhh —él le colocó un dedo sobre los labios—. Todo está bien, dulzura. Estás a salvo conmigo —su mano bajó hasta tomar la de ella y la condujo hacia el vehículo que aguardaba. Cuando se detuvieron junto a la puerta, Storm la tomó por los hombros.

—El ama de llaves de mi padre preparará el almuerzo para nosotros. ¿Alguna vez has buceado?

—No, pero me encantaría hacerlo —respondió Deborah feliz de notar que su voz era firme y calma.

—Hmmm —reflexionó él—. Creo que bucearemos sin los tanques de oxígeno mañana. Prefiero que lo intentes en una piscina la primera vez. Puedo darte algunas lecciones en la casa de mi padre antes de que te suelte en el océano.

—Pero soy una buena nadadora —insistió Deborah—. Siempre había querido aprender a bucear, pero hasta el momento no se había presentado la oportunidad.

—No —Storm se negó con voz suave pero firme—. No correré riesgos con tu seguridad, Deborah. Aprenderás en la piscina hasta que yo considere que dominas lo básico. Es sencillo sobreestimar tu destreza bajo el agua, y puedes meterte en un verdadero problema.

—Está bien, Storm —aceptó Deborah.

—¿Siempre serás tan complaciente? —preguntó él con una sonrisa.

—No, Storm —respondió ella con expresión seria.

Storm echó a reír y se inclinó para besarle la punta de la nariz. Su puntería fue excelente incluso en la oscuridad, y entonces la tomó por el mentón para volver a encontrar su boca con la misma precisión. Por la fuerza con que se aferraba a sus hombros para mantenerla apartada de él, Deborah pudo notar el gran control que estaba ejerciendo sobre sí mismo.

Storm separó su boca de la de ella y murmuró con voz ronca:

—Entra en la casa, Deborah. Vendré a las nueve y treinta para tener tiempo de colocar la cerradura —al ver que ella no se movía de inmediato, Storm la hizo girar y le dio una ligera palmada en el trasero—. Entra ahora, Deborah, a menos que quieras que te lleve

conmigo. En lo que a ti concierne, mi control es prácticamente inexistente esta noche.

La tensión de su voz hizo que Deborah comprendiera que no hablaba en broma.

—Buenas noches, Storm, y gracias por todo —dijo suavemente. Entonces se dirigió hacia la casa para detenerse junto al farol de la entrada.

—Cierra la puerta con llave, Deborah —le ordenó Storm con voz suave.

Ella alzó una mano en señal de despedida y entró en la casa. Cerró la puerta y permaneció un momento junto a ella hasta que oyó el motor de la camioneta. Cuando el sonido se alejó por la pradera, Deborah fue en busca de Sophie.

Su madrina no había perdido el tiempo. Tenía puesta una bata cómoda y había servido dos vasos de vino blanco. Deborah observó la escena y dijo:

—No te bebas todo el vino, Sophie. ¡Me cambiaré de ropa y volveré enseguida!

Sophie no alzó la vista de su libro, pero respondió:

—Muy bien. Eso me dará el tiempo necesario para terminar con este capítulo —tanteó en busca de su vaso sin apartar los ojos de las fascinantes actividades de los protagonistas de su novela.

Cuando Deborah volvió a la sala, Sophie había terminado el capítulo y dejado el libro a un lado. Se llevó el vaso de vino a los labios y anunció:

—Es un hipócrita.

—Uno de los peores que he visto —añadió Deborah mientras tomaba su propia copa. Se dejó caer en el sillón y alzó los pies para mantenerlos abrigados con su bata.

Durante un rato, ambas mujeres guardaron silencio mientras reflexionaban sobre la velada que acababan de pasar. La sonrisa que jugueteaba sobre los labios de Deborah evidenciaba que sus pensamientos eran mucho más agradables que los de Sophie.

—Quería saber quién era y de dónde venía —continuó Deborah con una expresión que la volvía muy parecida a Hugh McLeod. Cuando pensaba en Storm, su rostro se volvía suave y soñador, pero Charles Grainger sólo le despertaba sospecha y desconfianza. Podía ser el padre de Storm, pero ella ya percibía que se trataba de un enemigo.

—Es ostentoso, Deborah —la previno Sophie—, pero no cometas el error de subestimarlo. Las preguntas que me hizo fueron muy aguzadas, y no me gustó su tono.

Sophie no tenía necesidad de agregar que Charles no había logrado averiguar nada respecto a los antecedentes de Deborah. Sophie había protegido su propia privacidad durante mucho tiempo y era perfectamente capaz de hacer lo mismo con Deborah.

—Storm debe parecerse a su familia materna —murmuró Deborah—. Bueno, no me casaré con su padre —agregó casi sin darse cuenta.

Sophie se enderezó abruptamente.

—¿Casarte? —exclamó—. Dios mío, Deborah… —volvió a echarse atrás en el sillón.

Deborah esbozó una sonrisa avergonzada.

—Cálmate Sophie. Sólo estaba… eh… pensando en voz alta. Nadie ha hablado de casamiento, pero una muchacha puede soñar, ¿verdad? —terminó con un tono risueño que de algún modo tenía algo de serio.

—Tú no acostumbras soñar con hombres que has conocido hace veinticuatro horas —señaló Sophie.

—Lo sé —suspiró Deborah —, pero tampoco había conocido antes a un hombre como Storm. Es especial, Sophie. Al abuelo le gustará —era el mejor cumplido que Deborah podía hacer.

Sophie estaba perturbada por su seguridad de que el abuelo llegaría a conocerlo, pero tuvo que admitir que a Hugh le gustaría Storm. Por el bien de Deborah, esperaba que Hugh tuviese la oportunidad porque si llegaban a ese punto, significaría que Deborah habría encontrado a alguien que la amaba por lo que era. No debía haber una versión masculina de Magda en el futuro de la joven. ¡Ya había sufrido lo suficiente por culpa de su madre! A Sophie no se le ocurrió pensar que Deborah podía estar amenazada por un peligro más importante que la codicia.

Sophie no iba a escatimar palabras. Fue directamente al corazón del problema.

—¿Quieres que recuerde que tenía una cita para mañana a la noche?

Deborah consideró el ofrecimiento.

—No —respondió lentamente—. Quisiera… que vinieras con nosotros, a menos que tú no lo desees —observó a Sophie mientras

un ligero rubor le teñía las mejillas—. Te lo haré saber cuando quiera que desaparezcas en el bosque —terminó con una sonrisa traviesa.

—Entonces será cuando comience a preocuparme —murmuró Sophie.

—No lo hagas, Sophie —dijo Deborah con calma—. Storm no me haría daño, y no es el tipo de hombre que se dejará guiar por las aspiraciones de su padre. Storm toma sus propias decisiones.

—Ya lo había notado —admitió Sophie haciendo reír a Deborah.

Entre bostezos y deseos de buenas noches, ambas mujeres se fueron a dormir, cada una con sus propios pensamientos.

Capítulo 5

Storm fue puntual. Se acercó a Deborah portando una bolsa de papel y una caja de herramientas.

—Buenos días, Deborah querida. ¿Hay un poco de café para mí?

Deborah ignoró el "querida", le sirvió una taza de café, le alcanzó las herramientas cuando él las requería y admiró la habilidad con que sus manos colocaban el cerrojo. Precisamente a las diez, dejaron a Sophie con las nuevas llaves y se alejaron por el camino en la camioneta.

Deborah observó la gran canasta de *picnic* con una expresión risueña. ¡Storm había tomado muy en serio lo de su apetito! En el compartimento trasero estaba el equipo para el agua, una manta y toallas, una sombrilla, varias sillas de playa y dos balsas de goma desinfladas. Un pequeño refrigerador portátil garantizaba que no morirían de sed. Cuando Storm planeaba un *picnic*, no dejaba nada librado al azar.

Storm le dirigió una sonrisa y anunció:

—El sitio al cual vamos es hermoso. Tiene un solo inconveniente.

—¿Cuál? —preguntó Deborah aprensivamente mientras su mente se llenaba con imágenes de tiburones.

—Tendremos que cargar con este equipo un par de kilómetros —le informó él con rostro inexpresivo.

—¿Qué? —exclamó Deborah. Ni un solo músculo se movió en el rostro de Storm, pero por el brillo divertido de sus ojos ella recibió el mensaje.

¡Storm se había anotado un punto!

Un rato después salieron de la carretera y se detuvieron frente a una tranquera cerrada. Storm bajó del vehículo para abrirla e hizo señas a Deborah para que condujese la camioneta hasta el otro lado. Después de cerrar la tranquera volvió a acomodarse frente al volante.

El sendero bajaba hacia el océano y un arroyo seco aparecía y desaparecía a un costado de la ruta entre las malezas. Finalmente llegaron a una pequeña bahía. La franja de arena y roca estaba protegida por dos grandes peñascos contra los cuales el océano

golpeaba con fuerza. Deborah podía ver el sitio donde el arroyo se juntaba con el mar, pero ahora, con el sol de verano, el lecho estaba cubierto de barro, piedras y ramas caídas de los árboles.

Storm atravesó la boca del arroyo y estacionó sobre una zona llana, alejada de la arena. Colocó el freno de mano y dirigió a Deborah una sonrisa.

—Es hora de que te ganes el sustento.

—Es hora de abrir el apetito, dirás —replicó Deborah.

Storm la condujo hasta un sitio arenoso donde a juzgar por las piedras ennegrecidas, otros habían acampado antes que ellos.

—No encenderemos el fuego —dijo Storm—. En esta zona también hay peligro de incendio y sólo se permiten las fogatas en primavera —su rostro estaba muy serio—. He combatido varios incendios forestales y eso te enseña a respetar las reglas.

Dejó su carga en el suelo y mientras Deborah extendía la manta, él fue en busca del refrigerador y el resto del equipo. Para cuando volvió, Deborah había desplegado la manta y trataba de clavar la estaca de la sombrilla en la arena.

Con una sonrisa masculina, Storm observó sus esfuerzos durante un rato hasta que ella alzó la cabeza y se echó atrás el cabello con un gesto de impaciencia. Storm tomó la estaca de entre sus manos y con un rápido movimiento la clavó firme y profundamente en la arena. Deborah desplegó la sombrilla y la sombra cayó justo donde ella lo deseaba.

—Casi todas las comodidades del hogar —anunció y comenzó a quitarse la ropa mientras Storm la observaba con gran interés.

Deborah se detuvo con la camisa a medio abotonar.

—Planeabas ir a nadar, ¿verdad? —preguntó con tono agrio.

—Sí, *madame* —respondió Storm quitándose el *jean* y la camisa para revelar un traje de bañó color azul marino.

Deborah no lo miró directamente, pero era muy consciente de la simetría masculina de su torso desnudo. Los hombros anchos y musculosos contrastaban con las caderas estrechas y el vello oscuro de su pecho ocultaba una piel suave y bronceada. Sus piernas eran largas y fuertes, y cuando Storm se volvió para colocar sus prendas sobre la manta. Deborah sintió una imperiosa necesidad de deslizar la mano sobre su espalda.

Esperaba que la visión de su cuerpo cubierto por el bikini no despertase la misma necesidad en Storm. ¡De ser así se encontrarían

en un verdadero problema! De pronto, la playa se veía peligrosamente privada. Se quitó el resto de la ropa sin mirar a Storm y se dedicó a acomodar el resto del equipo.

Deborah ató su cabello con una gruesa banda de goma. Las gorras de baño le provocaban dolor de cabeza, pero el cabello suelto podía ser tan molesto como peligroso.

—¿Tienes algún aceite bronceador para tu rostro y espalda? —le preguntó Storm.

—Sí, en mi bolso, pero hice que Sophie me aplicara un poco antes de que tú llegaras así que estoy bien protegida —respondió Deborah con calma. No era el momento para que Storm untara su espalda con aceite bronceador—. ¿Quieres que coloque un poco sobre tu espalda? —Deborah no sabía si deseaba que él dijese sí o no. Ambas respuestas tenían sus inconvenientes.

—Ahora no —dijo él—. Tal vez luego.

Deborah le dirigió una mirada de soslayo. Su rostro estaba en calma, ¡pero no así su voz! Comenzaba a arrepentirse de haberse puesto el bikini. Storm tomó la máscara, el respirador y las patas de rana que ella le alcanzó y luego se ató un cuchillo sobre el muslo.

Caminaron hasta la orilla donde se colocaron las patas de rana y luego chapotearon torpemente mar adentro. Cuando Deborah estuvo sumergida hasta las caderas, enjuagaron las máscaras en el agua, salivaron adentro para impedir que se empañasen y luego volvieron a enjuagarlas. Las acciones de Deborah eran automáticas por la práctica, pero no podía dejar de pensar en la perturbadora presencia de Storm a su lado.

Deborah se colocó la máscara y apretó el respirador firmemente entre los dientes. A una señal de Storm se sumergió en el agua y el paisaje submarino se desplegó ante sus ojos protegidos por la máscara.

Storm tenía razón. Era hermoso. La riqueza de la vida marina y la claridad del agua le recordaban a Hawai, donde había ido de vacaciones con su abuelo cuando tenía quince años.

Flotaron uno junto al otro hacia aguas más profundas hasta que, a una señal de Storm, bajaron para explorar el fondo más de cerca. Deborah se encontró cara a cara con un erizo marino. Mantuvo su posición moviendo suavemente las patas de rana hasta que finalmente tuvo que subir a la superficie para desagotar su respirador.

Cuando volvió a sumergirse. Storm le hizo señas de que lo siguiera y ella fue tras él dejando un rastro de burbujas en las aguas calmas y silenciosas. Subieron una vez más para tomar una bocanada de oxígeno y luego volvieron a sumergirse decididamente en busca de un racimo de estrellas marinas aferradas a las rocas. Cuando lo encontraron, Storm tomó su cuchillo y utilizó la punta con suavidad para despegar las ventosas que mantenían fijo al animal. Cuando quitó el cuchillo, la estrella volvió a adherirse a la roca con firmeza, como reafirmando su decisión de no permitir que la desalojasen.

Storm y Deborah volvieron a subir para respirar y cuando llegaron a la superficie, Deborah se quitó el respirador y se echó a reír.

—Yo no comprendo su idioma, pero estoy segura de que en este momento esa estrella te está insultando. ¡El modo en que volvió a aferrarse a la roca fue muy expresivo!

Nadaron lenta y perezosamente por la bahía hasta llegar al sitio donde habían armado el campamento. Storm se puso de pie con el agua hasta el cuello y Deborah se mantuvo flotando mientras se sostenía de su hombro.

—Es hora de que tomemos un descanso —dijo Storm—. Hace una hora y media que estamos en el agua y no quiero que te excedas.

Deborah sonrió.

—No pensé que el sonido se escuchará dentro del agua, pero debiste haber oído los quejidos de mi estómago.

—Si no fue el tuyo debió haber sido el mío —admitió él—. No presté demasiada atención a lo que la señora Warren colocó dentro de la canasta, pero te puedo asegurar que de lo que sea, hay mucho.

De común acuerdo, ambos nadaron hacia la costa impulsados suavemente por las patas de rana. Al llegar a la orilla se descalzaron y Storm la tomó de la mano para caminar hasta el campamento. No la soltó hasta llegar a la manta y cuando lo hizo, deslizó los dedos suavemente por la piel sensible de su palma antes de romper el contacto. Deborah sintió que se aceleraban los latidos de su corazón.

Mientras estaban en el agua, había sentido que ella y Storm eran dos seres extraños en ese mundo submarino, pero ahora que volvían a estar en tierra firme lo percibía nuevamente con toda su

sensualidad.

Deborah se escurrió el agua salada del rostro, el cuello y los brazos y luego se envolvió en una toalla. Entonces se arrodilló junto a la canasta y comenzó a desempacar su contenido. Era cierto que había una gran cantidad de alimentos.

Después de secarse ligeramente con una toalla, Storm se dedicó a explorar el refrigerador.

—Hay cerveza, refresco dietético y una especie de jugo de fruta —anunció mientras destapaba una lata de cerveza.

Deborah le arrojó un huevo duro el cual Storm atajó con una mano y ultimó en dos bocados.

—Refresco, por favor —escogió Deborah y tomó la lata que él le alcanzaba para beber de ella con fruición. Entonces comenzó a servir el pollo frito en sendos platos de cartón.

Storm tomó una silla de playa y se tendió como un sultán a la espera de que lo sirvieran sus favoritas. Deborah lo observó con disgusto y consideró la posibilidad de arrojarle el plato sobre la arena, pero la sonrisa ganadora de Storm inclinaba la balanza a su favor. Deborah le alcanzó un plato peligrosamente cargado y que comenzaba a doblarse por el medio. Él lo tomó con ambas manos y lo depositó sobre sus piernas.

Deborah terminó de servirse y acomodó su silla a la sombra.

—Debo admitir que este *picnic* puede competir con los mejores —admitió antes de clavar los dientes en la pata de pollo que había escogido.

—¿Y eso se debe a la compañía o a la cantidad de comida existente? —preguntó Storm con una sonrisa.

—Oh, la comida y el lugar son factores que contribuyen mucho, por cierto —respondió Deborah dirigiéndole una mirada de soslayo. Se sintió casi convulsionada por la risa al notar su expresión angustiada, pero logró agregar con tono magnánimo—: Aunque la compañía no ha sido demasiado insoportable.

—¡Eres una miserable! —exclamó Storm haciéndole soltar la carcajada.

—La gente que busca cumplidos suele obtener todo lo contrario —le informó Deborah sintiéndose pagada por su pose de sultán.

—Me siento vencido —admitió Storm.

—No sé por qué, pero tengo mis dudas al respecto —replicó Deborah.

—Siempre logras retribuir lo que recibes, ¿verdad? —observó Storm. Sin saber hasta qué punto, él había logrado definir su carácter con gran precisión.

—Hago lo que puedo —respondió Deborah con falsa modestia.

Durante todo el almuerzo, la conversación fue alegre e inconexa. Storm mostró tener una fuerte voluntad que utilizaba para remarcar sus opiniones. Deborah sonreía en señal de aprobación y replicaba del mismo modo.

No quedaron muchos sobrantes de comida, así que Deborah colocó los restos en la canasta con la intención de arrojarlos luego a la basura. Dejarían la playa tal como la habían encontrado, con sólo sus pisadas en la arena como testimonio de que habían estado allí.

Storm sacudió la manta y reacomodó la sombrilla según la posición del sol. Deborah se limpió la arena de los pies antes de volver a pisar la manta. Apartó la silla y plegó la toalla para utilizarla como almohada. Storm había observado sus actividades sin hacer ningún comentario, pero cuando notó que ella se disponía a dormir la siesta al sol esbozó una sonrisa traviesa y preguntó:

—¿Quieres que te aplique un poco más de aceite bronceador en la espalda, Deborah?

Deborah no sabía si deseaba comenzar con algo que no estaba segura de poder concluir, pero no podía negar el hecho de que ardería si no se aplicaba un poco de aceite. No tenía las pecas ni la piel blanca común a las pelirrojas, pero su bronceado debía ser gradual y cuidadoso. Sin embargo, si permitía que Storm le untara el aceite sobre la piel, podría estar arriesgándose a algo más que una quemadura de sol.

No sería la primera vez que un hombre le untara la espalda con bronceador. Resultaba algo muy común y no significaba nada cuando se hallaba con sus amigos en la playa.

Pero ninguno de sus amigos había sido Storm. Ella no había sido consciente de sus manos ni de sus cuerpos. La imagen de las manos de Storm deslizándose sobre su piel la llenó de deseo. En edad y experiencia, Deborah aún era una niña. En lo que se refería a sus instintos era una mujer, y en esta playa privada desconfiaba profundamente de sus instintos.

Storm aguardó con paciencia su decisión. Era plenamente consciente de los motivos de su dilema, y no haría nada para ayudarla a resolverlo. Deborah sabía que no tenía opción. Reunió

todo su autocontrol y alcanzó a Storm la botella de aceite. Entonces se acostó sobre el estómago y ocultó el rostro entre los brazos. Desde esa posición no podía ver el rostro de Storm, pero podía sentir su sonrisa. Esto reforzó su decisión de permanecer serena.

Deborah saltó en forma convulsiva y emitió un agudo chillido. En lugar de entibiar el bronceador entre sus manos, Storm lo volcó directamente sobre su espalda recalentada por el sol.

—¡Sádico! —exclamó volviéndose para mirarlo con furia, pero cuando sus manos cálidas y fuertes comenzaron a masajearla con sensualidad, Deborah tuvo que controlarse para no emitir un gemido ronco.

Justo cuando ella pensaba que no podría soportarlo más, él se detuvo.

—Espartana —susurró Storm riendo suavemente.

Ella alzó la cabeza y sus ojos se encontraron en una comunicación silenciosa.

—Tú no juegas limpio —murmuró Deborah con una sonrisa.

Él no simuló haberla malinterpretado.

—¿Quién dijo que tenía que jugar limpio? Deborah, cariño, ¡esto no es la guerra! —su voz era un susurro ronco y sus ojos brillaban como el acero fundido.

—Tienes toda la razón, Storm —dijo Deborah con suavidad—. Esto no es la guerra —se sentó en forma abrupta, tomó la botella de aceite y le ordenó—: Acuéstate. Ahora yo untaré tu espalda.

—Sí, señora —Storm se tendió sobre la manta y apoyó la cabeza sobre los brazos. Su dignidad masculina no le permitió saltar cuando ella volcó el aceite frío sobre su espalda, pero Deborah pudo notar una cierta tensión en su columna.

Mientras tarareaba suavemente para distraerlo, Deborah comenzó su propio masaje seductor sobre la fuerte musculatura. Deslizó las manos lentamente por su espalda y sus hombros, y cuando notó que él estaba casi dormido por el masaje, le arrojó un puñado de hielo y agua del refrigerador. El alarido de Storm retumbó por toda la bahía y Deborah se dejó caer hacia atrás riendo en forma incontrolable.

—Tienes un sentido del humor muy bajo —le informó Storm.

—No te enojes —rogó Deborah.

Más tarde volvieron a bucear hasta que finalmente, Storm obligó a una Deborah fascinada a salir del agua.

—Es hora de salir. Deborah —insistió—. Necesitas descansar un poco antes de que salgamos esta noche.

Deborah se resistió, pero sabía que Storm tenía razón. Estaba algo cansada aunque no exhausta y además, tenía el cabello impregnado de sal y debía lavárselo antes de salir esa noche. Desarmaron el campamento rápidamente y acomodaron todo en la camioneta. Mientras Storm terminaba de ubicar el equipo, Deborah caminó hasta la orilla y permaneció con la mirada perdida en la inmensidad del océano. La marea estaba bajando y la brisa llevaba su perfume salado hasta ella.

Deborah oyó unas suaves pisadas en la arena a sus espaldas pero no se volvió. Storm se detuvo detrás de ella y le rodeó la cintura con los brazos para estrecharla contra su pecho. Deborah pudo sentir el cosquilleo de su vello y supo que su propio cabello, ahora suelto, se deslizaba como una caricia sobre la piel de Storm. Entonces se volvió y alzó la cabeza para encontrar sus ojos.

Storm la estrechó con fuerza. El deseo que él había mantenido bajo control durante todo el día amenazaba rebasar todos los límites. Como si hubiesen tenido vida propia, sus manos comenzaron a subir lenta pero irresistiblemente hasta posarse sobre sus senos.

Deborah no podía dejar de mirarlo. Sus ojos estaban serios y expectantes mientras aguardaba el siguiente movimiento de Storm. Por el momento, él parecía satisfecho con la abundancia que latía bajo sus manos.

Deborah permaneció muy quieta. No estaba segura de querer precipitar los hechos. Él debió haber percibido la vacilación en sus ojos azules y confiados porque suspiró profundamente e inclinó la cabeza para besar sus párpados.

Las manos de Storm se deslizaron por debajo del sostén para posarse sobre la suavidad de su piel. Deborah gimió suavemente y alzó la cabeza sin abrir los ojos. La boca de Storm se posesionó de la de ella aceptando su rendición y el obsequio de su confianza.

Si Storm se lo hubiera pedido, ella le hubiese dado más. Pero él no lo hizo. Bajó las manos lentamente y luego volvió a subirlas para tomarla por los hombros y estrecharla con fuerza contra su pecho. Aunque sabía que no debía hacerlo, Deborah no pudo resistir el

impulso de explorar la piel cálida y salada sobre la que se posaba su boca. Apenas su lengua lo hubo rozado, él se estremeció como si lo hubiesen quemado con una llama.

—¡No lo hagas, Deborah! —gimió con voz ronca y sensatamente, ella se detuvo.

Storm la soltó de mala gana y le rodeó los hombros con el brazo para caminar hacia la camioneta. Ninguno de los dos habló ya que había demasiado, y a la vez nada, que decir. Cuando llegaron al vehículo, Storm le alcanzó la camisa y ella se la colocó sin decir palabra.

Cuando ella hubo terminado de vestirse, él la tomó por el mentón para volver a mirarla a los ojos. Escudriñó su rostro cuidadosamente y pareció satisfecho con lo que encontró allí.

—Deborah —dijo con voz muy baja—, eres hermosa tanto en cuerpo como en espíritu. Ayúdame.

Deborah pudo leer muchas cosas en esas pocas palabras expresadas con tanta sinceridad.

Storm estaba admitiendo el control que ejercía sobre sí mismo y el respeto que sentía por la inocencia de Deborah.

—Lo haré —respondió ella con suavidad. La promesa implicaba un profundo compromiso. Su intención de cumplirlo la llevaría muy cerca de la destrucción, pero ninguna premonición logró oscurecer el brillo de ese momento. ¿Cómo podía haberlo sabido? Ella era inocente. Él no lo era.

Deborah se estrechó contra él en el asiento y comenzaron el camino de regreso. Físicamente parecían los mismos que habían abierto esa tranquera unas horas antes. Estaban un poco más bronceados y despeinados, pero en lo exterior nada más había cambiado.

Deborah se preguntaba si se notaría en su rostro y en sus ojos. Estaba enamorada, no podía dejar de admitirlo, y temía que el resplandor que sentía en su interior se mostrase abiertamente. Ella deseaba ocultarlo. La certeza de su amor por Storm era demasiado nueva y privada como para compartirla, incluso con Sophie.

Ni siquiera estaba segura de querer compartir sus sentimientos con Storm aún. Ella lo amaba, pero para Deborah amor significaba matrimonio y todavía era demasiado pronto para eso. Necesitaba tiempo para probar la profundidad de sus propios sentimientos antes de estar lista para hacerlo con los de Storm. Él la deseaba. Ella

lo sabía. Y ella lo deseaba a él. Pero el deseo y el amor podían no ser sinónimos. Prefería permanecer soltera toda la vida antes de arriesgarse a vivir la misma tragedia que su padre.

Deborah permaneció silenciosa, casi solemne, durante todo el viaje pero Storm no hizo ningún comentario ya que ella se estrechaba confiada contra él. Storm atribuyó su silencio al cansancio más que a la reflexión, y fue mejor así. Si la hubiera interrogado, ella no hubiese podido brindarle respuestas satisfactorias.

Storm la dejó en la puerta de la casa de Sophie y depositó un beso rápido y dulce sobre sus labios.

—Estaré aquí a las siete —dijo antes de partir.

—A las siete —repitió ella con una sonrisa.

Sophie disfrutó la película. Deborah también lo hubiera hecho pero no pudo prestarle atención. La mano de Storm jugueteaba con su cabello recién lavado y no le permitía concentrarse en los protagonistas de la película de amor. Deborah no necesitaba un amante de fantasía. El de ella era demasiado real y perturbador… y se hallaba demasiado cerca.

A pesar de que había decidido controlar su respuesta ante la abrumadora presencia masculina de Storm, Deborah se encontró recostada contra él como atraída por una poderosa fuerza magnética. La mujer había sido hecha de una costilla del hombre. Deborah se sentía tan atraída por Storm que debía haber sido hecha de sus huesos y su carne.

Durante los días siguiente Storm mantuvo la relación dentro de los límites que él mismo había impuesto. Se preocupó porque todas sus excursiones fueran realizadas en sitios públicos, ya fuesen sus paseos por la costa o las incursiones al almacén para comprar víveres.

Por las noches, después de que Sophie dejaba sus pinceles, Storm las llevaba a cenar o lo hacían "en familia" en la casa de la playa. Bajo la influencia de la tranquilizadora presencia de Storm, Deborah incluso se aventuró a salir al balcón para sentarse a su lado y disfrutar de la magnífica vista. Nada malo podía ocurrirle mientras Storm estuviese a su lado. No habían hablado mucho respecto a ellos mismos durante esos primeros días. El

descubrimiento físico era demasiado absorbente y abrumador, pero con el correr del tiempo fueron necesitando descubrir al ser humano oculto por la atractiva envoltura física.

Deborah supo más sobre Storm que él sobre ella. Lo había planeado de ese modo. Le habló respecto a su niñez en términos generales y sobre el amor y respeto que sentía por su abuelo, pero aún no había llegado el momento de dar nombres. Deborah no podía saber que el momento nunca llegaría.

Storm no era tan reticente, ni tenía la necesidad de serlo. Deborah supo que había obtenido un título de ingeniero y un cargo en Seaton's sin desearlo.

—¿No te gusta tu trabajo? —preguntó Deborah con curiosidad. Había notado un tono seco en la voz de Storm al nombrar a Seaton's. No podía imaginar que alguien pudiese inducirlo a hacer algo que él no deseaba.

—Nunca me ha hecho feliz tener a Seaton's atado alrededor de mi cuello. Mi padre y yo no estamos de acuerdo en muchas cosas, y yo hubiera preferido fundar mi propia compañía —Storm hizo un gesto significativo—. Pero la tradición es firme e impone sus obligaciones. El negocio iba mal y mi madre estaba muriendo, así que hice lo que debía. Había demasiadas personas que dependían de mí. Seaton's no es un feudo, pero hay familias que han formado parte de él durante varias generaciones.

Él había cambiado de tema, pero Deborah comprendió que Storm no era un hombre que evadiría sus responsabilidades, por mucho que éstas fueran en contra de sus inclinaciones. El ser fuerte lo volvía vulnerable ante aquéllos que eran débiles y dependientes.

Deborah volvió a tocar el tema en una ocasión. Storm estaba con ella diariamente, y su curiosidad la obligó a preguntar con cierta timidez:

—¿Estás de vacaciones, Storm? Quiero decir… has podido pasar tanto tiempo conmigo… —sonrió con picardía—. ¡No es que me moleste, como comprenderás!

Él la besó con suavidad.

—Me otorgué a mí mismo unas vacaciones.

Una sombra oscura pareció cruzar por el rostro de Storm y su boca se tensionó ante algún pensamiento desagradable. Murmuró algo en voz muy baja, pero ella logró escuchar las palabras y le parecieron extrañas.

—Lo he ganado, por Dios. Ya llegará el momento en que tenga que pagar por este respiro. Habrá valido la pena —la estrechó contra él y la besó casi con salvajismo.

El beso pronto se suavizó en una pasión recíproca pero el recuerdo de sus palabras y la expresión amarga de su rostro permaneció con ella. Más adelante lo comprendería.

Capítulo 6

—Quiero que vengas a mi casa —dijo Storm abruptamente. Él y Deborah caminaban lentamente por la playa llevando las riendas de dos caballos que Storm había traído.

—Por supuesto —aceptó Deborah de inmediato—. ¿Cuándo? ¿Ahora?

—No, hoy no —Storm le sonrió. Había habido una cierta ansiedad en la respuesta de Deborah.

Él no era el único que realizaba un gran esfuerzo para controlarse. Ella experimentaba las mismas sensaciones cada vez que él iniciaba un encuentro más íntimo. ¡Storm sólo había obtenido duchas frías desde que la conociera!

—Mañana. Tú y Sophie. Para la cena.

Deborah estaba desilusionada, pero se obligó a responder con cortesía. Su abuelo le había enseñado la importancia de una respuesta amable ante cualquier invitación, ya fuera que le gustase o no.

—Ambas estaremos encantadas de ir, maldito —su mirada era muy significativa.

—Tu elegante aceptación a mi invitación me abruma —murmuró él—. Me siento muy honrado.

—Te haré una travesura —lo amenazó.

—Ya lo has hecho —le aseguró él.

—¡Bien! —replicó Deborah haciéndolo reír con todas sus fuerzas—. ¿Cómo es tu casa? —le preguntó con ansiedad.

Deseaba saberlo todo respecto a él para poder imaginarlo cuando no se hallaba junto a ella. Sabía que su padre mantenía una gran casa con piscina y cancha de tenis. Charles había comprado la propiedad tiempo antes de la muerte de su esposa.

A Storm nunca le había gustado la casa y había construido su propia vivienda cuando decidiera trabajar para la firma de la familia. Storm y su padre no mantenían una relación estrecha y la actitud de Storm frente a Charles parecía ser de cautela y neutralidad.

Deborah simpatizaba con esa actitud. A ella tampoco le gustaba Charles Grainger. Había vuelto a verlo una vez después de su

encuentro en el club, y el incidente sólo había servido para reforzar su primera impresión. Charles no era amigo de ella.

Una tarde, Storm la había llevado a la casa de su padre para darle la primera lección de buceo. Deborah había probado ser una buena alumna, y Storm se dedicaba a recompensarla convenientemente. Se hallaban en la piscina con el agua a la cintura y Storm le estaba obsequiando uno de sus besos más devastadores. El agua de la piscina estaba fresca, pero entre ellos ardía el calor del deseo insatisfecho.

Storm percibió la presencia de un testigo antes que Deborah, pero terminó el beso sin ninguna prisa antes de alzar la cabeza y saludar con calma al hombre que los observaba desde el borde de la piscina. Charles Grainger se veía como si hubiese mordido un níspero verde.

—Buenas tardes, padre. Recordarás a Deborah, por supuesto —Deborah intentó apartarse pero Storm no se lo permitió.

—Por supuesto —la expresión de Charles Grainger decía claramente que hubiera deseado no recordarla, pero su voz era fría y cortés—. ¿Cómo está tu encantadora tía… eh… Susie?

—Mi madrina Sophie está muy bien, Charles. Le diré que preguntaste por ella —la voz de Deborah era suave, pero sus ojos brillaban con intensidad. Storm la estrechó con más fuerza contra su cuerpo. Tal vez fuese capaz de leer su mente, porque Deborah estaba pensando si Charles querría nadar un poco, con ropa y todo.

Charles se disculpó inmediatamente y ambos lo observaron hasta que desapareció por un costado de la casa. Deborah no miró a Storm, de otro modo hubiese notado que él tenía la misma expresión disgustada que ella.

No había vuelto a ver a Charles desde entonces lo cual no la preocupaba demasiado, y a él tampoco presumiblemente.

—¿Mi casa? —la voz de Storm la sacó de sus pensamientos—. Oh, creo que esperaré hasta que tú la veas. Me resulta cómoda y conveniente por el momento. Será una buena casa de vacaciones si alguna vez me mudo lejos del océano.

Storm no les permitiría conducir hasta su casa aunque tuvieran

todas las indicaciones necesarias para encontrarla.

—No quiero que vuelvan solas a esa casa de noche, Deborah —reiteró—. Iré a buscarlas y las llevaré de vuelta —Deborah había dejado de discutir con él cuando utilizaba ese tono de voz. Nunca había logrado ganar y además, era agradable que la mimasen.

—¿Prepararás la cena con tus propias manos, Storm? —preguntó Deborah.

—Podría hacerlo —le aseguró él con orgullo, pero mañana es el día en que viene la señora Warren a hacer la limpieza, así que ella será quien prepare la cena. De todos modos, yo mismo me ocuparé de asar los bistecs.

Storm fue a buscarlas temprano.

—Podremos observar la puesta de sol desde mi terraza, y me gustaría enseñarles la casa a la luz del día —les explicó.

El camino que conducía a la casa de Storm estaba en mucho mejores condiciones que el que conducía a la de Sophie. Otra ventaja que Deborah notó antes de llegar fue la hilera de postes que se alzaban junto al camino como soldados.

—Tienes teléfono y electricidad —dijo Deborah en tono de reverencia.

—Sí. Y un buen sistema de cañerías —agregó Storm.

—Nuestra casa también tiene buenas cañerías —intervino Sophie lista para dar batalla por su casa. Había hecho algunas de sus mejores pinturas desde el balcón de esa vivienda, y estaba preparada para defenderla contra todas las calumnias.

Ambas comprendieron el orgullo de Storm cuando la casa apareció a la vista. Era un adorable octágono de madera que combinaba perfectamente con los alrededores como si hubiera crecido del suelo. Había una pequeña edificación situada a la derecha de la casa que servía para guardar la camioneta y un pequeño bote.

Unas grandes ventanas abrían el interior de la casa a la luz y al paisaje. Cuando Storm abrió las pesadas puertas de madera que conducían al vestíbulo, Deborah miró a su alrededor con aprobación. Aquí había confort, habilidad y estilo. Aquí había un hogar.

—Hay tres dormitorios —comentó Storm mientras abría y cerraba puertas—, pero uno de ellos funciona como oficina. El tercer dormitorio es la habitación de huéspedes, y hay dos baños. El

lavadero, la cocina… —Storm señaló las habitaciones con una masculina falta de interés y luego las condujo por el comedor hacia la sala.

Aquí también había confort… colores reposados y sillones con almohadones mullidos. En el centro de la sala había una gran chimenea de piedra con soportes para colocar una parrilla.

—Veo que tienes todo el equipo —comentó Deborah—. ¿Alguna vez has cocinado en la chimenea?

—Muchas veces. Suelo hacerlo en invierno, cuando el fuego está encendido para calentar la casa. Me gusta la idea de ser como el hombre primitivo cocinando su cena sobre el fuego mientras afuera arrecia la tormenta —Storm le sonrió con un mensaje en la mirada.

Ella podía imaginarlo con tanta facilidad… el mundo cálido de los dos, sus cuerpos acurrucados uno junto al otro sobre la alfombra, la comida cocinándose en el fuego mientras la lluvia golpea contra las ventanas.

—¿Permaneces aquí todo el año, Storm? —la pregunta de Sophie interrumpió los pensamientos de Deborah.

—Sí, Sophie —respondió Storm después de un momento, como si él también hubiese estado concentrado en alguna imagen interna —. La camioneta me sirve para trasladarme y en la casa tengo casi todo lo que necesito —Storm miró a su alrededor y luego dirigió los ojos hacia el ventanal que daba sobro el mar. Sin embargo, Deborah tuvo la sensación de que no lo estaba mirando en realidad—. Soy algo ermitaño por naturaleza, Sophie. Elegí este sitio por que deseaba privacidad y… y paz.

Deborah no preguntó si su vacilación se habría debido al deseo de escoger la palabra refugio para describir su casa. ¿Habría buscado un sitio donde aislarse de las exigencias de su padre y de Seaton's? Storm era un hombre fuerte, pero, ¿extraería sus fuerzas de la soledad y del poder del mar?

—Tú y Deborah son mis primeras invitadas, a excepción de un compañero de universidad que estuvo aquí hace varios años —Storm sonrió con tristeza—. No soy tan antisocial como parezco. Seaton's tiene sucursales en varias ciudades y tengo que viajar bastante. Cuando vuelvo a casa suelo estar necesitado de paz, quietud y una buena dosis de mi propia compañía.

Storm se acercó a Deborah para tomar su mano y acariciarla.

—El día en que vi a Deborah por primera vez, acababa de volver

de un viaje de tres semanas de duración. El espectáculo de verla explorando la playa me hizo estar doblemente feliz de haber vuelto a casa —Storm se detuvo para dirigirle una mirada llena de ternura mientras Sophie observaba a la joven pareja con expresión risueña.

La casa estaba bastante alta, pero no se hallaba suspendida sobre el borde de un risco. Había unos cuatrocientos metros de playa antes de llegar al agua, y se bajaba a la arena por un camino hecho a la izquierda de la terraza.

La mano de Deborah seguía entrelazada con la de Storm, y le sirvió para detenerlo antes de que llegaran a la terraza.

—Me gusta tu casa, Storm. Me gusta mucho —dijo suave y sinceramente—. Me transmite toda la sensación de un hogar y su diseño es bellísimo.

—Me alegro de que te guste, Deborah querida —la calidez de su mirada habló mucho más que sus palabras. Para él era importante saber que a ella le gustaba su hogar, y sus ojos se lo transmitieron.

Ocurrió durante la cena, y el vino rojo se esparció como sangre sobre la blancura del mantel.

Storm había asado los bistecs como un experto y luego los había llevado con orgullo a la mesa presentándolos ante Deborah a la espera de su aprobación. Esta inclinó la cabeza con elegancia y le indicó que colocase la bandeja sobre la mesa. La señora Warren había dejado toda la vajilla preparada para servir, pero Storm no le había pedido que se quedase ya que estaba seguro de que Deborah era capaz de trasladar la cacerola hasta la mesa si utilizaba ambas manos.

—¡Por supuesto que puedo hacerlo! —había respondido Deborah —. Pero como comprenderás, no me quedarán fuerzas suficientes como para ayudarte con los platos después de cenar.

Storm no le permitiría quedarse con la última palabra, en especial si eso significaba que tendría que lavar los platos él solo, así que le aseguró que el bistec que había escogido especialmente para ella serviría para restituirle las fuerzas.

Sophie había permanecido muy callada, pero Storm y Deborah se hallaban tan ocupados con sus bromas que no habían prestado atención a su falta de ánimo. Storm acomodó a Sophie a su izquierda, a Deborah a su derecha y la comida comenzó.

Después de consumir y alabar los primeros bocados, Deborah observó a Sophie quien no había respondido a una pregunta suya.

—Sophie… ¿Sophie, estás bien? —la voz de Deborah estaba llena de preocupación.

El rostro de Sophie estaba pálido y su expresión se había tensionado por el dolor. Su mano comenzó a temblar de un modo incontrolable hasta que ya no pudo sostener el vaso de vino y Sophie se tomó del vientre en un espasmo de agonía. La copa cayó sobre la mesa volcando todo su contenido.

Storm reaccionó rápidamente para tomar a Sophie entre sus brazos, antes de que cayera al suelo. Entonces la llevó hasta el sillón y Deborah corrió en busca de los almohadones que se hallaban desparramados por el suelo. Mientras Storm quitaba a Sophie los zapatos, Deborah se arrodilló junto a su cabeza con ansiedad.

—Sophie, querida, ¿no puedes decirme qué te ocurre? —Deborah echó atrás el cabello del rostro ceniciento de Sophie. No notó que Storm salía y volvía a entrar con una manta que colocó suavemente sobre la mujer.

El dolor disminuyó lo suficiente como para que Sophie abriera los ojos y esbozara una sonrisa al ver el rostro tenso de Deborah.

—Lo siento —susurró—. No fue tu comida, Storm —sus ojos se cerraron nuevamente y Sophie volvió a perderse en su dolor.

Deborah alzó la vista hacia Storm. En sus ojos se leía el miedo y el ruego para que la ayudase con esta persona tan amada. Él se arrodilló a su lado y le acarició la mejilla transmitiéndole algo de su fuerza y su calma.

—Cariño, voy a improvisar una camilla en la camioneta. Así podremos llegar al hospital mucho antes que si aguardáramos a una ambulancia. Trata de que te diga qué es lo que siente para que yo pueda transmitirlo al hospital. Llamaré para que estén alerta antes de que salgamos y puede ser útil que sepan todo lo posible. También les pediré que llamen a mi doctor. Es uno de los mejores de la zona y un muy buen hombre. Estará allí esperándonos.

—Sí, Storm —Deborah suspiró mientras el pánico desaparecía de sus ojos. La fuerza de Storm las ayudaría a ambas. Él salió en silencio y ella se volvió hacia la figura recostada sobre el sillón.

La piel de Sophie estaba muy pálida y tenía la boca fuertemente cerrada para reprimir cualquier gemido de dolor. Deborah le acarició la frente con una sensación de impotencia. Sophie abrió los

ojos pero su mirada continuaba perdida en ese cuchillo al rojo que se revolvía en su estómago.

Deborah supuso que Storm sólo había estado ausente unos momentos, pero cada segundo le parecía una hora mientras aguardaba arrodillada junto al sillón. Cuando Storm volvió a entrar en la habitación, fue directamente hacia el teléfono y mientras discaba le preguntó:

—¿Ha dicho algo más?

—No —respondió Deborah tratando de controlar el temblor de su voz—. Ella… abrió los ojos, pero no creo que me haya visto en realidad.

Storm dijo unas breves palabras en el teléfono y volvió a colgar el receptor. Entonces se dirigió hacia el sillón y tomó a Sophie entre sus brazos.

—Ve a buscar el bolso de Sophie —dijo mientras llevaba a Sophie acurrucada contra su pecho como si hubiese sido una niña.

Deborah corrió detrás de él tomando los bolsos de la pequeña mesa donde los habían dejado al pasar. Entonces se apresuró en abrir la puerta del frente para que Storm pudiera maniobrar cómodamente con su preciosa carga. En la parte trasera de la camioneta había un colchón hecho con mantas y almohadones donde acomodaron a Sophie para el viaje. Deborah permaneció a su lado para protegerla lo más posible de los saltos del camino.

Storm condujo a gran velocidad, evitando los pozos cuidadosamente. Pronto llegaron a la carretera y allí los aguardaba un patrullero que se colocó delante de ellos para abrir el paso con su aguda sirena.

Alertados por la llamada de Storm y la sirena del patrullero, un grupo del personal del hospital los aguardaba junto a la entrada de emergencia. Deborah se apartó de Sophie para que los profesionales pudiesen comenzar con su rutina acostumbrada.

Cuando Sophie hubo sido suavemente colocada sobre una camilla y llevada al interior, Deborah se dirigió hacia Storm que la aguardaba con los brazos abiertos. Se dejó caer en la seguridad de su abrazo y ocultó el rostro contra su hombro sin poder contener las lágrimas. Storm la estrechó con fuerza mientras ella trataba de controlarse, y cuando lo hubo logrado él la soltó.

—Entra, cariño. Podrás darles alguna información. Yo iré a estacionar la camioneta y volveré contigo en un momento. Sophie

estará bien, Deborah. Se encuentra en las mejores manos —la obligó a volverse hacia la puerta y le dio un ligero empujón.

Deborah dio unos pasos vacilantes y luego caminó rápidamente hacia la iluminada sala de emergencia. Una simpática recepcionista la aguardaba con una sonrisa y las palabras de bienvenida.

—El doctor Berquist está con la paciente ahora y estoy segura de que pronto tendremos alguna información —alcanzó a Deborah una planilla y continuó—: Le pediré que complete este formulario de admisión. Si lo desea, puedo traerle una taza de café.

Deborah rechazó el café ya que su estómago no lo hubiese tolerado en ese momento, y comenzó a llenar el formulario. Se alegraba de tener algo con que ocupar su mente por un rato. Cuando terminó con los papeles, Storm estuvo a su lado y ella deslizó su mano entre las de él necesitando el contacto físico para calmarse.

La recepcionista llegó en busca del formulario y sonrió a Storm.

—Buenas noches señor Grainger. El doctor Berquist está con… —observó el formulario—, la señora Carter. Vendrá a hablar con ustedes lo antes posible.

—Gracias. Lo esperaremos aquí —le aseguró Storm.

Los siguientes veinte minutos fueron los más largos en la vida de Deborah. Storm le otorgaba el consuelo de su preocupación y ella se reclinaba agradecida contra su pecho. Se pusieron de pie al escuchar unos pasos que se acercaban.

El hombre de cabello gris que apareció ante ellos estaba vestido de un modo informal, pero su saludo fue cálido.

—La señora Carter está muy enferma, señorita McLeod. Hemos hecho un diagnóstico de apendicitis aguda. Como no soy cirujano, me he tomado la libertad de llamar al doctor Richards quien es excelente en ese campo —un destello de humor brilló momentáneamente en sus ojos color café—. Él fue quien extrajo mi apéndice hace dos años —Deborah esbozó una sonrisa y el doctor Berquist continuó con energía—. Después de que el doctor Richards haya examinado a la señora Carter, y si está de acuerdo con mi diagnóstico, la prepararemos de inmediato para la cirugía.

Deborah tragó saliva y Storm la estrechó contra su lado.

—¿Podré verla antes de…? —Deborah no pudo terminar.

—Por un momento, después de que el doctor Richards haya completado su examen. Enviaré una enfermera a buscarla —

prometió el doctor Berquist—. Trate de no preocuparse, querida. Haremos todo lo que podamos por ella. Storm, en cuanto la señorita McLeod haya visto a su madrina, llévala a la cafetería y dale un poco de ese brebaje que ellos llaman café —el doctor Berquist los saludó con una leve inclinación de cabeza y salió rápidamente de la habitación.

Deborah exhaló un profundo suspiro y se volvió para apoyar la frente sobre el pecho de Storm. Le rodeó la cintura con los brazos mientras escuchaba los tranquilizadores latidos de su corazón.

—Al menos ahora sabemos lo que ocurre —dijo después de un momento—. Tenía tanto miedo al verla sufrir de ese modo y sin saber qué era lo que se lo provocaba. Me hacía sentir doblemente impotente —Deborah se estremeció.

Storm la sostuvo contra él ya que el lenguaje de su cuerpo hablaba más claro que lo que hubieran podido hacerle sus palabras. La enfermera los encontró de ese modo cuando llegó en busca de Deborah.

El doctor Berquist los aguardaba en la puerta de la sala de emergencia.

—El doctor Richards está de acuerdo conmigo. Fue a hacer los preparativos y esperamos poder realizar la intervención a tiempo. Puede verla por un minuto, pero le anticipo que está bastante obnubilada por la medicación. Les avisaré en cuanto hayamos terminado con la operación. La enfermera les mostrará dónde está la sala de espera de cirugía, pero prescribo un café primero —el doctor Berquist se apartó para permitir la entrada de Storm y Deborah.

Sophie yacía muy tranquila, con el cuerpo relajado por las drogas. Su rostro aún estaba muy pálido y parecía extremadamente delgada, con los ojos hundidos y los pómulos salientes.

Mientras una enfermera vigilaba a la paciente, Deborah se inclinó para besar la frente de Sophie con suavidad.

—Por favor, mejórate, Sophie querida —susurró Deborah como una oración.

Con visible esfuerzo, Sophie alzó los párpados y esbozó una débil sonrisa. Sus ojos volvieron a cerrarse casi de inmediato, pero Deborah se sintió alentada. Sophie era una luchadora y haría su parte.

Deborah pensó en la posibilidad de llamar a su abuelo, pero decidió no hacerlo por el momento. Hugh no podría llegar a tiempo para hacer algo más que lo que ella y Storm ya habían hecho, y sólo lograría preocupar a su abuelo. Más tarde, si era necesario… Apartó su mente de esos pensamientos.

Luego Deborah se preguntaría si hubiese sido capaz de soportar esas horas de ansiedad sin la presencia de Storm. Permanecieron sentados muy juntos en la sala de espera, con las manos entrelazadas. Cada vez que ella se veía embargada por el pesimismo, él le hacía alguna pregunta o comentario para distraer sus pensamientos.

Para cuando el doctor Berquist apareció en la entrada, Deborah estaba tranquila.

—Su madrina estará bien —le aseguró—. Soportó la cirugía perfectamente y ahora se encuentra en recuperación. Podrá verla mañana por la mañana, pero ya no es necesario que usted permanezca en el hospital. Vaya a casa a descansar, querida, y vuelva aquí mañana a las diez de la mañana.

Deborah esbozó una sonrisa trémula.

—Gracias, doctor Berquist, y por favor agradezca al doctor Richards de mi parte. No tengo palabras… —Deborah se detuvo y entonces dijo simplemente—: Gracias.

Cuando Storm detuvo la camioneta delante de la casa de Sophie, Deborah alzó la cabeza y sonrió tristemente.

—Todos esos hermosos bistecs, y ni siquiera tienes un perro para alimentar.

—Ya te sientes mejor —observó él—. Comienzas a pensar en la comida nuevamente. Baja de la camioneta. Recogeremos tu ropa y lo que consideres que Sophie pueda necesitar en el hospital. Entonces volveremos a mi casa y salvaremos la cena.

Storm hablaba del asunto como de un hecho, y Deborah lo miró confundida.

—¿No habrás pensado que permitiría que duermas aquí tú sola, verdad? —Storm respondió a su propia pregunta—. Lo pensaste. Olvídalo Deborah, no voy a dejarte sola esta noche —su tono no dejaba lugar a la discusión.

Cuando llegaron de vuelta a la casa de Storm, él llevó su pequeña maleta hasta la habitación de huéspedes y dijo:

—La cama no está preparada, pero hay sábanas limpias en aquel armario. Puedes acomodarlas mientras yo caliento la cena.

Deborah no sentía deseos de discutir. Estaba emocionalmente agotada y se sentía feliz de que Storm tomase todas las decisiones por ella.

Storm sirvió a Deborah un gran plato con huevos revueltos, un bistec, tomate y queso.

—En verdad sabías cocinar —comentó Decoran mientras comía de buena gana.

—Ya te dije que cuido mucho mi privacidad. O aprendía a cocinar o me moría de hambre. Sólo hace falta saber leer para seguir las indicaciones de una receta y preparar una comida adecuada.

—Esto es algo más que adecuado —lo alabó Deborah.

—Gracias. El cocinero acepta cualquier cumplido e ignora las quejas. ¿Quieres más bizcochos, cariño? ¿No? Entonces te vas a la cama. Esta noche no tendrás que lavar los platos, pero mañana prepárate para trabajar.

¿Mañana? Era tarde y Deborah estaba exhausta. Mañana se vería.

Capítulo 7

Esa primera noche en la casa de Storm, Deborah durmió sola y aún estaba profundamente dormida cuando él llegó para despertarla. Storm se detuvo durante un momento, observándola. Ella yacía relajada y con el abandono indefenso de los muy jóvenes. Su cabello se esparcía enredado sobre la almohada y tenía el brazo levantado sobre la cabeza.

Su intensa mirada tuvo el poder de perturbarla porque pronto comenzó a moverse en la cama. Toda imagen de niñez desapareció rápidamente al correrse la sábana que la cubría. Su túnica de noche era traslúcida, y las curvas abundantes de sus senos se mostraban claramente a través de la tela.

Storm exhaló un profundo suspiro y el sonido despertó a Deborah. Abrió los ojos lentamente y lo vio de pie junto a su cama con una expresión muy seria en el rostro. Deborah lo miró confundida hasta que su cerebro entredormido despertó repentinamente. Se sentó en forma abrupta con las pupilas dilatadas por el terror.

—¡Sophie! —exclamó con voz ahogada—. ¿Está bien? ¿Llamaron del hospital? ¿Qué ocurre Storm?

Él le tomó la mano en forma tranquilizadora y se sentó a su lado en la cama.

—Está bien, Deborah. Sophie está bien —la calmó—. Hablé al hospital hace veinte minutos y me dijeron que pasó una buena noche… al menos ella pudo hacerlo —terminó secamente. La noche de Storm había sido cualquier cosa menos buena, sabiendo que Deborah dormía en la habitación contigua.

—¡Oh! —dijo Deborah con alivio mientras volvía a echarse atrás sobre la almohada—. Te veías tan serio y tuve tanto miedo. Lo siento, creo que aún estaba medio dormida.

—Completamente dormida, querrás decir —acotó él esbozando una sonrisa.

Deborah lo miró con incertidumbre.

Los ojos de Storm eran irresistiblemente atraídos por sus encantos y Deborah se miró siguiendo la dirección de su mirada.

—¡Oh! —Su rostro se ruborizó intensamente. Se dispuso a tomar

la sábana para cubrirse pero él la detuvo.

—No, no lo hagas —ella alzó la vista hacia él con sorpresa—. No te avergüences delante mío. Por favor, Deborah.

Y de pronto ella no sintió ninguna turbación. Se sentó en la cama sin volver a intentar cubrirse. Este era Storm y ella lo amaba. Fue una entrega pequeña pero importante.

—Si queremos estar en el hospital a las diez, debemos comenzar a prepararnos ahora —le explicó Storm con voz ronca—. Es por eso que entré… para despertarte… —se puso de pie en forma abrupta y se dirigió hacia la puerta—. El desayuno estará listo dentro de quince minutos —salió cerrando la puerta con firmeza detrás de él.

Deborah era inexperta. Sin embargo sabía que el control de Storm no era inagotable y que aunque había sido sin intención, ella lo había tentado demasiado esa mañana. Bajé de la cama, tomó una bata y ropa limpia y se dirigió hacia el baño. No volvió a salir hasta que estuvo bañada y completamente vestida.

Storm terminaba de preparar los panqueques cuando ella entró en la cocina con paso vacilante. Sobre una bandeja había un plato con salchichas y un vaso con jugo de naranja. Deborah bebió con avidez y luego tomó la jarra para volver a llenar su vaso.

—¿Quieres que te sirva un poco? —ofreció a Storm. Se alegraba de tener un tema inocuo para iniciar la conversación. Presentía que sólo debían hablar de cosas superficiales hasta que estuviesen en presencia de otra gente.

—Es un lindo día, Deborah —dijo Storm—, pero sí, quisiera un vaso de jugo —terminó de apilar los panqueques sobre un plato.

Deborah le sirvió el jugo y mientras él bebía, ella tomó una salchicha de la sartén y la colocó sobre papel absorbente. También le sacó la lengua a sus espaldas y se sintió sorprendida al escuchar su risa. Entonces notó con alivio que él podía verla por el reflejo de la ventana. Deborah había estado a punto de creer que tenía ojos en la nuca.

Terminó de acomodar las salchichas y llevó los platos a la mesa mientras Storm servía el café. Se sentaron a la mesa como una pareja con muchos años de matrimonió, cómodamente enfrentados entre la panera y la mantequilla. Toda la tensión entre ellos se había evaporado por completo.

—¿Dijiste que habías hablado con el hospital esta mañana? —preguntó Deborah.

—Mmmm —dijo Storm asintiendo con la cabeza. Tragó el trozo de panqueque que tenía en la boca y habló con más claridad—. Anoche, después de que te fuiste a dormir, los llamé para darles este número y preguntar cómo seguía Sophie. La habían llevado a una habitación privada y estaba dormida. Volví a llamar hoy a primera hora y dijeron que había pasado una buena noche. Me imagino que Sophie no se hubiera expresado de ese modo ya que debe sentirse pésimamente mal.

Deborah sonrió con alegría.

—Espero que tengas razón. Es probable que Sophie ya esté lo suficientemente bien como para sentirse una desdichada. No puedo decirte lo bien que eso me hace sentir.

Storm echó a reír.

—Si fuera tú, buscaría una forma más delicada de decírselo a Sophie —le advirtió—. Puedes provocar que te arroje un zapato por la cabeza.

* * *

Cuando entraron en la habitación de Sophie, Deborah notó dos cosas a la vez. Storm ya había hecho enviar un ramo de flores y Sophie ya había perdido la palidez. Deborah atravesó la habitación y se acercó a la cama.

—Oh, Sophie querida. Qué susto nos diste —dijo con voz ahogada.

—A mí también —respondió Sophie débilmente—. Lo siento, Deborah. Ya soy lo suficientemente vieja como para saber que debía hacerme revisar. Aún no has llamado a Hugh, ¿verdad?

—No, aún no. No había nada que él pudiese hacer excepto preocuparse, ¡y yo ya lo estaba haciendo por los dos!

Sophie tomó la mano de su ahijada.

—No lo llames, Deborah. No quiero escuchar lo que dirá respecto a mi desidia hasta que haya recuperado todas mis fuerzas.

—No lo haré, Sophie —le prometió Deborah—. Ya no hay ninguna necesidad y Storm ha hecho todo lo que hubiese podido hacer el abuelo —se volvió para mirar a Storm quien se había detenido junto a la puerta para darles un momento de privacidad. Deborah extendió la mano instándolo a que se reuniese con ellas. Él

se acercó y dirigió a Sophie una sonrisa.

—Gracias Storm —dijo Sophie sinceramente—, por lo que hiciste por mí y por Deborah —esbozó una sonrisa y continuó—: El doctor Berquist ha venido a verme esta mañana, y también el doctor Richards. Ambos me expresaron con mucha claridad la precariedad de mi estado cuando llegué aquí. Si no te hubiéramos tenido, las cosas podrían haber resultado muy mal por cierto.

Storm hizo un gesto vacilante y tosió. Sophie y Deborah sonrieron.

El modo más seguro de avergonzar a un hombre era agradecerle por realizar una buena acción. Esto solía dejarlos incómodos y sin palabras. Storm no podía responder "no fue nada" porque era evidente que había sido algo… la vida de Sophie…, pero tampoco se le ocurría ninguna otra frase más apropiada.

Deborah se compadeció de él y cambió el tema.

—¿Los médicos te dijeron cuándo estarás en condiciones de salir de aquí? Ya sé que la convalecencia es larga, ¿pero será necesario que permanezcas en el hospital?

—No quisieron decírmelo con certeza —dijo Sophie disgustada —, pero logré que me dieran una estimación de tres o cuatro días. Eso depende de la rapidez con que recupere mis fuerzas y lo buena niña que sea. Pienso ser muy buena. Ya que el apéndice no reventó es probable que mi recuperación sea bastante rápida.

—Bien —dijo Deborah con satisfacción—. Entonces podremos comparar nuestras cicatrices —le ofreció.

—Ugh —respondió Sophie—. ¡Ni siquiera quise mirar la mía aún!

Storm notó que Sophie se estaba cansando e intervino con firmeza.

—Creo que ya es suficiente por ahora, señoras. Volveremos esta tarde, Sophie.

Deborah notó que su madrina volvía a estar algo pálida y se puse de pie rápidamente. Sophie no discutió. Sabía que Storm tenía razón. Todo lo que deseaba era dormir, y además, Storm volvería a traer a su ahijada más tarde. Sus ojos se cerraron. Deborah depositó un beso sobre la frente de Sophie y luego, ella y Storm se dirigieron a la puerta.

—Gracias por las flores, Storm —murmuró Sophie sin abrir los ojos.

—De nada, Sophie —respondió Storm con voz suave.

Condujo a Deborah fuera de la habitación y la puerta se cerró tras ellos silenciosamente. Sophie se acomodó en la cama y se quedó dormida con una sonrisa sobre los labios.

Después de terminar con su segunda visita a Sophie, Storm llevó a Deborah a cenar. Al volver a su casa y mientras estacionaba la camioneta comentó:

—Sophie es toda una mujer. Troy Berquist está completamente asombrado ante su progreso. Dice que nunca ha visto a una mujer de su edad recuperarse con tanta rapidez.

—Esa fue una de las razones por las que tuve tanto miedo anoche. Sophie siempre ha sido una mujer extremadamente vital —Deborah se estremeció.

Sensible a las emociones de Deborah, Storm dijo:

—Ya terminó todo, cariño, y Sophie volverá a pintar atardeceres antes de que termine la semana.

Storm salió del vehículo y ayudó a Deborah a bajar. No se había vuelto a hablar sobre que ella volviera a la casa de la playa sin Sophie, y tampoco habían mencionado la posibilidad de que tomase una habitación en algún motel cerca del hospital. Deborah sabía que podía llegar a arrepentirse de no haberlo hecho, pero no dijo ni hizo nada.

Para cuando entraron a la casa, el sol se había puesto y la brisa estaba fresca y agradable. Storm encendió un fuego y sugirió:

—Caminemos un rato por la playa. La luna saldrá tarde esta noche y como ha sido un día muy despejado deben verse muchas estrellas.

Deborah aceptó rápidamente. De pronto se sentía inquieta, con una imperiosa necesidad de correr y saltar por el aire sintiendo la brisa nocturna como una caricia sobre su piel. Una excitación salvaje y expectante parecía bullir a través de sus venas y arterias. Fiebre de luna, fiebre de primavera… sólo sabía que debía descargar su vitalidad antes de que estallase por cada uno de sus poros.

Corrió hacia la habitación de huéspedes y cuando salió, Storm

alzó las cejas pero no hizo ningún comentario. Ella se había puesto un pantalón corto y una camisa de mangas cortas color azul marino. Se había colocado un par de sandalias bajas y llevaba el cabello suelto sobre los hombros. A su alrededor se irradiaba un aura de energía incontrolable. Estaba dispuesta a emprender viaje hacia la luna y las estrellas, a jugar una carrera con el viento nocturno a lo largo de la costa.

Si Deborah hubiera tratado de analizar la fuente de esta necesidad casi frenética de movimiento podría haberla atribuido al alivio que sentía por el estado de Sophie, pero la explicación no hubiera sido suficiente. Se sentía una criatura salvaje esa noche, y aún no estaba preparada para comprender sus anhelos.

La respiración de Storm se aceleró al notar su agitación y el brillo radiante de sus ojos.

—¡Espérame, Deborah! —repitió con fuerza—. No bajes a la playa hasta que yo llegue.

—Sí, Storm —respondió Deborah con suavidad.

Cuando Storm salió a la terraza, también estaba vestido con un pantalón corto y una camisa oscura para confundirse con las sombras, pero sus pies estaban descalzos y lo llevaron hasta ella en el más absoluto silencio. Deborah no dijo nada al verlo llegar, pero comenzó a caminar hacia la playa inmediatamente.

El océano estaba oscuro pero el sonido rítmico y profundo del oleaje indicaba la vida omnipresente de las aguas. Los oídos, la nariz, el tacto, todo atestiguaba la inmensa presencia que los ojos apenas si podían percibir.

Deborah se quitó las sandalias para experimentar la sensualidad de la arena bajo sus pies descalzos.

Aún no habían hablado. Cuando Deborah llegó a la orilla del agua, permaneció en silencio inspirando profundamente el aire húmedo y salado. De pronto y de un modo casi explosivo, echó a correr por la costa con tanta suavidad y coordinación que parecía flotar sobre la arena. Su abrupta carrera dejó a Storm momentáneamente aturdido, pero comenzó a perseguirla al notar que ella no tenía intenciones de detenerse. No le resultó sencillo alcanzarla. Deborah continuó corriendo aunque debió haberlo oído a sus espaldas, pero las piernas largas de Deborah cubrían la distancia a una velocidad engañosa. Storm se fue acercando gradualmente hasta que al fin la alcanzó. Deborah se volvió para

mirarlo y él pudo ver el brillo de sus ojos a la luz de las estrellas.

Continuaron corriendo. Finalmente, el impulso de locura que la guiaba se calmó y Deborah fue disminuyendo la velocidad hasta que se detuvo. Permanecieron jadeantes, uno junto al otro, hasta que dejaron de escuchar los latidos acelerados de sus propios corazones.

Deborah se hallaba de espaldas al mar con el rostro alzado hacia la cúpula estrellada. La luna iluminaba sus facciones y Storm pudo ver su sonrisa de felicidad. Las estrellas se reflejaban en sus ojos y su susurro se pareció a las pequeñas olas que golpeaban contra sus pies.

—Estoy celebrando la vida. Respirar, sentir que estás vivo en cada poro de tu piel —su voz era suave pero vivida de emoción—. Oh, Storm, ¿tú también puedes sentirlo? La expectativa, la necesidad… No me siento pequeña e indefensa. Me he expandido hasta tocar el universo. Si pudiera volar, bailaría en espiral junto a las estrellas.

Deborah hizo una graciosa pirueta en el aire y Storm la capturó entre sus brazos. La estrechó de un modo inexorable contra su cuerpo y Deborah observó su cabeza que bajaba hacia ella empañando las estrellas, el mar, el viento nocturno. Sólo existía Storm y el sabor de su boca que invadía la de ella. Esto también era una celebración de la vida. Storm llenaba su cosmos; él era su universo. De algún modo, su carrera por la orilla había sido hacia él. Caminaron lentamente de vuelta hasta que al fin encontraron las marcas que señalaban el camino hacia la casa oculta. Deborah ni siquiera trató de buscar sus sandalias… podría hacerlo a la luz del día. Sin embargo, sus pies parecieron haber encontrado ojos nocturnos porque no tropezaron con ninguna piedra ni escollo en el camino.

Recorrieron la terraza como fantasmas oscuros y hasta la puerta corrediza se abrió con un susurro cuando entraron a la casa tomados de la cintura. Storm la condujo hasta la alfombra que se hallaba frente a la chimenea. Deborah se arrodilló y lo observó mientras él reavivaba el fuego.

Entonces Storm se volvió hacia ella. Su rostro parecía esculpido por el fuego y la sombra pero su perfil ya no era un atemorizante espectro de la noche.

La habitación estaba en silencio a excepción de los crujidos de la

madera. No había ninguna música suave y seductora, ninguna copa de vino alzada, ninguna protesta ni promesa. Sólo había deseo entre el hombre y la mujer arrodillada. La atracción entre ambos había nacido una noche a la luz del fuego. Desde entonces, cada beso, cada mirada, cada caricia había ido incrementando la necesidad del uno por el otro hasta llegar a ese momento crucial que habría de reunidos.

Storm se arrodilló frente a ella. Sus manos se deslizaron debajo de la camisa de Deborah para iniciar una exploración que no habría de impedir ninguna ropa interior, Storm le acarició los senos suavemente hasta que ella alzó los labios hacia él exhalando un suspiro anhelante.

Él la estrechó con fuerza mientras se posesionaba de su boca. Entonces, Deborah supo que la necesidad había sido tomada por ambos. La noche de éxtasis les pertenecía.

La luz del fuego les tiñó la piel en todos los tonos del cobre. Deborah observó a Storm, pagano y poderoso, alzarse sobre ella. Aguardó con expectativa, y cuando él se posesionó de su cuerpo hubo dolor, pero también gloria… y valió la pena el dolor.

Cuando murieron las llamas, él la alzó en sus brazos y la llevó hacia la oscuridad dejando atrás el resplandor de las brasas entre las cenizas.

Deborah despertó en medio de la noche, sintiendo la boca de Storm sobre sus senos. Esta vez sólo hubo gloria. Su primer encuentro había sido iluminado por el fuego, y la fusión de sus cuerpos había sido ardiente e imperativa.

Esta segunda unión fue una seducción plateada por las estrellas y la luna que iluminaron la escultura viviente de sus cuerpos entrelazados. Los labios de Storm recorrieron todo su cuerpo hasta que ella se sintió a punto de estallar en mil pedazos por la intensidad de su deseo. Entonces él volvió a penetrar en ella para llevarla hasta la cima máxima del placer.

Apenas si se separaron cuando la luna comenzó a empalidecer para dar lugar al sol dorado del amanecer. Deborah durmió entre sus brazos, amoldándose a los contornos de su cuerpo como si lo hubiese hecho toda la vida.

Durmieron juntos, pero ella despertó a solas en la habitación. Pronto comprendió la razón. Su nariz alcanzó a percibir el aroma del café recién preparado. Deborah parpadeó pero no abrió los ojos.

Su mano tanteó el espacio vacío en la cama y notó que aún estaba tibio.

En ese momento, unos labios cálidos le rozaron los párpados y luego bajaron hasta su boca. Sin abrir los ojos, Deborah abrió la boca y saboreó el café y el perfume que identificaba a Storm. Alzó la mano para acariciarle la mejilla y abrió los ojos. Storm la observaba con una sonrisa.

—Buenos días, cariño —dijeron al unísono y echaron a reír.

Había abierto los ojos para ver a Storm con el torso desnudo y vestido sólo con un *jean*. Ahora él le alcanzaba una taza de café humeante. Su cabello estaba despeinado y tenía la barba crecida, pero sus ojos eran cálidos y brillantes. Se hicieron más brillantes cuando ella acomodó la almohada para sentarse en la cama sin preocuparse por la sábana que se deslizaba. Deborah tomó su taza de café.

—¿Me servirás el desayuno en la cama también? —inquirió mientras sorbía el líquido azucarado.

—Lo estoy considerando seriamente —replicó él. ¡Era evidente que no se refería a los huevos con tocino! A pesar de la noche que acababan de compartir, Deborah se ruborizó.

Cuando hubo terminado de beber su café, Storm le ofreció con generosidad:

—Puedes darte una ducha mientras yo preparo el desayuno… y si esperas llegar a ver a Sophie esta mañana, no me pidas que te lo sirva en la cama —le advirtió.

Deborah le alcanzó la taza vacía y decidió que él tenía razón. No salió de la cama hasta que Storm hubo abandonado la habitación, y como toda su ropa había quedado en la habitación de huéspedes, abrió el armario y tomó una de sus camisas para utilizarla como bata.

Deborah no se duchó. Llenó la bañera y se sumergió un buen rato ya que sentía el cuerpo algo dolorido. El agua caliente era justo lo que necesitaba.

Cuando Deborah entró en la cocina, Storm estaba batiendo los huevos. Deborah se dedicó a comer una toronja mientras él terminaba y cuando hubo bebido la última gota, Storm le sirvió los huevos con tocino.

Storm fue a bañarse y ducharse mientras ella lavaba los platos del desayuno en una justa división de tareas. En el momento en que

tomaba la sartén oyó sonar el teléfono. Deborah podía escuchar la voz de Storm cantando bajo la ducha, por lo que se secó las manos y tomó el receptor.

—Storm, ¿dónde has estado? ¡Hace días que te estoy buscando! —gritó una irascible voz masculina en su oído.

—Storm se está duchando —dijo Deborah rápidamente—. ¿Puedes volver a llamar, Charles?

—¿Quién diablos es? ¿Deborah? ¿Pero qué…? —evidentemente consideró que no era conveniente completar la pregunta, o tal vez lo que era evidente era la respuesta.

Deborah frunció el ceño. No se sentía avergonzada de su relación con Storm. Ella lo amaba, y aunque él aún no lo había mencionado, el paso siguiente sería el matrimonio. Charles parecía furioso. Deborah se consoló con el hecho de que aunque Charles se había sorprendido al escuchar a una mujer en el teléfono, ¡el nombre que se le había ocurrido era el de ella! Deborah quebró el largo silencio.

—¿Quieres que le diga que te llame cuando salga de la ducha, Charles? —repitió con paciencia.

—Oh, sí. Gracias —respondió él y colgó abruptamente.

Unos minutos después, Storm fue en busca de Deborah. Ella acababa de terminar con los platos y había salido a la terraza para observar el océano, pero se volvió al escuchar los pasos de Storm.

Él estaba afeitado y tenía el cabello húmedo y peinado. Se había colocado la camisa pero aún no se la había abotonado. Storm abrió los brazos y ella se estrechó contra la calidez de su pecho desnudo.

—Charles llamó mientras estabas en la ducha —le dijo mientras frotaba la mejilla contra su piel perfumada—. Quiere que lo llames.

—Maldición —dijo Storm con suavidad—. Supongo que tendré que hacerlo —en su tono había una marcada falta de entusiasmo. La apartó de su pecho donde ella había estado haciendo estragos a la paz de su mente y de su cuerpo.

—Pero creo que aún no —Storm la besó. Ella se olvidó de Charles.

Sin embargo, Storm no lo olvidó, y cuando hubo terminado con su beso la condujo de vuelta hacia la casa. Caminaron hasta el estudio y Storm abrió la puerta con cierta impaciencia.

La habitación era un cubil, o al menos esa fue la impresión que Deborah recibió. Había el mismo buen gusto en la elección de los

muebles, pero evidentemente Storm no era un hombre ordenado y prolijo. Un gran número de libros, papeles y planillas indicaban que Storm trabajaba allí. Había un cierto método en el desorden, pero Deborah notó que a la señora Warren no le era permitido desplegar sus instintos hogareños allí.

—¿Quieres entrar conmigo y aguardar mientras hablo con él? —preguntó Storm con tono seductor mientras le acariciaba la espalda—. Es probable que se trate de la compañía Tolman, y la carpeta está en alguna parte sobre mi escritorio.

—¿Cómo lo sabes? —bromeó Deborah. Dirigió los ojos hacia los dos sillones adicionales que había en la habitación. Ambos se hallaban atestados de libros y carpetas en un precario estado de equilibrio.

Él siguió la dirección de su mirada y adivinó sus pensamientos.

—Puedes sentarte sobre mis piernas —le ofreció generosamente.

—No soy tu secretaria —rió Deborah.

—Mi secretaria pesa más de cien kilos y tiene un bigote incipiente. Créeme, ¡nunca le he pedido que se siente sobre mis piernas! —protestó Storm.

—No. Creo que permitiré que te concentres sólo en tu trabajo —dijo Deborah con la respiración algo agitada por los besos que él depositaba sobre su garganta.

—Supongo que tienes razón —dijo él de mala gana—. Si te quedas serás responsable de que fracase el negocio, porque yo no puedo concentrarme en el trabajo cuando tú estás cerca.

—Qué halagüeño.

—No tanto —él debía tener la última palabra—. No es un negocio muy importante.

Ella le sacó la lengua y salió riendo de la habitación.

Mientras Storm hablaba con Charles, Deborah se dedicó a recoger las ropas que habían quedado esparcidas junto a la chimenea. Luego fue al dormitorio y cambió las sábanas de la cama que habían compartido. Sentía un curioso placer al realizar esas pequeñas tareas y acarició suavemente la almohada que él había utilizado.

Storm salió de su oficina con el ceño fruncido. Su expresión se despejó al ver a Deborah con el fardo de sábanas entre los brazos. Ella le dirigió una sonrisa algo vacilante y se dirigió al lavadero. Storm la observo sin hacer ningún comentario mientras ella ponía

en marcha la maquina de lavar. Él no mencionó a Charles y ella tampoco lo hizo.

Capítulo 8

Una noche de felicidad, pagada con subsecuentes noches de soledad y tristeza. Eso era todo lo que ella había tenido, reflexionó Deborah. Recuerdos… Gareth. Gareth era una realidad cálida y adorable, pero los breves recuerdos constituían un frío consuelo y algunas veces, un activo tormento.

Esa tercera noche durmió a solas en la casa de Storm; a solas pero abrigada por esos dulces recuerdos que pronto se volverían amargos como la hiel. Después de dejar a Sophie habían ido a almorzar y él se lo había comunicado.

—¿Qué ocurre Storm? Has estado preocupado por algo durante toda la mañana —Deborah tenía la sospecha de que esto estaba relacionado con su llamada a Charles.

Él habló con voz extraña.

—Me temo que ha llegado la hora de pagar —parecía disgustado —. Pensaba que tendría más, pero debo viajar a San Diego esta tarde y no hay forma en que pueda posponerlo. Hay compromisos imposibles de descuidar allí —Storm se inclinó hacia delante y le tomó las manos—. Créeme Deborah, no quiero ir. No quiero dejarte ahora, pero debo hacerlo.

Deborah sonrió con suavidad.

—Está bien, cariño. Lo comprendo. ¿Se trata de la compañía Tolman? ¿Hay algún problema?

Él la miró sorprendido.

—¿La compañía Tolman? ¿Cómo lo…? Oh sí, la mencioné esta mañana. Lo había olvidado —Storm pareció desconcertado por un momento, pero se recobró rápidamente y dijo—: No, no tiene nada que ver con eso. Es… —vaciló—, otro proyecto de Seaton's uno de los preferidos de mi padre.

—Y a ti no te hace particularmente feliz —observó Deborah.

—No —suspiró él—. Y ahora menos porque me aparta de ti, en especial después de lo de anoche. Yo no quiero ir, Deborah. Nunca me he sentido más presionado por Seaton's que en este momento, pero el futuro de la empresa depende de mi viaje, y hay demasiadas personas que resultarían damnificadas. No puedo abandonarlos sólo por egoísmo.

Deborah sonrió con suavidad. Ella sabía lo que era la disciplina y el deber.

—Está bien, cariño —repitió—. Sophie saldrá pronto del hospital y te prometo que hasta que eso suceda, yo dormiré en tu casa donde hay un teléfono. No volveré a la casa de la playa hasta que Sophie esté conmigo, y estaremos allí aguardando a que termines con tu trabajo en San Diego. ¿Crees que tardarás mucho tiempo?

Él sacudió la cabeza.

—No lo sé. Las cosas están terriblemente complicadas y no sé cuánto tiempo necesitaré para terminar con todo.

Storm la llevó hasta la casa de la playa para recoger la camioneta de Sophie y luego volvieron a su casa donde él empacó y partió con un último beso profundo, casi desesperado. La estrechó contra su cuerpo en un abrazo que atestiguaba la fuerza de sus sentimientos, pero partió sin mirar atrás como si su determinación corriese el riesgo de fallar si volvía a verla.

Después de que la camioneta hubo desaparecido de la vista, Deborah se secó las lágrimas. Él volvería lo más pronto que pudiera, se repitió una y otra vez.

Esa noche, mientras yacía en la cama que había sido testigo de su pasión, se consoló pensando en Storm y en el futuro que podrían construir. Cuando él volviera, ella le contaría respecto de su abuelo y lo ayudaría a encontrar un modo honorable de quitarse de encima el peso de Seaton's. De no ser posible, ella lo ayudaría a soportarlo y lo aliviaría con su amor. El abuelo y Storm se gustarían el uno al otro. Hablaban el mismo lenguaje.

Se durmió soñando con el futuro que compartirían. No podía saber que sólo habría un ayer.

A la mañana siguiente se conformó con un desayuno de jugo y cereal que comió en la terraza. La vista era magnífica pero solitaria. Storm no había llamado la noche anterior, pero ella no lo había esperado porque debía haber llegado muy tarde a San Diego. Cuando sonó el teléfono, Deborah corrió a atender con una amplia sonrisa.

Era Charles.

—Quisiera hablar contigo, Deborah —dijo después de un breve saludo—. Tiene que ver con Storm.

"No me imagino ninguna otra cosa que tengamos en común", pensó Deborah.

—Está bien Charles. ¿De qué se trata? —dijo en voz alta.

—Preferiría no discutirlo por teléfono. ¿Puedes venir a mi casa esta mañana?

—Voy al hospital a ver a Sophie. Ha tenido que operarse de una apendicitis urgente hace unos días —comenzó a explicar Deborah, pero él interrumpió sus palabras con brusquedad.

—Lo sé. Storm me lo dijo. Espero que se esté recuperando bien —agregó simulando que sentía algún interés por el estado de salud de Sophie.

"Por lo mucho que te importa", pensó Deborah.

—Está bastante bien, gracias Charles —dijo con un tono exageradamente dulce. Podía ser el padre de Storm, ¡pero su abuelo lo hubiese convertido en picadillo!

—¿Vendrás después del almuerzo? —insistió él—. ¿A la una?

Ella tendría que enfrentar lo inevitable algún día. Cuanto antes escuchara lo que él tenía que decirle, mejor.

—Estaré allí a la una —prometió.

* * *

Deborah visitó a Sophie, comió un almuerzo ligero en un restaurante especializado en ensaladas y a la una en punto, estacionó la camioneta frente a la casa de Charles.

Charles mismo atendió la puerta y escoltó a Deborah hasta su estudio. No se parecía en nada al estudio de Storm. No había un papel fuera de lugar ni una mota de polvo. El escritorio de Charles estaba tan lustrado que podía haber servido de espejo. Los libros de los estantes tenían las cubiertas del mismo color y probablemente, sus páginas permanecerían sin cortar.

Deborah observó un armario de madera que resultó ser un bar. Lo descubrió cuando Charles abrió sus puertas para ofrecerle un trago. Ella se negó y Charles se sirvió una copa. ¿Escocés?, se preguntó. Si necesitaba reunir coraje era porque la entrevista iba a ser más desagradable de lo que ella había imaginado.

Charles bebió la mitad del contenido de su copa y se sentó sobre el borde del escritorio. Deborah se hallaba frente a él, en un sillón

de cuero algo incómodo. Ella lo miró con las manos cruzadas sobre la falda. Si él trataba de hacerla sentir incómoda, fallaría. Deborah no habló ni se inquietó. La pelota estaba en el campo de Charles y ella aguardaría su servicio.

Lo miró directamente a los ojos. Hugh hubiera estado orgulloso de ella. Charles se puso de pie y rodeó el escritorio. Abrió un cajón y tomó un sobre blanco que sopesó pensativamente en su mano antes de volver a sentarse. Extendió el sobre hacia Deborah.

Ella lo miró pero no lo tocó.

—Tómalo —la instó—. Es para ti.

Ella continuó sin tomarlo.

—¿Qué es? —preguntó. Pero ya lo sabía.

Charles abrió el sobre y extrajo su contenido abriéndolo en forma de abanico.

—Aquí hay diez mil dólares.

—¿Una donación para tu sociedad de caridad favorita? —dijo Deborah con tono frío.

—Por supuesto que no —replicó él. Charles no tenía ningún sentido del humor, pero Deborah tampoco estaba particularmente divertida, sólo algo descompuesta del estómago—. Tú sabes para qué es. ¿Debo decirlo más claramente? —preguntó.

—Creo que sí, Charles. Realmente creo que deberías. En palabras de una sílaba como para que no haya ningún error —la voz de Deborah era tranquila y sus ojos estaban fríos, pero tenía las manos apretadas sobre la falda.

—Está bien. Este dinero será tuyo si desapareces de la vida de Storm. ¿Está lo suficientemente claro? —regresó los billetes al sobre y volvió a alcanzárselo. Al ver que ella no se movía, lo arrojó sobre su falda—. Es lo máximo que obtendrás. No habrá regateos y sólo te ofrezco esto para asegurarme de que te irás rápida y silenciosamente.

Deborah tomó el sobre con dos dedos como lo hubiese hecho con una rata muerta y lo arrojó sobre el escritorio de Charles.

—Vete al infierno, Charles —Deborah comenzó a ponerse de pie con una expresión de tensión y dignidad. Sólo esperaba poder salir de su propiedad antes de vomitar.

—Siéntate —le ordenó Charles con rudeza—. Me fuerzas a ser brusco —Deborah podría haber empezado a reír si no hubiese estado tan ocupada en no llorar—. Había esperado poder evitar esto

—dijo Charles casi para sí mismo—, pero ya veo que no hay otra forma. Si crees que Storm se casará contigo sólo porque has dormido con él y por eso rechazas el dinero, lo que tengo para mostrarte te quitará esa idea de la cabeza —volvió a abrir el cajón y extrajo un recorte de periódico. Se lo alcanzó a Deborah y esta vez ella lo tomó de su mano.

—Storm está comprometido con Deidre Barstow, de los Barstow de San Diego, y se casarán en esta semana. Paul Barstow es un competidor en los negocios y este matrimonio hará que la Compañía de Construcciones Barstow pase a pertenecer a Seaton's. Paul Barstow está a punto de retirarse y Deidre es su única hija. Ella no puede manejar la compañía y él no quiere venderla. Seaton's debe obtenerla y Storm lo logrará. Conoce a Deidre desde que era una niña y ahora se ha convertido en una hermosa mujer —cada palabra era como un clavo en la carne de Deborah, y Charles parecía martillarlos con satisfacción.

Ella luchó con valentía.

—No te creo. Storm me ama —Charles era su enemigo. ¡Ella no le creería! Estaba mintiendo. ¡Tenía que estar mintiendo! En forma inconsciente, sus manos estrujaron los papeles que sostenían—. Si esta historia fuese verdad, ¿por qué te molestaste en ofrecerme dinero?

—Admito que tenía la esperanza de que lo tomaras y te fueras en silencio —dijo Charles—. No quería hablarte sobre el inminente matrimonio de Storm porque temía que causaras problemas… podrías hablar con Deidre respecto a tu romance con Storm y tratar de romper el compromiso. A ninguna mujer le gustaría saber que su novio ha tenido un romance una semana antes del matrimonio. Este casamiento debe concretarse porque de no ser así, Seaton's irá a la bancarrota. Storm comprende eso tan bien como yo. Cumplirá con su deber. Te ha dejado para ir a San Diego, ¿verdad? —enfatizó Charles con crueldad—. ¿Te dijo la razón? —pudo leer la respuesta en su rostro—. ¿No? Eso pensé.

—No puede ser verdad —susurró Deborah.

—Lo es —dijo él con más suavidad—. Mira el recorte y la invitación para la boda, Deborah.

Deborah observó los papeles arrugados que tenía sobre la falda y los alisó con manos temblorosas. Tomó el recorte de periódico y allí estaba Storm, sonriendo ante la cámara con una bellísima joven

tomada de su brazo. Estaban acompañados por una pareja mayor y un Charles de rostro radiante. La historia daba detalles y nombres. Los Barstow y los Grainger celebraban el compromiso de sus hijos. La fecha del casamiento sería anunciada pronto. Deborah plegó el recorte y tomó la invitación.

"El señor Paul Davidson Barstow y su esposa participan el casamiento de su hija Deidre Elizabeth con Jonathan Charles Grainger"

Las palabras fueron borroneadas por las lágrimas, pero los dedos de Deborah recorrían las letras en relieve de la tarjeta.

Se puso de pie y los papeles cayeron al suelo. Charles no era un hipócrita. No dijo "lo siento".

—¿Tratarás de ponerte en contacto con Storm? —fue su pregunta.

—No, Charles. No lo haré —Deborah salió de la habitación sin decir una palabra más. Charles no la siguió.

De algún modo, se obligó a volver a la casa de Storm para recoger su ropa y borrar todo rastro de su presencia. Entonces volvió a la casa de la playa y lloró hasta que creyó que le sangrarían los ojos.

A la mañana siguiente, Deborah hizo todo lo que pudo por mejorar su aspecto, pero la noche que acababa de pasar había dejado huellas en su rostro al igual que en su alma. Estaba ojerosa y sentía que su edad era de mil años. El maquillaje y las gafas de sol no la ayudaron mucho a cambiar esta impresión.

Sophie no hizo ninguna pregunta hasta que estuvo instalada en el sofá de su casa y Deborah se hubo lavado el maquillaje.

—He sido una tonta, Sophie. Yo lo amé y él me utilizó. Está comprometido y la próxima semana se casará. Salió para San Diego ayer —Deborah apoyó la cabeza sobre las rodillas de Sophie y lloró. Ni siquiera ante la muerte de su padre y el abandono de su madre había llorado con tanta desesperación.

Sophie le acarició la cabeza hasta que cesaron las lágrimas y entonces Deborah se enderezó exhalando un suspiro doloroso.

—Lo siento —dijo con voz ahogada—. Lloré de este modo anoche y juré que no volvería a hacerlo. ¡Oh Sophie, es como si se

hubiese muerto!

—Ve a lavarte el rostro con agua fría, Deborah querida, y sirve dos tazas de café —dijo Sophie con suavidad—. Entonces me contarás las circunstancias y veremos si hay algo que se pueda hacer.

Deborah reconoció la sensatez de sus palabras y para cuando terminó de beber su café, estaba en condiciones de explicar todo a Sophie aunque sabía que no quedaba nada por hacer.

—No debí haber permanecido en la casa de Storm, Sophie. Si hubiera insistido, él me habría encontrado una habitación en algún motel de la ciudad —dijo después de relatar claramente los sucesos ocurridos en la casa de Storm—. Yo lo amaba y pensé… no, estaba segura de que me amaba. Él me lo dijo, pero claro que los hombres son capaces de decir cualquier cosa en el ardor de la pasión.

Sophie sintió deseos de llorar al percibir la nota de cinismo y amargura en su voz.

Deborah continuó relatando los detalles de su entrevista con Charles sin omitir nada. Sophie se puso pálida de ira. "Mi Dios", pensó. "Hugh asesinará a ese hombre y convertirá a Seaton en un montón de cascotes". Cuando Hugh McLeod terminara con Charles Grainger, éste estaría encantado de poder suicidarse. Sophie disfrutaría mucho alcanzándole la navaja. Deborah leyó los pensamientos de Sophie y supo que por su mente había cruzado la venganza. Deborah misma había jugueteado con la idea la noche anterior, pero la había desechado. Ella había sido una tonta, pero no compondría su error descendiendo al nivel de Charles Grainger. Al menos Sophie no le había sugerido que se presentase como la nieta de Hugh McLeod y ofreciese salvar a Seaton's con las Industrias McLeod en lugar de Construcciones Barstow. ¡Conocía a Deborah demasiado bien como para eso!

—Sophie —dijo Deborah con una nueva expresión de madurez en el rostro—. Quiero que me prometas que cuando vayamos a casa, no le dirás al abuelo respecto a Storm y su padre. Yo le contaré lo esencial, pero no quiero que sepa el nombre de Storm. Estoy en mi derecho y ésa es mi decisión —no cambiaría de idea y Sophie finalmente le hizo la promesa.

Estuvieron en casa durante dos semanas antes de que volviese

Hugh McLeod cargando los laureles de la victoria. Sophie había recuperado la mayor parte de sus fuerzas y Deborah había logrado superar bastante bien los efectos físicos de su experiencia. Sin embargo, Hugh McLeod no podía ser engañado. Ellas habían hablado varias veces con él por teléfono, dándole la impresión de que se dedicaban a holgazanear todo el día junto a la piscina. En el momento en que posó sus ojos sobre los dos rostros pálidos, Hugh supo que había sido una mentira.

Hugh escuchó los dolorosos hechos que ella le relataba, pero no indagó más allá de sus palabras. Él sufría por ella, pero jamás la haría sufrir de ninguna manera. Le ofreció todo el consuelo posible, dadas las circunstancias, pero fue honesto respondiendo que ella había pagado un precio muy alto por una lección de vida y que él no podía realizar el pago por ella.

—Cada uno de nosotros debe pagar esa clase de lecciones con su propia moneda, Deborah —dijo—. Yo no pude hacerlo con tu padre ni contigo, aunque daría lo que me queda de vida por tener ese poder.

—Lo sé, abuelo —dijo ella en voz baja—. Lamento haberte desilusionado.

—Tú no me has desilusionado, Deborah —negó él con fuerza—. Yo sufro junto contigo, pero sólo sentiré desilusión si permites que este episodio destruya tu vida. Has cometido un error, pero no debes permitir que te invada la amargura.

Exactamente un mes y medio después de su regreso a casa, Deborah fue en busca de su abuelo. Lo encontró trabajando en su estudio, y al escuchar que se abría la puerta alzó la cabeza con el ceño fruncido, dispuesto a aniquilar a aquél que se había atrevido a perturbar su soledad.

Sin embargo, al ver a Deborah su rostro se suavizó en una sonrisa de bienvenida. Recientemente, sus subordinados habían tenido que soportar una desacostumbrada rudeza de parte de Hugh, pero para Deborah sólo tenía sonrisas. Algo en el rostro de ella debió haberlo preocupado porque volvió a fruncir el ceño.

—¿Qué ocurre, Deborah querida? —el tono de su voz transmitía más amor y preocupación que sus palabras. Deborah se veía bien físicamente, pero la tristeza y la madurez solían aparecer en sus ojos

azules con demasiada frecuencia.

—Estoy embarazada, abuelo —respondió Deborah sin rodeos y se dejó caer en una silla frente al escritorio. No había forma de ocultar la realidad y ella no lo intentó. Continuó con voz desapasionada—. Temí estarlo y fui a ver al doctor Jerman. Acaba de llamarme con los resultados de las pruebas —Deborah tenía los ojos secos. Todo su llanto ocurría por dentro.

Hugh McLeod cerró los ojos un instante con una máscara de gravedad en el rostro. Lo que ocurría en su corazón no se transmitía a sus facciones, pero apretó los puños con una fuerza asesina. Esta posibilidad nunca se le había cruzado por la mente.

—¿Qué quieres hacer, Deborah? —preguntó con calma. Él la apoyaría cualquiera fuese su decisión, pero no podía tomarla por ella. Conocía a su nieta. Ella aceptaría las consecuencias de sus actos. Desde el momento en que sospechara su condición debía haber estado reflexionando sobre sus opciones.

—¿Quieres que arregle un aborto? —las palabras le quemaron en la boca, pero debían ser dichas.

—¡No! —Deborah rechazó la sugerencia con una violencia salvaje.

—Me alegro —dijo Hugh sinceramente. Deborah tenía el derecho de escoger, pero él se alegraba de que no eligiese ese camino.

—¿Deseas casarte con el padre? —si ella deseaba que el niño tuviese su nombre legal, él lo arreglaría sin importar los obstáculos que se interpusiesen en el camino.

—No. Mi hijo tendrá un nombre del cual estar orgulloso… McLeod. Tú y yo le enseñaremos a llevarlo con la cabeza en alto —con esas simples palabras, Deborah le manifestó su decisión.



La elección de Deborah no había sido tal. Jamás había considerado la posibilidad de un aborto, ese remedio inmediato y automático que utilizaban muchas mujeres de su condición económica. Este niño era de su sangre, y sería amado por aquéllos que la amaban a ella. Sería suficiente para él. ¡Ella haría que fuese suficiente!

Deborah no se engañaba. Su bebé llevaría una pesada carga desde el día de su nacimiento. El nombre y el poder de los McLeod

podrían protegerlo, pero no erradicaría por completo la mancha de ilegitimidad. Como alternativa, hubiese podido buscar algún subterfugio e inventar un matrimonio ficticio y un padre muerto o divorciado. Sólo se necesitaba un viaje al extranjero y hacer correr el rumor de un romance. Podría haber especulaciones pero ninguna prueba.

Su orgullo se rebeló. Ella no haría tal cosa. Sólo daría explicaciones a su abuelo, a Sophie y al niño, cuando él o ella fuese lo suficientemente grande como para comprender. Nadie más conocería las circunstancias de la concepción y el nacimiento del bebé.

Llevó su embarazo con orgullo, y si fue el rostro de Storm el que vio en la anestesia durante el nacimiento de Gareth, nunca lo dijo. Fue la mano de su abuelo la que estrechó con fuerza durante los dolores del parto.

Cuando llegó el momento de registrar el nacimiento del niño, sólo apareció el nombre de Deborah. Algún día, Gareth conocería el nombre de su padre ya que ella había dejado sobres cerrados con los abogados de su abuelo para cubrir cualquier eventualidad. La cuestión sólo le concernía a ella y a su hijo.

Hubo preguntas, por supuesto, algunas veladas y otras directas. Deborah las enfrentó con una expresión imperturbable y pronto las preguntas cesaron. El nombre y el dinero de los McLeod hicieron su parte, pero fue la serena felicidad de Deborah ante su vigoroso hijo lo que forzó a la gente a callar.

Gareth era un hecho… y ella lo amaba. Eso era todo en lo que a Deborah concernía. Hugh McLeod la observaba con orgullo. A pesar de su juventud, Deborah tenía una madurez que muchas mujeres no lograrían aunque la triplicasen en edad. Había cometido errores, pero había aprendido de ellos.

Sólo Deborah sabía que su expresión serena no siempre era un fiel reflejo de lo que ocurría en su interior. La imagen de un par de hombros anchos y el brillo de una cabellera negra… una cierta inclinación de cabeza en algún extraño que cruzaba por la calle, aún tenía el poder de atravesar su corazón con un dolor agónico. Sin embargo soportó el sufrimiento y se obligó a aceptar las cosas que no podía cambiar. Era la única forma en que podría sobrevivir.

Trató de no pensar en Storm, pero al ir madurando, el rostro de Gareth se parecía cada vez más al de su padre. El niño había nacido

con el cabello negro y lacio, pero éste pronto había caído para ser reemplazado por una cabellera rubia que se había oscurecido con el tiempo hasta aproximarse a la tonalidad de Deborah. Sus ojos color azul pálido se habían aclarado hasta que muy pronto, los ojos grises de Storm la miraban cada vez que Gareth alzaba los párpados.

En la mirada de Sophie podía leerse que ella también había notado el parecido, pero nunca dijo nada a Deborah al respecto. Sophie había permanecido con ellos durante todo el embarazo de Deborah, y ahora iba a visitarlos con más frecuencia y se quedaba por períodos más largos.

Durante el embarazo y el primer año de vida de Gareth, Deborah no aceptó ninguna cita. Sentía una profunda indiferencia por los hombres, y manifestaba una frialdad que los mantenía a una distancia calculada e impersonal.

Pero cada vez le resultaba más difícil mantenerlos alejados. El embarazo había hecho madurar el cuerpo de Deborah sin destruir su esbeltez. De niña había sido llamativa. De mujer era bellísima y los hombres respondían a su misterio inalcanzable con fascinación.

Después del primer cumpleaños de Gareth, comenzó a aceptar alguna cita cada tanto para alivio de Sophie y Hugh. Comenzó a reír nuevamente. Había sonreído ante las travesuras de Gareth, pero no había reído.

Las apariencias indicaban que ya se había recuperado de la traumática experiencia, pero Hugh notaba que cuando un hombre mostraba señales de querer avanzar más allá de una relación amistosa, desaparecía rápidamente de la lista de acompañantes de Deborah. Nadie podía traspasar los límites que ella misma había impuesto.

Hugh no podía estar seguro, pero tenía la fuerte sospecha de que los avances sexuales de cualquier tipo eran otra causal de despido. Deborah tenía un hijo. Eso no significaba que fuese promiscua, y cualquier hombre que pensase lo contrario era enviado de paseo. La palabra se corrió. La dama era una dama, y Dios ayudara al hombre que lo olvidara.

La verdad de la cuestión era que Deborah no había conocido a otro hombre que la atrajese como lo había hecho Storm. Ella lo había amado, y no había vuelto a sentir lo mismo por nadie más. Algún día, en alguna parte conocería a un hombre cuyo aspecto externo se correspondiese con su interior, entonces volvería a

enamorarse. Hasta entonces no se acostaría con ningún hombre. Para Deborah, el amor y la satisfacción sexual iban unidos.

Estaba decidida a continuar con sus estudios. Las Industrias McLeod serían la herencia de su hijo, y algún día ella tendría que hacerse responsable de su funcionamiento.

Deborah deseaba estar con Gareth, así que tomó lecciones con un tutor privado que sabía mucho sobre la materia: su abuelo. Cuando llegase el momento, ella no sería ninguna figurita decorativa.

Gareth era lo primero y principal para Deborah, pero necesitaba alguna otra ocupación para descargar sus energías. Las Industrias McLeod se convirtieron en esa ocupación. Algún día encontraría otras, tal vez otro, que lograse borrar la imagen de Storm de su mente.

Capítulo 9

Poco después de la fiesta con que se festejó el tercer cumpleaños de Gareth, Deborah se reunió con su abuelo en el estudio. Aún no tomaba parte en el manejo de la compañía, pero ya había asumido su lugar en la mesa directiva y tomaba sus tareas con mucha seriedad. Cuando Gareth entrara en la escuela primaria, ella tendría tiempo para tomar un rol activo en el manejo de su herencia.

Golpeó la puerta suavemente pero entró sin aguardar respuesta. Hugh alzó la vista de sus papeles y se puso de pie para recibirla. Él nunca olvidaba los buenos modales. Deborah depositó un beso sobre su mejilla como si no hubiesen desayunado juntos sólo unas horas atrás.

—¿El diablillo está en la escuela? —preguntó Hugh con una sonrisa.

—Sí —respondió Deborah con un exagerado suspiro de alivio—. Acabo de volver de allí. Esta semana es mi turno de llevar los niños a la escuela.

Gareth iba tres veces por semana a un jardín de infantes y estaba encantado con ello. Trataba de convencer a su madre para que lo enviase los cinco días, tal como hacían muchos otros niños, y Deborah estaba considerando seriamente la cuestión.

Gareth era muy persuasivo, y Hugh lo había denominado "el diablillo" con mucha razón. Gareth hacía todo lo posible por merecer el apelativo. Estaba poseído de una ilimitada energía y una gran inventiva, en especial cuando se trataba de realizar alguna nueva travesura. Gareth era un niño inteligente, inquisitivo y obstinado.

Hubo un discreto golpe sobre la puerta y Deborah atravesó la habitación para dejar entrar a la señora Hammond que les llevaba el café. Deborah agradeció al ama de llaves y depositó la bandeja sobre una pequeña mesa.

Entonces sirvió el café y llevó las dos tazas hasta el escritorio de su abuelo.

Deborah se sentó y después de beber un sorbo del líquido humeante, anunció:

—Bueno, estoy segura de que la compañía ha caído en la ruina, pero yo encontraré el remedio. Ponme al tanto de los hechos,

abuelo —agregó con una sonrisa haciendo reír a Hugh.

Hugh se sentía feliz. Esta Deborah se parecía a la de antaño. Después de un largo y doloroso camino, ella comenzaba a recuperar su amor por la vida.

Esto significaba un alivio para los temores de Hugh. En el último año había comenzado a sentir el peso de su edad, y aunque aún consideraba que viviría varios años, ya no podía ser inconsciente de su mortalidad. Se había sentido muy preocupado por lo que ocurriría con Deborah después de que él se hubiese ido. Podía asegurar que su situación económica estaría garantizada, pero su estado emocional era otra cuestión. Había sido seriamente dañada por la traición del padre de Gareth, tanto que Hugh había temido que nunca lograra recobrarse de la experiencia.

El amor era la única seguridad en este mundo cambiante, pero Deborah había sido utilizada por personas más que importantes para ella. Ningún amor es mejor que un amor que traiciona, y él había temido que Deborah optara por cerrarse para siempre a la vulnerabilidad del amor. Ahora veía señales de que ella podía estar bajando la guardia que mantenía sobre sus emociones. Siempre sería cautelosa, pero parecía estarse abriendo a la vida nuevamente.

—¿Qué tenemos en la agenda para hoy, abuelo?

Deborah tomó un lápiz y se lo colocó detrás de la oreja. Entonces comenzaron a trabajar afablemente.

—Esto termina la cuestión del contrato Carson —continuó Hugh mientras Deborah escribía a una velocidad tal, que sus jeroglíficos sólo resultaban legibles para ella—. Y ahora te recordaré que estamos aceptando licitaciones para el nuevo complejo de la zona oeste. Los estudios se completaron el mes pasado y estamos haciendo negociaciones para obtener un sitio ideal. Lo que lo hace tan deseable es el hecho de que proviene de una de las mayores firmas constructoras de la costa oeste, la cual tiene una gran reputación por la calidad de su trabajo. Esta firma no fue siempre así, pero durante los últimos seis o siete años, desde que el joven Grainger se hizo cargo de su manejo, Seaton's… —el sonido del lápiz de Deborah al quebrarse en dos hizo que Hugh se detuviera en la mitad de la oración.

—Deborah, mi Dios, ¿qué ocurre? —exclamó.

Ella se enderezó en la silla con el rostro blanco y contorsionado por el dolor. Sus ojos parecían estar mirando el infierno. Sophie hubiera reconocido esa mirada porque la había visto el día en que volviera del hospital y Deborah le contó los detalles de su entrevista con Charles.

Hugh nunca la había visto porque cuando volvió de su viaje al extranjero, Deborah ya había logrado dominar su expresión. Ella jamás le había dicho el nombre de Storm y ahora estaba pagando por eso.

Lentamente, logró abrir la boca y humedecerse los labios para formar las palabras.

—Storm Grainger es el padre de Gareth. Él fue el hombre a quien conocí y amé.

No podía decir nada más y no había necesidad de ello. Deborah cerró los ojos y luchó por controlarse. Sabía que angustiaba profundamente a su abuelo con su reacción ante el nombre de Storm, pero todo había sido tan inesperado que el golpe había vuelto a abrir la tremenda herida de su alma.

Un pequeño gemido, casi el lamento de un animalillo agonizante en una trampa, escapó de entre sus labios apretados.

—Dios querido, dame fuerzas para odiarlo —susurró—. El odio aliviaría el dolor.

Ella no era consciente de que había hablado en voz alta, pero Hugh la había escuchado. Luego reflexionaría sobre la implicancia de sus palabras. Si ella no podía odiarlo, ¿era porque aún lo amaba?

¿Sería ella de los McLeod que amaban sólo una vez? Hugh había tenido, aún tenía, a su Maggie. David tuvo a su Magda quien le ocasionó la muerte, pero había sido su nombre el que pronunciara al morir. Amar una vez, con toda el alma, podía significar el cielo o el infierno. Hugh tuvo el cielo. David tuvo el infierno. ¿Y Deborah?

Deborah comenzaba a recuperarse. Dirigió una sonrisa temblorosa a su abuelo.

—Lo siento, abuelo. Fue la sorpresa… no lo esperaba. Ya estoy mejor —le aseguró. Estaba menos pálida pero tenía las manos fuertemente apretadas y sus nudillos estaban blancos como el papel.

Deborah se pasó una mano por la frente humedecida.

—¿Qué… qué vas a hacer? —conocía a su abuelo. Ahora que conocía la identidad de su amante, haría algo para vengarse.

—Podría hacer trizas a Seaton's —especuló con agrado.

—No, no debes. Piensa en Gareth. Déjalo, abuelo —una lágrima rodó por su mejilla—. El pasado quedó atrás y no creo que pueda soportar que vuelva a la vida.

Ella tenía razón. Él lo sabía pero jugueteó con sus sueños de una muerte lenta durante un rato más.

—Está bien, Deborah —aceptó finalmente—. Pero terminaremos cualquier negociación con Seaton's de inmediato. Hay varias alternativas más y escogeremos una de ellas.

—Bien —el alivio era evidente en la voz de Deborah—. ¿Las negociaciones no han llegado demasiado lejos entonces? ¿No se han firmado algunos papeles?

—No me importaría aunque ya hubiesen comenzado con las excavaciones —respondió Hugh.

En realidad, ya se había alcanzado un acuerdo y los papeles del contrato estaban en poder de los abogados, pero eso no lo haría retroceder. De haber comenzado la construcción, él vería que fuese derrumbada ladrillo por ladrillo aunque tuviese que hacerlo con sus propias manos.

—Creo que iré arriba un rato ahora, abuelo. No siento deseos de trabajar más por hoy —dijo Deborah.

Hugh asintió con la cabeza. Él comprendía su necesidad de estar a solas. Él siempre comprendía todo.

Hugh le dio un golpecito sobre el hombro y dijo:

—Por supuesto, mi querida. Le diré a la señora Hammond que le dé el almuerzo a Gareth y que lo acueste a dormir una siesta. Yo iré a la oficina y almorzaré allí. Te veré esta noche.

* * *

Después de que Deborah salió de la oficina, Hugh hizo un llamado de larga distancia. Era el momento de que Sophie volviera a hacerles una visita. Sophie aceptó inmediatamente al enterarse de los sucesos y de la reacción de Deborah ante ellos. La sangre era mucho más importante que la pintura, y Sophie viajaría hacia allí lo antes posible. Hugh colgó satisfecho y llamó a su chofer para que tuviera el auto listo en veinte minutos.

Deborah subió a su habitación, tomó tres aspirinas y durmió para olvidar el dolor que amenazaba partirle el cráneo. Despertó pálida y con los ojos hinchados, pero se sentía mejor.

"La vida continúa", pensó, "pero en este momento no sé

exactamente por qué". Entonces Gareth entró como una tromba agitando un dibujo que había hecho para ella. Deborah logró esbozar una sonrisa que se fue volviendo más natural a medida que conversaba con el niño.

Ella ya había recorrido antes este camino, se recordó, pero esta vez conocía la salida y emergería del túnel oscuro más pronto.

Cuando Hugh volvió a casa esa tarde, la encontró en la alfombra de la sala jugando con Gareth quien gritaba de alegría.

Deborah alzó la vista hacia él con expresión interrogante. Hugh asintió con la cabeza.

—Está hecho. Han sido notificados de que las negociaciones están terminadas definitivamente. Ya hemos comenzado las tratativas con otra empresa.

—Bien —fue todo lo que ella dijo.

Deborah no se detuvo a conversar con la señora Martin, la antigua secretaria de su abuelo, porque Sophie la aguardaba en el auto junto a Gareth y ambos necesitaban un refresco y un descanso. Acababa de recoger a Sophie en el aeropuerto y cuanto antes pudiesen regresar a casa, mejor.

—Entraré a decirle al abuelo que se apure —dijo Deborah mientras tomaba el picaporte—. Es tarde y tengo mucha prisa.

Abrió la puerta y entró antes de que la señora Martin lograse hablar.

—Abuelo, ¿has olvidado…?

Era una pesadilla, pensó salvajemente. Debía ser una pesadilla. Había tres hombres en la oficina de su abuelo, y los tres la miraron horrorizados. Ninguno se movió, ninguno respiró. Ni Deborah aferrada al picaporte, ni Hugh, ni Charles, ni Storm.

Hugh se maldijo en silencio por no haberlo previsto cuando la señora Martin entró en su oficina para anunciar a los visitantes. "Debo estar loco si pensé que perderían el contrato sin tratar de hacer nada para salvarlo".

—Sí, los veré señora Martin —había dicho—. Hágalos entrar.

Hugh se sintió impresionado al ver al más joven de los dos hombres. Oh sí, éste era el padre de Gareth. No podía haber ningún error al respecto. Salvo por el color del cabello, el hombre que se hallaba frente a él era la réplica adulta de su bisnieto, pero mientras

el niño era suave y dócil, Storm Grainger era duro como el acero y tan dócil como un trozo de granito.

Si este hombre había mostrado alguna ternura, ésta no se reflejaba en su rostro. Su mirada era directa y tranquila, pero su boca se veía tensa, como si hubiese estado ejerciendo un fuerte control sobre sí mismo. Llevaba puesto un traje oscuro que se ajustaba perfectamente a sus hombros anchos y servía para enfatizar la dicotomía de su fuerza física y su sofisticada capacidad para los negocios.

Hugh desvió su atención hacia el otro hombre al cual observó con desprecio. Suave y solapado, no se parecía en nada al hombre cabal que era su hijo, a pesar de que éste hubiera utilizado a Deborah de la peor manera posible. Hugh volvió sus ojos hacia Storm. No les ofreció la mano y ellos tampoco a él.

—Caballeros… —Hugh los saludó con una fría formalidad que se hallaba muy cerca de ser insultante. Permaneció detrás de su escritorio con los puños apretados dándoles la impresión de que estaba a punto de saltar sobre ellos para destrozarlos.

La expresión de Storm mostraba que estaba tratando de comprender qué era lo que yacía bajo esa abierta hostilidad, pero Charles había decidido ignorarla.

—Señor McLeod, me alegro de que haya querido recibirnos. Estoy seguro de que podremos aclarar cualquier malentendido como para que el contrato sea firmado e implementado a corto plazo —habló con un tono lisonjero que Deborah hubiera reconocido de inmediato.

Hugh observó su mano extendida y la ignoró deliberadamente.

—Es usted el que no ha comprendido, señor Grainger —respondió con frialdad—. Yo no me alegro de verlos. Si lo hice fue sólo para que no les quede ninguna duda respecto a que nunca habrá ningún trato entre su compañía y las Industrias McLeod, ni sus subsidiarias ni sus afiliados. Ya he ordenado la destrucción del contrato. Hemos comenzado las negociaciones con otra empresa para obtener el terreno y nos preparamos a considerar las licitaciones de otras compañías constructoras.

Charles dio un paso atrás. No sabía cómo responder a la implacable hostilidad que ardía en los ojos de ese hombre.

—Pero nuestro terreno es el mejor. Tenemos los obreros y los medios de transporte. Tendrá que pagar miles de dólares más para

obtener lo que nosotros le ofrecemos.

Hugh sonrió.

—Puedo afrontarlo.

Storm aún no había hablado.

—¿Pero por qué? —exclamó Charles—. ¿Por qué no quiere tratar con nosotros? —estaba completamente aturdido.

La pregunta aún resonaba en el aire cuando Deborah entró como una tromba en la habitación.

—¡Deborah!

Fue un eco que se desgarró de tres gargantas. Cada uno de los hombres que pronunció su nombre lo hizo con una emoción diferente.

La exclamación de Hugh fue hecha con el más puro y simple horror. Detestaba el hecho de que hubiera tenido que soportar este enfrentamiento, en especial sin estar preparada para él. La sola mención del nombre de Storm Grainger había convertido a su adorada nieta en un fantasma pálido y tembloroso. ¡Él podía haberle evitado esto!

La exclamación de Charles había estado compuesta de sorpresa y perturbación por tener que enfrentar inesperadamente a una persona a quien él había dañado. Charles había notado la intensidad de sus sentimientos hacia Storm, y había temido al amor de Storm por ella. Deborah podía haber interferido en sus planes para Storm. Ella no le brindaría nada… ni riqueza, ni poder, ni una posición social. Era una joven desconocida, no valía nada, no provenía de ninguna parte.

Si todos sus ardides aún no habían dado fruto, muchos de ellos sí. Seaton's era ahora una empresa próspera y este contrato con McLeod hubiera sido la coronación, el pináculo desde el cual podría retirarse. El terreno era una propiedad personal de Charles y la ganancia que obtendría con su venta le permitiría retirarse con todos los lujos. ¡El contrato debía cumplirse! Jamás lograría una combinación de circunstancias que le permitiesen una ganancia tan espectacular.

Pasaron varios segundos antes de que Charles comenzara a

comprender la importancia de la aparición de Deborah en esa oficina. ¡Recordó que ella había llamado a Hugh McLeod, abuelo! Charles se puso pálido y susurró con el más profundo terror:

—¡Deborah McLeod!

La tercera persona que pronunció su nombre lo hizo más suavemente, con una mezcla de extrañeza, incredulidad, esperanza y un dolor más profundo que el que se puede expresar con palabras. Los ojos de Storm la recorrieron rasgo por rasgo, encontrándola cambiada y a la vez igual. Su cabello estaba más largo y peinado de un modo más severo pero su color seguía brillando con exuberancia, a pesar de la luz artificial. Su rostro había perdido todo rastro de inmadurez infantil, y el refinamiento de sus huesos había cumplido con la promesa de años anteriores. Ella sería una mujer hermosa hasta el día de su muerte porque su belleza no dependía de la frescura de una piel joven.

Deborah llevaba puesto un vestido blanco de corte simple pero elegante, y su cuerpo era el de una mujer de senos abundantes y cintura delgada con un par de piernas largas que solían obligar a los hombres a detenerse para mirarla.

Sin embargo, sus ojos habían cambiado. Alguna vez lo habían mirado con amor y anhelo. Ahora estaban llenos de aborrecimiento.

Ejerciendo un enorme control, Deborah soltó el picaporte para permanecer con el mentón en alto y la columna erguida y orgullosa. Observó el rostro de Storm y entonces, deliberadamente, apartó la vista.

—Discúlpame, abuelo —dijo con voz clara y fría—. No sabía que estabas ocupado. Hemos recogido a Sophie en el aeropuerto. Ella, Gareth y yo te esperaremos en el auto —sin agregar nada más, Deborah se volvió con gracia y salió de la habitación mientras los tres hombres permanecían mirando la puerta estupefactos.

Una salida perfecta.

Ahora no se necesitaba mucha inteligencia para comprender la inutilidad de cualquier discusión sobre el contrato. Charles tenía el rostro bañado en transpiración y parecía un cadáver.

El rostro de Storm parecía haber sido tallado en piedra viva. Sus

ojos estaban opacos y sus emociones permanecían ocultas detrás de esa mirada oscura. Cuando finalmente habló, su voz sonó ronca y dura.

—¿Gareth? ¿Es el esposo de Deb… de su nieta? —permaneció como un soldado frente al pelotón de fusilamiento mientras aguardaba la respuesta.

—No —Hugh no explicó nada más.

Por primera vez desde que los dos hombres entraran en su oficina. Hugh salió de detrás de su escritorio. Caminó hasta la puerta que Deborah acababa de cerrar y la abrió deteniéndose a su lado sin decir palabra. Storm y Charles salieron de la oficina y Hugh los siguió. Al pasar junto al escritorio de la señora Martin le informó que se iba a su casa.

La señora Martin sabía cómo ser una buena secretaria.

—Sí, señor McLeod —dijo, y se guardó todas sus especulaciones.

Los tres hombres bajaron juntos en el elevador, pero bien podían haber estado, en compartimientos separados. Ninguno de ellos habló ni se dio por enterado de la presencia de los otros dos. Hugh estaba desesperado por alcanzar a Deborah y llevarla a casa. ¡Gracias a Dios que Sophie estaba con ella en ese momento!

Cuando el elevador se detuvo. Hugh se aseguró de ser el primero en salir y se alejó de los otros hombres sin mirar hacia atrás. Storm observó a Hugh por un momento y entonces, abruptamente comenzó a caminar detrás de él con paso rápido.

Charles caminaba lentamente. No tenía ninguna razón para apresurarse. ¿Por qué diablos esa ramera no le había dicho quién era?

Deborah, Sophie y Gareth aguardaban a Hugh en el auto que se hallaba estacionado frente al edificio, despreciando con arrogancia el cartel de *"NO ESTACIONAR"*. Un guardia de segundad uniformado observó a Gareth con expresión benigna cuando el niño se escabulló de entre los brazos de Sophie para correr hacia su bisabuelo. Deborah se hallaba frente al volante mirando hacia adelante con una máscara helada en el rostro.

—¡Abue Hugh, abue Hugh! ¡Vi un avión! ¡Un *hecóptero* también! —Gareth se arrojó sobre su bisabuelo. Hugh alzó al pequeño entre sus brazos y entonces, el hombre que se hallaba junto a las puertas de vidrio pudo ver sus facciones con claridad.

Mientras Hugh llevaba al ruidoso chiquillo hasta el auto, el

guardia de seguridad se volvió hacia el hombre que observaba la escena en silencio.

—Ya es todo un hombrecito el pequeño Gareth —dijo con una sonrisa.

La pequeña exclamación del hombre que permanecía inmóvil hizo que el guardia se volviera para observar su rostro pálido con curiosidad. Vio que el hombre cerraba los ojos durante un largo momento, como si hubiese estado luchando contra un profundo dolor. Cuando sus ojos volvieron a abrirse, el auto ya se había alejado. El hombre volvió a entrar en el edificio sin decir palabra.

Una taza de café muy cargado y unas gotas del mejor *brandy* de Hugh sirvieron para que Deborah recobrara la calma exterior. En su interior había una maraña de emociones, pero estaba decidida a ocultar su tormento. Dolía, mucho. ¡Santo Dios, cuánto dolía!

La mención del nombre de Storm había sido una lanza ardiente en su corazón. La visión de su rostro era una tortura tan indescriptible que debía luchar para continuar respirando.

Él estaba tan cambiado. Cuando ella lo había amado él había sido dulce, con un rostro que reflejaba su alma tierna e idealista. El hombre que había visto en la oficina de su abuelo era duro e implacable, y su expresión parecía una armadura contra el mundo. Si ella había sufrido, él también, y parecía como si su pacto con el diablo lo hubiese enfermado. Ella deseaba poder alegrarse de ello.

Sophie estaba acostada descansando de su viaje. Hugh se hallaba en el estudio. Había dicho que iba a trabajar, pero en realidad dialogaba con su amada Maggie en busca de las respuestas que ella ya no podía darle. Cuando sonó el timbre, Deborah fue a atender. Abrió la puerta y observó al hombre que se hallaba en la entrada. No estaba sorprendida. Sabía que él vendría.

—Hola, Deborah —dijo él con calma.

—Hola, Storm —respondió Deborah con un suspiro de resignación. Dio un paso al costado para permitirle la entrada y luego cerró la puerta.

—Podremos hablar en la sala —dijo con rigidez. Rogó al cielo para no perder el control. Tal vez debía haber bebido más del *brandy* del abuelo.

La sala estaba bellamente decorada en tonos de azul y crema,

pero ella dudó de que él lo hubiese notado. Storm no había apartado los ojos de ella desde que se abriera la puerta. Deborah había sentido la intensidad de su mirada en la espalda mientras caminaba hacia la sala.

Storm fue directamente al punto.

—He venido en busca de una explicación.

"Típico", pensó Deborah. "Al menos en eso no has cambiado".

—Dirígete a tu padre en busca de explicaciones, Storm —dijo con calma, pero había mucho rencor subyacente en su voz.

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó Storm.

—No importa —dijo Deborah con fatiga.

Era casi gracioso. Él buscaba explicaciones. ¿Debería haberle dejado una nota para que la hallase al llegar a casa con su nueva novia? *"Querido Storm, me voy porque considero que tres son multitud. Te deseo una feliz luna de miel. Pasa a verme cuando tengas una noche libre"*.

Deborah tomó un pequeño unicornio hecho en cristal de Venecia y lo acarició lentamente.

—Ya no tiene importancia después de todo este tiempo. Supongo que quieres saber respecto a Gareth —ella lo había visto observando desde las sombras.

—Sí. Quiero saber respecto a Gareth.

—Es mi hijo.

—Eso supuse —dijo Storm—. ¿Puedo decir lo mismo? ¿Cuantos años tiene, Deborah?

—Tres años —no servía de nada mentirle.

Ella lo paralizaba. Estaba tan calma, tan fría. No quedaba ningún rastro de la muchacha cálida, impulsiva y encantadora que lo había amado. Era una mujer con todas las defensas en su lugar.

—No has respondido a mi otra pregunta. ¿Puedo llamarlo mi hijo? —insistió.

—¡No! —exclamó ella con violencia—. Su nombre es Gareth Michael McLeod. Es mi hijo y de nadie más —sus ojos parecían dos rocas azules.

—Es mi hijo también —Storm reclamó a Gareth con firmeza.

Deborah lo observó con furia negándose a otorgarle ese derecho.

—Quiero verlo, Deborah. No tienes ningún derecho a mantenerme apartado de él. Quisiera estrangularte por no

habérmelo dicho —dijo Storm con rencor.

—Eres realmente sorprendente, Storm —Deborah lo azotó con su ironía—. ¿Qué derecho podrías tener? Yo parí a Gareth sola. El único que sostuvo mi mano mientras el dolor me desgarraba fue el abuelo. Es a él a quien Gareth mira como padre. El que lo engendró murió para mí hace casi cuatro años. Gareth es un McLeod. Ese es su nombre, y cuando sea un adulto estará orgulloso de él. No hay nada tuyo ni de ningún otro hombre en Gareth —Deborah se detuvo para respirar. Podía sentir que comenzaba a perder el control.

Continuó con toda la hostilidad que pudo reunir.

—¿Qué pensaría tu esposa si intentas reclamar el hijo de otra mujer? ¿Tienes uno de esos matrimonios abiertos donde lo único que se comparte es un nombre?

—¿De qué diablos estás hablando? —exclamó Storm—. ¡Yo jamás me he casado!

—Oh, qué pena —se burló Deborah—. ¿Rompieron el compromiso? Qué desilusión habrá sufrido tu padre. Estaba tan interesado en obtener una nuera que rescatase a la compañía Seaton's —Deborah caminó hacia la puerta—. Vete de aquí Storm, antes de que llame a alguien para que te arroje fuera.

Deborah temblaba violentamente ahora, y temía que en cualquier momento comenzaría a gritar como una loca. Él no se movió de su sitio en la mitad de la habitación y ella se preguntó a quién llamaría para arrojarlo fuera. ¿A Sophie?

En ese momento, se oyeron unas pequeñas pisadas que corrían por el pasillo. Cuando Gareth entró en la sala buscando a su madre, Deborah maldijo al destino.

Gareth entró y comenzó a decirle algo, pero se detuvo al ver al hombre que enfrentaba a su madre. Él no percibió la tensión que había en la habitación, y alzó la vista hacia Storm con una sonrisa amigable.

—Hola, señor. ¿Eres mi amigo?

—Sí, hijo —respondió Storm con calma—. Soy tu amigo.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Storm, hijo.

Gareth aguardó expectante. Al ver que Storm no decía nada más le explicó con impaciencia:

—Es tu turno, Storm. Debes decir: ¿Cuál es tu nombre, Gareth?

—¿Cuál es tu nombre, hijo? —repitió Storm.

El niño sonrió.

—Mi nombre es Ga–reth Mi–chael Mc–Leod —anunció con orgullo.

Storm esbozó una sonrisa algo triste.

—Es un lindo nombre, hijo.

Gareth abandonó al extraño. Acababa de recordar para qué había ido a buscar a su madre.

—¿Puedo comer dulces ahora, mami? ¿Puedo ahora? —saltaba con excitación.

Deborah le sonrió y lo alzó entre sus brazos protectores. Enfrentó a Storm con expresión desafiante, pero habló a Gareth.

—Sí, cariño. Podrás comer un dulce en cuanto hayamos dicho adiós al señor Grainger. Él se va y debemos acompañarlo hasta la puerta. Adiós, señor Grainger —Deborah salió de la sala y Storm se vio obligado a seguirla.

Cuando volvieron a estar junto a la puerta, ella repitió con firmeza:

—Adiós, señor Grainger —y aguardó a que saliera.

—Deborah… —comenzó él con tono peligroso.

—No tenemos nada más que decirnos el uno al otro, señor Grainger —lo interrumpió Deborah—. Su padre tuvo la última palabra hace cuatro años. Ya no queda nada por discutir.

Su rostro era una máscara helada, pero al menos sus ojos podían odiarlo.

Storm bajó las escaleras y entró en el automóvil rentado. Encendió el motor y se alejó a gran velocidad.

Deborah llevó a Gareth a la casa y cerró la puerta.

Capítulo 10

Cuando Gareth obtuvo su dulce y estuvo bajo la mirada vigilante de la señora Hammond, Deborah subió las escaleras con paso tembloroso en busca del asilo de su habitación. Se dejó caer sobre la cama y ocultó el rostro entre las manos. El sonido del auto de Storm al alejarse de la casa resonaba en sus oídos. Ella lo había alejado.

Toda la antigua angustia la invadió con una oleada de dolor. Volvieron a ellas los recuerdos de su ternura, la gloria de su pasión, las palabras falsas que le habían parecido tan dulces como la miel y la realidad que la había quemado como un ácido en el estudio de Charles.

Ella lo había amado profunda y apasionadamente. Había llegado a él con todo el ardor de su primer amor pensando que sería el último. Después de tantos pedidos de mano a la nieta de Hugh McLeod, finalmente había llegado uno para ella sola, para Deborah. Qué horrible ironía descubrir que habían sido sólo un camino para seducirla y destruirla.

Durante casi cuatro años había tratado de apartarlo de su memoria, pero jamás lo había logrado como tampoco había podido iniciar una relación con otro hombre.

Ella había amado a un espejismo, pero él la había dejado con la realidad de un hijo, y era en el rostro de ese niño donde ella veía el rostro de Storm a diario. El tono cobrizo de la pasión que habían compartido, aún teñía los sueños de Deborah.

"Él no está casado", susurró una voz en su mente. Deborah la obligó a callar. Cualquiera que fuese la razón por la cual él no se había casado con Deidre, había deseado hacerlo. Ese sólo hecho lo condenaba, y ella se conocía lo suficientemente bien como para saber que ese peso la ahogaría. Si ella debía recorrer sola el camino hacia la tumba, no quería un hombre que no pudiese entregarle su amor devoto. No importaba si él había amado o despreciado a la adorable Deidre… había planeado casarse con ella por el bien de Seaton's.

El hombre con el cual se casara sería lo primero para ella, por encima del amor a su hijo, su abuelo, su madrina y a ella misma. Storm no podía brindarle esa clase de amor. Ya le había fallado una vez. «¡No tendría una segunda oportunidad!»

Y tampoco obtendría al pequeño Gareth. ¡Ella se ocuparía de eso!

Deborah se lavó el rostro con agua fría y fue en busca de su abuelo. Lo encontró en su estudio, con un aspecto viejo y cansado.

—Storm vino a la casa hace unos momentos —le informó Deborah.

Hugh comenzó a levantarse, pero ella lo detuvo con una mano suave sobre su hombro.

—Le dije que se fuera, abuelo.

Hugh volvió a tomar asiento, pero sus ojos permanecieron fijos en Deborah. Estaba sorprendentemente calma. Él nunca había visto una expresión tan dura y decidida en su nieta, y no estaba seguro de que ésta lo alegrase. Sus ojos tenían un brillo extraño.

—Vio a Gareth —dijo Deborah—. Sabe que es su hijo —una sonrisa amarga contorsionó su boca—. ¡Nadie que los vea juntos puede dudarlo!

Hugh frunció el ceño. Deborah había estado atormentada y furiosa, pero nunca tan llena de amargura.

—Él no va a dejar las cosas así, abuelo. No está casado —Hugh la miró con sorpresa—. No me importa. No lo querría ni servido en una bandeja de oro. Ha llegado cuatro años y una traición tarde, pero puede tratar de reclamar sus derechos sobre Gareth. Ahora las cortes son más indulgentes en lo que se refiere a padres naturales, y aunque yo sé que no hay forma de que obtenga la custodia, puede tratar de obtener un derecho para visitarlo o alguna otra locura —la boca de Deborah estaba firme y decidida—. No lo soportaré, abuelo. ¡No lo soportaré! Si intenta ponerse en contacto conmigo o con Gareth, quiero que destruyas a Seaton's tal como dijiste. ¿Podrías hacerlo?

—Sí, podría —respondió Hugh con cautela.

Deborah no notó que él no había dicho que lo haría. Con la misma intensidad con que lo había amado, ahora parecía que Deborah odiaba a Storm.

Hugh aguardaría para ver si esto era verdad.

Storm volvió a su hotel para encontrar a Charles echado en una cama. Una botella de escocés medio vacía y un vaso sobre la mesa de noche mostraban claramente cuál había sido la actividad de

Charles desde que Storm lo dejara en el vestíbulo del edificio McLeod.

Storm obligó a su padre a ponerse de pie. Charles lo observó con los ojos nublados y dejó salir un torrente de improperios en el cual el nombre de Deborah figuraba prominentemente. Storm lo arrastró hasta el baño y lo colocó debajo de la ducha, con ropas y todo.

El agua fría lo obligó a callar mientras luchaba para librarse de las manos fuertes de su hijo.

—¡Déjame ir! ¡Maldito seas, Storm! —gritó Charles. Sus palabras se volvían más claras a medida que el agua helada contrarrestaba los efectos del alcohol.

Storm lo soltó abruptamente y salió del baño dejando a su padre la tarea de cerrar el grifo y salir de la bañera.

Cuando Charles volvió a entrar en el dormitorio, llevaba puesta una bata y se estaba secando el cabello con una toalla. Su mirada aún estaba nublada, pero observó el rostro inexpresivo de su hijo con cierta cautela. Storm parecía hecho de granito y no tendría ningún tipo de piedad.

Storm se había puesto una camisa seca arrojando la otra al suelo, a un costado de la cama. Charles enredó su pie en ella y la pateó con furia desahogando algo de su cólera.

Ninguno de los dos hombres habló, y Charles se movió con incomodidad mientras trataba de evitar la intensa mirada de su hijo. Storm lo observaba como si lo viese por primera vez y no le hubiese gustado lo que veía. Un llamado sobre la puerta indicó que había llegado el pedido de café negro que Storm había hecho después de salir del baño. Storm aceptó la bandeja con un breve agradecimiento y una generosa propina. Entonces sirvió una taza del líquido oscuro y se la dio a Charles sin decir palabra. Charles la aceptó y lanzó una maldición cuando un poco de café caliente cayó sobre sus dedos. Lo sopló y bebió lentamente, dilatando el momento de rendir cuentas lo más posible. La certeza de que había llegado el momento de pagar su deuda había sido lo que lo enviara a buscar consuelo en una botella de escocés. Charles tenía sus defectos, pero no acostumbraba a emborracharse durante el día.

La siguiente media hora iba a ser muy dura y su mente obnubilada por el alcohol trató de inventar algún ardid. Tenía que haber un modo de revertir esta situación a su favor.

Si sólo lo hubiera sabido en su momento, reflexionó con típica

autocompasión. ¿Por qué la muchacha habría ocultado su conexión con McLeod? Nada de esto hubiese ocurrido si la pequeña ramera hubiera sido honesta desde el principio. Dirigió a Storm una mirada de soslayo y encontró sus ojos grises y helados que observaban cada uno de sus gestos y movimientos.

—Está bien. Ya han pasado casi cuatro años, pero ahora quiero la verdad. Tú tenías todas las respuestas entonces. Esta vez quiero la verdadera historia de lo que ocurrió mientras yo te sacaba las castañas del fuego en San Diego. Cuando volví, Deborah había desaparecido y mi vida no ha tenido sentido desde entonces. Quiero la verdad, anciano, y la obtendré aunque tenga que retorcerte el pescuezo.

Charles se estremeció en forma convulsiva. De pronto su hijo era un extraño… implacable, peligroso y completamente capaz de hacer lo que decía. De pronto Charles recordó una vieja fotografía familiar donde se hallaba el abuelo de su esposa. Según decía la leyenda de la familia, el hombre había cometido un asesinato en defensa de la mujer que amaba. La misma mandíbula dura, la misma mirada penetrante del anciano se veían ahora reflejadas en Storm.

—Lo hice por tu bien, Storm. ¡Por amor de Dios! ¡Yo no sabía que era la nieta de Hugh McLeod! Pensé que era sólo una desconocida que te atraparía para que te casases con ella. El hecho de que se hubiera acostado contigo no era suficiente para convertirse en la esposa de un Grainger. Yo quería más para ti, una esposa que… —se detuvo al ver que Storm se abalanzaba sobre él y lo tomaba por el cuello de la bata con los puños fuertemente cerrados.

—Entendámonos el uno al otro —dijo Storm con voz calma pero amenazante—. Eres mi padre, pero te convertiré en picadillo si vuelves a insultar el nombre de Deborah una sola vez más. No importa en qué se haya convertido, pero cuando yo la conocí hace cuatro años era dulce, confiada e inocente. Finalmente, comienzo a comprender lo que le hizo la sublime familia Grainger, y me siento descompuesto del estómago al pensarlo.

Las manos de Storm se aferraban a su cuello en forma inexorable y por más que se esforzaba, Charles no lograba hacer que lo soltase.

—¿Qué fue lo que le dijiste a Deborah hace cuatro años? Me lo dirás palabra por palabra —Storm lo soltó y Charles se dejó caer

sobre la cama mientras se frotaba el cuello con las manos.

Charles estaba aterrorizado. Durante los últimos tres años, Storm había trabajado como un poseso y esto había sido beneficioso para los intereses de Seaton's, pero Charles nunca había imaginado que su dureza se volvería contra él. Todo lo que había hecho había sido por el bien de Storm. La mala suerte había hecho que resultase de ese modo.

—Comienza.

La voz suave fue una orden que Charles no pudo ignorar.

—Llamé después de tu partida hacia San Diego e hice que Deborah viniera a la casa —admitió con voz ronca—. Le ofrecí los diez mil. Te dije que los había tomado, pero no fue así. Sólo me miró con desprecio, maldita sea, y me dijo que me fuera al infierno. Entonces yo no sabía que ella no necesitaba el dinero.

La voz de Charles implicaba que de haber sido de otro modo, ella lo hubiese tomado. Los puños de Storm se alzaron en forma amenazante y Charles detuvo su narración.

—No te lo advertiré nuevamente —murmuró Storm.

Charles alzó una mano.

—Está bien —susurró rápidamente y observó con alivio que Storm bajaba las manos.

—Tenía la esperanza… pensé que ella sólo tomaría el dinero y se iría, pero preparé otro método por si resultaba tener escrúpulos estúpidos.

Storm tenía una máscara de piedra sobre el rostro. Sus ojos brillaban con un fuego helado y tan cortante, que Charles casi podía sentir su filo.

—Tracé mis planes al día siguiente de nuestro encuentro en el club. Nunca te había visto mirar a una mujer como lo hacías con esa muchacha. Tuve miedo de que hicieras una estupidez que destruyera nuestras posibilidades de lograr una alianza con los Barstow. Paul Barstow y yo habíamos planeado que Deidre y tú se casarían para reunir las firmas, ¡y ella siempre se ha mostrado más que dispuesta! Tú nunca mostraste esa clase de interés en ella, pero yo pensaba que algún día sucedería. Ella hubiera sido la mujer perfecta para ti.

Storm no apartaba los ojos de su padre. Deidre Barstow sólo era una mujer hermosa y vacía. Se conocían desde la niñez y él la había acompañado a varios bailes de caridad cuando lo requerían las

obligaciones familiares, pero de otro modo la ignoraba completamente. La belleza de su rostro y de su cuerpo nunca lo habían atraído porque albergaban un contenido insípido. ¿Casarse con Deidre Barstow? Prefería hacerlo con el maniquí de una tienda.

Al ver que Storm no hacía ningún comentario, Charles se vio forzado a continuar. Tosió un poco aclarándose la voz mientras Storm aguardaba.

—Tenía preparado un falso recorte de periódico —le explicó—. Utilicé esa fotografía que les tomaron en el baile de caridad de Saint Martin. Escribí una historia anunciando tu compromiso con Deidre e hice imprimir una invitación de bodas. Después de que Deborah rechazó el dinero, le mostré los papeles y le dije que habías ido a San Diego para casarte con Deidre. Le dije que Seaton's iría a la bancarrota si no se realizaba el matrimonio, y que tú cumplirías con tu deber. Tú no le había dicho la verdadera razón por la que viajabas a San Diego. Ella me creyó.

La narración había concluido. Charles miró a Storm a la espera de su reacción. Esta no tardó mucho en llegar. Storm arrojó la maleta sobre la cama y comenzó a empacar. Luego se dirigió hacia el baño y reapareció después de unos momentos con su equipo de afeitar.

—¿Adónde vas? —preguntó Charles.

—Vuelvo a California… a la oficina —Storm arrojó su equipo de afeitar dentro de la maleta y luego la cerró.

—¿No habrá alguna forma de que McLeod cambie de idea? —se atrevió a insistir Charles. Storm estaba furioso, pero se le pasaría.

Storm se volvió hacia él.

—Realmente eres increíble. Debes agradecer que McLeod no haya tratado de arruinar a Seaton's y a nosotros hace cuatro años. Yo hubiera asesinado a cualquier hombre que hubiese tratado a Deborah como lo hicimos nosotros. La única razón por la que no te estrangulo es que, en algún sentido, me siento tan culpable como tú. Creí que ella era capaz de aceptar dinero para alejarse de mí. Esa falta de fe me ha costado tres años de la vida de mi hijo y casi cuatro de no tener a Deborah en mi cama y en mis brazos —comenzó a caminar hacia la puerta.

—¿Tu hijo? ¿Ese niño que vi en el auto… es tu hijo? —era evidente que la idea nunca había cruzado por la mente de Charles. No había dado ningún valor significativo a la presencia de un niño

en el auto. Había estado demasiado preocupado con las injusticias a que lo sometía la vida.

Storm se había detenido al escuchar el tono conmocionado de Charles.

—Sí, mi hijo —dio otro paso hacia la puerta.

—¡Espera, Storm! —Charles prácticamente gritaba—. ¿Estás seguro de que el niño es tuyo? Ella… —la mirada de Storm lo obligó a detenerse.

Charles tragó saliva y sintió el sabor amargo del miedo.

—Gareth es mi hijo —afirmó Storm con suavidad—. Un hijo por un hijo. Yo he encontrado al mío y tú perdiste al tuyo hace cuatro años. Tendrás mi renuncia a la compañía sobre tu escritorio lo antes posible. Harold se comunicará contigo para hacer una liquidación de mi capital y separarlo de Seaton's. Veré que la compañía no sufra un gran daño por el bien de la gente que depende de ella, pero nuestra conexión termina cuando yo salga por esta puerta.

—Storm, no puedes abandonarme —rogó Charles con desesperación—. No puedes arrojar por la borda todo mi trabajo. Lo hice todo por ti.

¡El lamento clásico!

La voz de Charles se había alzado hasta la histeria. Todas las cosas que valían para él se convertían en ruinas a sus pies. Storm había llevado a la compañía hasta la posición que tenía en ese momento. Sin su conducción volvería a caer. Charles se sentía viejo y cansado, e incluso de joven no había tenido la capacidad ni la energía de Storm. Además, había gastado más dinero del que podía en comprar el terreno que necesitaba McLeod. Eso hubiera sido su coronación. Ahora significaba su derrumbe.

—¡Puedes hacer que se case contigo ahora! El niño… se casará contigo por el niño…

Storm no vaciló. Abrió la puerta y salió cerrando en forma suave pero definitiva. Charles permaneció observando el mudo panel de madera durante un buen rato. No podía creer que su hijo no volviese para despertarlo de esa pesadilla. Finalmente tomó la botella de escocés y se sirvió un vaso del líquido color ámbar.

Hugh aguardaba su tiempo. Ya había transcurrido una semana desde los angustiosos sucesos en su oficina y en su casa, una semana engañosamente calma. No habían sabido nada más de ninguno de los dos Grainger. Hugh había comenzado a hacer sus averiguaciones. Aún no haría nada, pero si se volvía necesario sabría cómo y dónde golpear.

Lo primero que supo fue que Storm había abandonado su hotel el día del enfrentamiento y había volado de vuelta a California en el avión nocturno. Charles Grainger no había partido hasta el día siguiente. Los informantes de Hugh habían reportado que su aspecto dejaba mucho que desear. Hugh había esbozado una sonrisa. Nadie lo describiría de ese modo cuando Hugh McLeod hubiese terminado con él.

Sophie había decidido que las circunstancias la relevaban de su voto de silencio respecto de lo ocurrido entre Deborah y los Grainger. En una sincera recapitulación, contó a Hugh todo lo que pudo recordar sobré esas semanas en la casa de la playa. Después de que Sophie le hablara sobre la última entrevista de Deborah con Charles, Hugh decidió que este último era un hombre condenado.

No estaba tan seguro respecto de Storm. No creía que Deborah lo odiara tanto como decía y hasta que no estuviera seguro, no haría ningún movimiento en contra del padre de su bisnieto. Deborah estaba reviviendo el momento más doloroso de su vida, y Hugh no confiaba en sus decisiones. No quería posibilidad de arrepentimientos, porque cuando decidiera hacer algo en contra de los Grainger, esto sería definitivo e irremediable. Hugh no creía en las cosas hechas a medias. Esta era la razón por la que Deborah no le había contado nada cuatro años atrás.

Deborah se hallaba muy desmejorada. No dormía bien y las ojeras oscuras debajo de sus ojos lo testificaban. Tampoco comía bien y ya había perdido varios kilos. Hasta el brillo de su cabello parecía haberse opacado. Su mirada solía perderse en el espacio y no escuchaba las preguntas o comentarios que le dirigían. Estaba sufriendo. Hugh lo sabía, pero si verdaderamente había llegado a odiar a Storm, ese odio no hacía nada para aliviar el dolor que sentía.

Incluso Gareth lo había notado.

—¿Estás enferma mami? —había preguntado—. ¿Te duele la panza? El doctor Sally curó mi panza —le recordó.

Deborah lo había tomado entre sus brazos para estrecharlo y tranquilizarlo diciéndole que no le dolía nada, pero Hugh había notado las lágrimas que brillaban en sus ojos.

En otro momento, el indomable Gareth había preguntado:

—¿Volverá ese hombre, mami? ¿Volverá Storm?

Deborah había empalidecido.

—¡No, no volverá, Gareth! —había exclamado con voz ahogada antes de salir rápidamente de la habitación.

La oyeron correr escaleras arriba y cuando volvió a bajar mucho más tarde, sus párpados se hallaban enrojecidos.

Todos estos sucesos daban vueltas en la cabeza de Hugh mientras escuchaba las voces sonoras de varios de sus ejecutivos. Eran buenos hombres, capaces y conscientes, pero carecían de brillantez. La mente de Hugh se adelantaba a ellos con facilidad, dándole tiempo para pensar en otros temas.

De pronto, el sonido de un altercado se filtró por la puerta cerrada de la oficina. Hugh vio que el picaporte giraba y la puerta comenzaba a abrirse mientras la discusión llegaba a sus oídos con más claridad.

—¡No puede entrar ahora! El señor McLeod está en una junta y no puede ser molestado —era evidente que la señora Martin estaba desesperada.

La puerta continuó abriéndose.

—¡Bájeme! ¡No puede hacer esto! ¡Llamaré a seguridad! —exclamaba la mujer.

La puerta terminó de abrirse y los ejecutivos pudieron observar la sorprendente escena. Un hombre que se hallaba de espaldas había tomado a la señora Martin por la cintura y la alzaba en el aire. Entonces la depositó a un lado con suavidad para que no se interpusiese en su camino. Luego se volvió, entró en la oficina y observó a los hombres, que a excepción de uno, lo observaban escandalizados.

Hugh observó que el traje de tres piezas había sido reemplazado por un *jean* muy gastado, un suéter de cuello abierto y un aire decidido. Storm enfrentó a los ejecutivos y esbozó una sonrisa.

—Caballeros, la junta ha sido pospuesta. Tengo una cita con el señor McLeod que debió haber sido realizada hace mucho tiempo.

Nadie se movió, tal vez no podían.

—Fuera —fue dicho con suavidad, pero sonó como una orden

que espera ser obedecida al instante. Los hombres comenzaron a caminar lentamente hacia la puerta y casi habían llegado cuando uno de ellos reaccionó.

—Señor McLeod…

Hugh sonrió genuinamente divertido.

—Ya escucharon al señor. Fuera.

Se fueron. El último cerró la puerta de la oficina.

Storm enfrentó a Hugh con calma, pero éste podía notar las marcas de tensión en el rostro del joven. Hugh aguardó a que el otro hombre hiciera el primer movimiento.

—Voy a casarme con Deborah —dijo Storm con suavidad.

Hugh no hizo ningún comentario. Luego diría lo que tenía que decir.

—¿Por qué diablos no se comunicó conmigo hace cuatro años? —agregó.

—Ella no quiso decirme tu nombre e hizo que Sophie le prometiera guardar silencio. De otro modo lo hubiera hecho, créeme —respondió Hugh.

—Con una pistola, sin duda —dijo Storm con una sonrisa—, pero no la hubiera necesitado. Hace cuatro años que vivo en un infierno solitario, y todo ha sido tan innecesario. No me atrevo a pensar siquiera en lo que debe haber vivido Deborah.

—Dio a luz a su hijo a solas y ha pasado tres años enfrentando las murmuraciones y las miradas encubiertas de la "buena" gente de este mundo —dijo Hugh con rudeza.

El rostro de Storm se veía oscuro.

—Lo sé. Viviré con ese hecho durante el resto de mis días —susurró—. Nunca seré capaz de borrar esos años.

—El matrimonio tampoco los borrará —dijo Hugh, pero se había relajado imperceptiblemente.

—No voy a casarme para borrarlos —replicó Storm con firmeza.

—¿Quieres casarte con ella para obtener a tu hijo? —preguntó Hugh con calma, como si el punto hubiese tenido sólo un interés académico.

—Gareth es un buen niño, un hijo del cual cualquier hombre estaría orgulloso. Yo llegaré a amarlo, pero me casaré con Deborah porque sin ella mi vida no tiene sentido. La amé cuando la vi por primera vez. La amo ahora. La amaré después de la muerte. Para mí no ha habido otra mujer desde la noche en que la conocí, incluso

mientras pensaba que había aceptado dinero de mi padre para romper con nuestra relación —Storm habló con calma y sinceridad.

Hugh suspiró.

—Será mejor que me cuentes todo lo ocurrido —señaló una silla—. Siéntate. Comienza a dolerme el cuello.

Storm se sentó y comenzó a relatar las verdades que había arrancado a Charles. Habló durante un largo rato con tono monótono y rostro inexpresivo.

—No estoy tratando de disculparme. Yo le fallé a Deborah. Le creí a Charles cuando me dijo que Deborah había tomado los diez mil dólares y se había marchado. Traté de encontrarla aunque ella y Sophie no habían dejado ninguna dirección, pero de no haberle creído a mi padre habría dado la vuelta al mundo para hallar su rastro. No sé si puede perdonarme, pero no importa. Voy a tenerla, con su perdón o sin él.

Hugh le creyó.

—¿Y tu padre? —Hugh tendría muchas cuentas pendientes con Charles Grainger.

—No tengo padre. Murió hace cuatro años —la decisión de Storm era absoluta—. He cortado todos los lazos con Seaton's y estoy en el proceso de retirar mi capital de la compañía. Comenzaré por mi propia cuenta después de casarme con Deborah y pasar un tiempo con ella, primero a solas y luego con Gareth. Finalmente conformaremos la familia que siempre debimos haber sido.

Hugh no lo contradijo, pero tenía sus propios planes. Ya habría tiempo para pensar en eso. Esbozó una amplia sonrisa y finalmente extendió la mano.

—Bienvenido a la familia, Storm.

Capítulo 11

La voz no dejaba en paz a Deborah. Día y noche le susurraba en la cabeza.

"Él no se casó con ella. No se casó con nadie. Podría casarse contigo".

Ella deseaba arrancarse los oídos, pero no hubiera servido de nada. La voz estaba en su interior y le murmuraba como la serpiente debía haberlo hecho con Eva. Sin embargo, a diferencia de Eva, ella ya había sido echada del paraíso. Si escuchaba la voz, ¿podría ser que volviesen a admitirla? Estaba segura de que hubiera sido una aproximación falsa, pero el paraíso más imperfecto era preferible al infierno perfecto.

Al echar a Storm de su casa, Deborah había sentido verdadero odio por él. No le había mentido a Hugh al pedirle que la vengara, pero Hugh era demasiado perceptivo como para apresurarse a tomar una decisión. Deborah había amado a Storm y lo había perdido, pero al enfrentarse nuevamente con él había descubierto que aún la atraía. Había revivido todos sus tormentos sumiéndose en la desesperación más absoluta.

Ahora que estaba más tranquila, se sentía tironeada por varias fuerzas. Podía tener a Storm. Lo sabía. Él estaba libre y aún la deseaba.

En la oficina de Hugh no había podido notar demasiado porque había tenido que controlarse para no derrumbarse por completo. No había registrado conscientemente la reacción de Storm ante su inesperada aparición, pero cuando él fue a la casa ella pudo notarlo. Sus ojos la devoraban. La magia física entre ellos aún estaba allí.

Y tenía que pensar en Gareth. Era el hijo de Storm y él lo sabía. Era un hombre posesivo y se casaría con ella con tal de obtener a su hijo.

Gareth había preguntado por Storm varias veces, algo que nunca antes había hecho. El niño solía aceptar las atenciones de los extraños con indiferencia, casi con aburrimiento. Los hombres que habían tratado de obtener los favores de su madre a través de él no habían tenido mucho éxito. Sólo Storm lo había impactado, al igual que a su madre.

Y ése era el otro lado de la moneda. Ella había tenido el cielo,

pero por culpa de Storm había estado a punto de ser destruida. Deborah se conocía bien… tal vez no fuese capaz de perdonar y olvidar. Siempre estaría en tensión, a la espera de la próxima traición, y si no la encontraba la imaginaría. Si sólo se hubiese tratado de ella y de Storm, habría corrido el riesgo. Ellos eran dos adultos capaces de tomar sus decisiones y afrontar las consecuencias. Deborah ya lo había hecho una vez.

Sin embargo, no se podía pedir a Gareth que pagase un precio más alto. Su cuenta ya estaba demasiado abultada. Si ella se casaba con Storm y fracasaba, el que resultaría más dañado sería Gareth. Ella misma había tenido que pagar ese precio en su niñez. Vería que a su hijo no le ocurriese lo mismo.

Tal vez si Deborah hubiera decidido hablar con Sophie o con su abuelo sobre el conflicto que la desgarraba, hubiese podido resolverlo, pero se sentía incapaz de hablar con nadie sobre sus temores.

Ella aún amaba a Storm. A pesar de ella, había continuado amándolo durante todos esos años. Aún lo deseaba. Sus sueños estaban llenos con imágenes de aquella noche de pasión. Pero no confiaba en él y tampoco se creía capaz del perdón que les permitiría un matrimonio satisfactorio.

Y sin embargo… ¿cómo podría atreverse a darle una segunda oportunidad? ¡Ella no era lo suficientemente fuerte como para ello!

Sophie y Hugh la observaron adelgazar y empalidecer. Percibían su lucha interna, pero no podían ayudarla a resolverla. Ella había decidido pelearla sola.

Diez días después de la aparición de Storm, Hugh llamó a Deborah a su estudio. Sophie también se hallaba allí, y sus ojos inteligentes la miraban con preocupación. "¿La presencia de Sophie pretendía ser una ayuda moral para ella o para Hugh?" se preguntó Deborah.

Pronto lo descubrió. Hugh era partidario del ataque frontal.

—Sophie y yo estamos cada vez más preocupados por ti, Deborah. Creemos que esta situación no debe continuar. Te estás destruyendo y debemos hacer algo al respecto, por el bien de todos.

Hugh se detuvo para darle tiempo a responder, pero ella no dijo nada. Era verdad. Ella misma había podido llegar a esa conclusión.

Sin embargo, el nudo del problema estaba en cómo resolver su dilema. De todos modos, ella conocía muy bien a su abuelo y sabía que si él había abordado el tema era porque tenía algo que ofrecer.

Lo hizo.

—Sophie y yo lo hemos conversado Deborah, y pensamos que necesitas un tiempo para estar a solas, lejos de Gareth y de cualquier otra distracción. Por lo tanto, voy a darte una sugerencia que espero que sigas —de pronto, sus ojos profundos brillaron de un modo extraño. Deborah lo observó con atención, pero el brillo desapareció antes de que ella hubiese podido analizarlo. Hugh continuó—. Me he tomado la libertad de reservarte una suite en un hotel de la costa. En el golfo de México para ser más preciso. El hotel es muy confortable sin llegar a ser lujoso, y no encontrarás a nadie de nuestro círculo social allí. Por primera vez en cuatro años no serás ni la madre de Gareth ni la nieta de Hugh McLeod. Es probable que de ese modo puedas descubrir qué es lo mejor para Deborah… y eso también será lo mejor para todos.

Deborah lo observó con asombro. ¿Él no comprendía que…?

—Comprendo que habrá algunas asociaciones dolorosas —continuó Hugh—. Llámalo completar el círculo si quieres, aunque el golfo no es el Pacífico. Sin embargo, tengo la sensación de que podrás resolver todos tus problemas si sigues mi sugerencia. Tal como te dije, lo he conversado con Sophie y ella está completamente de acuerdo conmigo.

Deborah observó a su madrina quien asintió con la cabeza y le dirigió una sonrisa alentadora.

Los dos mayores observaron a Deborah con paciencia mientras ella consideraba la sugerencia desde todos los ángulos. ¿Sería capaz de soportar las caminatas nocturnas por la playa y los recuerdos? ¿No sería un dolor experimentado en vano? Ella no era ninguna masoquista, pero la idea tenía cierto sentido.

—Está bien —aceptó—. Iré. ¿Cuándo?

—Mañana por la mañana —dijo Hugh con energía—. No serviría de nada dilatarlo. Sophie te ayudará a empacar. No te preocupes por Gareth. Estará bien. Tres adultos alcanzan para manejar a un niño.

Sonrió a Deborah y el brillo volvió a sus ojos.

A la mañana siguiente, Deborah se encontró en un avión viajando hacia el sur. Hizo un rápido trasbordo en el aeropuerto internacional de Dallas y cuando aterrizó en Brownsville, había un automóvil aguardándola para llevarla hasta el hotel.

La gran cantidad de casas y hoteles que se apiñaban junto a la costa atestiguaban la popularidad de la que gozaba la zona. Deborah desechó el pensamiento de lo que podría suceder si un huracán llegaba a azotar a esas viviendas endebles. Se sintió aliviada al ver que el hotel escogido por su abuelo era de una construcción muy moderna. No tendría que caminar mucho para hallar alguna playa tranquila y solitaria.

El hotel tenía siete pisos de altura y estaba construido alrededor de una gran piscina. Deborah descubrió que ella se alojaba en el sexto piso, en una suite que ofrecía una magnífica vista del golfo.

Se dedicó a explorar las habitaciones. Había una pequeña cocina y un bar bien provisto. La sala y el dormitorio se abrían al balcón mediante un ventanal corredizo y estaban decorados en tonalidades de azul, verde y beige.

Había dos cosas que no solían encontrarse en las suites de los hoteles, pero Deborah las atribuyó a la mano atenta de su abuelo. Había un gran ramo de rosas rojas en la mesa de la sala y una botella de champagne se enfriaba en el refrigerador. Deborah buscó alguna tarjeta, pero no las había.

El chofer le entregó un número de teléfono por si llegaba a necesitarlo. Hugh le había dado la orden de ponerse a su disposición. El hombre le sugirió varias excursiones para realizar por tierra y mencionó algunas firmas de turismo que la llevarían a navegar o a practicar esquí acuático.

Su abuelo podía haberla enviado allí a pensar, pero no quería que se aburriera mientras lo hacía.

Deborah había esbozado una sonrisa y le había asegurado al chofer, que lo llamaría cuando deseara conocer el lugar.

Llamó a la recepción y ordenó una gran ensalada con mariscos. Después de comer, se sentó en el balcón escuchando la suave música de las olas. Alzó la vista hacia las nubes que el sol del atardecer teñía en tonalidades de anaranjado y rosa. Una inmensa luna emergió del mar y continuó su ascenso hacia las estrellas.

Deborah dedicó la mañana siguiente a caminar por la playa y recoger una gran variedad de conchillas marinas. Varias veces miró a su alrededor con la extraña sensación de estar siendo observada, pero ninguno de los veraneantes parecía prestarle particular atención.

Se alzó de hombros, pero volvió a sentirlo cuando se sentó frente a una mesa al borde de la piscina para comer un emparedado. Lo mismo ocurrió cuando despertó de su siesta al sol, y Deborah comenzó a preguntarse si se estaría volviendo paranoica.

Después de cenar, se quitó la túnica celeste para colocarse un *jean* y una camisa. Se ató las mangas de un suéter alrededor del cuello y salió descalza de su habitación. Esta noche caminaría por la playa.

Se dirigió hacia el norte caminando con energía y alejándose de la zona urbanizada de la playa. Se cruzó con algunas personas en el camino, pero muy pronto estuvo a solas con la arena y el agua. Hacía unos veinte minutos que marchaba cuando volvió a experimentar la sensación con más fuerza que antes.

Giró sobre sus talones dispuesta a exorcizar al fantasma invisible que seguía sus pasos y el corazón se le subió a la garganta. Su fantasma era demasiado visible y tangible, y se acercaba a ella con una calma que le indicaba que no serviría de nada correr.

Deborah permaneció en silencio mientras aguardaba lo inevitable.

—Aún no has aprendido a no vagar por las playas solitarias sin compañía —la regañó deteniéndose a pocos metros de ella.

Una pequeña sonrisa curvaba sus labios, pero Deborah no hizo nada para que se ampliase. Lo enfrentó en silencio con una mirada dura y hostil.

No sabía cómo la había encontrado y aún no estaba preparada para verlo.

Él no pareció perturbado por su actitud poco amistosa, aunque la sonrisa desapareció.

—Hola, Deborah —dijo casi con ternura.

—Hola, Storm —respondió ella en tono neutral. Él tendría que hacer todos los movimientos. Ella no daría ni un paso hacia él—. ¿Cómo me encontraste?

Tenía que saberlo. Su aparición en esa playa y en ese momento era casi sobrenatural.

—Tu abuelo te envió conmigo. He estado esperándote en el hotel desde anteayer —respondió Storm con calma.

El mundo se movió bajo sus pies. ¿Su abuelo?

—No te creo —susurró. Pero le creía. Todo era demasiado fantástico como para no ser verdad.

—Nunca te he mentido, Deborah. Nunca —la más completa sinceridad conformaba cada sílaba—. Te he amado desde que te conocí y te amo ahora. No fue una mentira entonces y no lo es ahora.

—Semejante amor —dijo Deborah con amargura—. Hubiera preferido que me odiases. Casi me matas, Storm. ¡Y eso tampoco es ninguna mentira!

Deborah giró hacia el mar pero no pudo verlo por las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. No pudo ver la contorsión dolorida de la boca de Storm ni la humedad de su mirada, pero sintió los brazos fuertes que le rodeaban la cintura y la estrechaban contra su pecho.

—No fue mi amor el que mintió, sino mi padre —dijo con voz ronca.

Ella se había paralizado cuando sus brazos le rodearon la cintura, pero al escuchar estas palabras giró para enfrentarlo y buscar la verdad en sus ojos con ansiedad.

—No comprendo, Storm —dijo Deborah con incertidumbre.

Él suspiró y cerró los ojos por un segundo. Ella le permitiría una explicación.

—No es algo agradable, Deborah —la soltó para tomar su mano —. Ven a sentarte conmigo mientras te hablo sobre ello.

Ella lo siguió hasta una duna que los protegería del viento frío y les serviría de respaldo. Cuando estuvieron sentados el uno junto al otro, Storm se inclinó hacia adelante y se rodeó las rodillas con los brazos para apoyar allí la frente. Entonces comenzó con su historia de traición y perfidia.

—Lo primero que debes saber es la razón por la que fui a San Diego —dijo con voz controlada. Storm parecía estar juntando fuerzas para afrontar un gran dolor, pero no notó la inquietud de Deborah—. Mi padre me había delegado el manejo de la compañía, pero cada tanto nos comprometía en algún proyecto sin mi aprobación. Podía hacerlo mediante las acciones que había

heredado de mi madre. El proyecto de San Diego era uno de ellos, y estaba tan mal concebido y planeado que podía haber significado la quiebra de la compañía. Poco tiempo antes de que yo te conociera, él me confesó lo que había hecho y yo le dije que le sacaría las castañas del fuego por última vez. Lo amenacé con abandonar Seaton's y fundar mi propia compañía si no me daba su palabra de que en adelante, todos los proyectos pasarían por mis manos.

»Acababa de pasar tres agotadoras semanas en San Diego cuando volví a casa para unas cortas vacaciones. Entonces fue que te conocí. Sabía que tendría que volver para terminar con el asunto, pero no esperaba que sucediese tan pronto. Hubo un accidente imprevisto —su boca era una línea tensa.

»Debí haberte explicado la razón de mi partida aunque era un proyecto de Charles y él quería guardar el secreto. Yo no quería dejarte, pero era urgente que fuera. Estuve muy cerca de arrojarlo todo por la borda y quedarme contigo. ¡Dios, cómo desearía haberlo hecho! Pero yo sabía que Charles era incapaz de solucionar el problema. Uno de nuestros antiguos empleados había resultado gravemente herido y murió dos días después de mi llegada. Estuve allí durante cinco días, trabajando como un demonio. Cuando volví, te habías ido.

Todo su discurso había sido realizado en un tono parejo, pero estas últimas tres palabras transmitían tanta angustia que Deborah sintió un escalofrío. Apretó las manos en forma convulsiva hasta clavarse las uñas en las palmas.

—Te busqué, Deborah. ¡Debes creerlo! Incluso después de que Charles me dijo que te había pagado diez mil dólares para terminar con nuestra relación, yo continué buscándote —su voz se volvió un susurro—. Pero no le arranqué la verdad tal como debí haber hecho. No continué buscándote hasta encontrarte. Yo… yo le creí. Pero después de que hablé contigo en la casa de tu abuelo, supe que nos había mentido a ambos. Volví al hotel y lo obligué a decirme la verdad. Entonces me contó cómo había utilizado un falso recorte de periódico y una falsa invitación de boda para que salieras de mi vida. Deidre fue la mentira de Charles, Deborah, no la mía.

Deborah sintió el estremecimiento que lo recorría. Deseaba brindarle consuelo, pero estaba paralizada por la revelación de la vileza de Charles. ¡Charles! ¡El nombre era una asquerosidad en su boca!

Finalmente, Deborah logró moverse. Mientras Storm continuaba con la cabeza inclinada sobre las rodillas, ella comenzó a acariciarle la espalda lentamente y subió hasta masajear los músculos tensos de su nuca ofreciéndole un inmenso alivio.

—Yo también le creí, Storm —le recordó con calma—. Yo también le creí. Todos los años desperdiciados, todo el dolor por culpa de la maldad de un hombre —un torrente de lágrimas comenzó a deslizarse por sus mejillas.

Storm se había puesto tenso al sentir su mano. Las caricias ardían como un fuego suave sobre su piel. Ahora pudo oír la inmensa pena en su voz y se volvió para tomarla entre sus brazos con un profundo gemido.

—¡Oh Dios, Deborah! ¡No llores! ¡Por favor, no llores! No soporto pensar en las lágrimas que ya has derramado por mi culpa —la estrechó con fuerza contra su pecho. Deborah alzó el rostro buscando el único consuelo que tenía sentido para ella, y su primer beso tuvo el sabor salado de las lágrimas.

No hubo una pasión inmediata en ese primer beso. Eso llegaría luego. Por el momento sólo debían volver a reunir lo que había sido quebrado. Con ese beso profundo y curativo se uniría la rajadura que separaba a las dos mitades, masculina y femenina.

Con el dramático fondo del cielo negro y el mar, se adentraron aún más en la privacidad de las dunas. No había habido más palabras entre ellos. Estas llegarían luego, pero ahora sólo existía la necesidad imperativa de afirmar con sus cuerpos lo que ya habían aceptado sus mentes.

Storm se arrodilló frente a ella y observó los cambios producidos por los años y el embarazo. Acarició las líneas delgadas que cruzaban su abdomen, las cicatrices honorables del nacimiento de su hijo. Sus senos estaban más llenos e igual de firmes, y Storm inclinó la cabeza para besar la fuente que había alimentado a su bebé.

—¡Storm! —susurró Deborah.

Él aceptó la invitación con la necesidad insaciable de un hombre que ha amado, perdido y vuelto a encontrar aquello que le es más vital que el aire.

La luz del fuego y de la luna había iluminado sus primeras uniones. La noche oscura y nublada encubrió esta fusión de dos seres que se convirtieron en uno sobre la arena tibia.

Caminaron lentamente de vuelta al hotel tomados de la cintura. La luminosidad de sus rostros no se debía al brillo de la luna en el cielo estrellado.

Cuando llegaron a la suite después de detenerse en la habitación de Storm para recoger su ropa, Deborah se dirigió hacia las flores y acarició una rosa con suavidad. Se inclinó para aspirar su fragancia y luego se volvió hacia Storm con una sonrisa.

—Gracias por las flores, cariño.

—Un mensaje silencioso de las cosas que pensaba decirte a la primera oportunidad —respondió Storm con otra sonrisa.

Storm sirvió el champagne en dos delicadas copas de cristal y alzó la suya en un brindis.

—Te entrego mi vida, Deborah.

Ella bebió el champagne emocionada por la sinceridad de su voz profunda.

Mucho después, compartieron otra copa de champagne. Ella yacía con la cabeza sobre su hombro mientras le acariciaba los músculos del pecho con sensualidad.

—La boda está arreglada para mañana a las once de la mañana en Bronwsville —anunció el con tono casual mientras le acercaba la copa a los labios— . Pensé que ésa sería una hora conveniente —dijo con una sonrisa—. No tendremos que levantarnos demasiado temprano. No me gustaría que mi novia tuviera círculos oscuros debajo de los ojos. Creo que estarás bien con tres o cuatro horas de sueño, ¿verdad?

Deborah se había sobresaltado al escuchar sus primeras palabras, pero le dirigió una sonrisa traviesa.

—Yo puedo si tú puedes —susurró.

Deborah pareció reflexionar profundamente durante un momento y entonces dijo con un brillo de picardía en la mirada:

—Estoy de acuerdo en que nos casemos lo antes posible. Creo que nuestra hija debería ser legítima desde su nacimiento, ¿no te parece? Incluso aunque no haya sido concebida dentro del matrimonio…

—¡Dios mío, mujer! —exclamó Storm—. ¡Qué cosas dices! —se sentó en la cama como si lo hubiese atacado una legión de hormigas. Entonces murmuró—: ¿Crees que puedes estar…?

Deborah rió.

—Sólo considera nuestros antecedentes, Storm querido —y continuó riendo hasta que él la silenció con su boca.

Marguerite Sophie McLeod Grainger fue una beba encantadora de cabello negro y ojos azules que nació nueve meses y una semana después del casamiento oficial de sus padres.

Fin